



No puedo
evitar amarte

Hermanos McGregor II



Josephine Lys

©2019, No puedo evitar amarte © 2019 Josephine Lys

Corrección: Violeta Triviño

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de esta sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

A mi otra mitad y a mi princesa. Os quiero.

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFIA](#)

CAPÍTULO I

Escocia, 1180

Había oscuridad, una tan inmensa que casi podía masticarla. Rogó para que esa oscuridad la resguardara, para que no se extinguiese de repente y el escenario que encontrase ante ella fuese aún más grotesco; sin embargo, esos ruegos fueron en balde. Lo supo en cuanto una risa, carente de vida pero rebotante de la peor de las maldades, surcó la oscuridad, se filtró a través de ella y resonó en sus oídos con tanta fuerza que apenas pudo controlarse y no sollozar como una niña pequeña.

Cuando aquella risa no paró sino que fue cobrando fuerza con la cercanía, supo lo que vendría a continuación. Intentó moverse, echar a correr, pero algo la retenía con tanta fuerza que ni siquiera se movió un ápice de su posición actual. Estaba recostada sobre algo frío que le calaba hasta los huesos.

Quiso gritar y pedir ayuda cuando sintió el contacto en su carne. El de unas manos frías, sucias e invasoras, que subían por sus piernas y querían llegar hasta sus muslos. Le hacían daño. Laceraban su piel con su fuerza y su maldad a medida que iba adquiriendo una posición de fuerza ante la que ella nada podía hacer.

Ese era el momento en que rogaba morir. Ella no era una cobarde pero en ese caso la muerte sería una compañera de viaje más que deseada. Escuchó rasgarse una tela y un alarido resonó en sus oídos.

Aili se despertó empapada en sudor y con la respiración agitada. El corazón le retumbaba en el pecho como si hubiese corrido una gran distancia y las manos le temblaban en un acto reflejo que no podía evitar. Estaba empapada en sudor. Se llevó una mano a la boca para acallar el sollozo que salió de ella y que iba cargado con la más profunda de las agonías, porque aquella pesadilla, que se repetía con más frecuencia durante las noches de las últimas semanas, la estaba volviendo loca. Una pesadilla que solo Aili sabía que no era fruto de su imaginación, sino del acto violento e inesperado de un miembro del clan McNaill y cuyo recuerdo la acechaba día y noche. Un recuerdo distorsionado y confuso al que no podía ponerle final y cuya laguna

la estaba martirizando si cabía aún más.

Aili se recostó de nuevo sobre las sábanas e intentó relajar su respiración, ahora un poco menos errática y más lenta. El corazón parecía recobrar su ritmo normal aunque la presión que sentía en el pecho apenas hubiese disminuido. Respiró hondo e intentó pensar en otra cosa. En algo alegre. Sus pensamientos fueron inmediatamente a las noticias que habían recibido hacía solo unas pocas semanas de su hermana Meg. ¡Estaba embarazada! Era una noticia maravillosa y que puso de inmediato una sonrisa en los labios de Aili. Un sobrino o una sobrina. Ya se la imaginaba en sus brazos, correteando por la casa, y a ella mimándola como si le fuese la vida en ello. Su padre, Dune McGregor, jefe del clan McGregor, había recibido la noticia con un sabor agridulce. Se alegraba mucho por Meg y por su marido Evan McAlister, jefe del clan McAlister, pero también se preocupaba por su hija y su salud. Si bien era cierto que Meg era fuerte, la madre de ellos murió cuando eran niños a causa de un parto duro y letal. Ese recuerdo doloroso y amargo que todavía hundía sus garras en el pecho de Dune McGregor le hacía ser cauto y receloso dentro de una alegría contenida y sincera.

Logan, en cambio, había sonreído como hacía tiempo que no le veía hacer. Una pequeña arruga surcó la frente de Aili al pensar en su hermano. Él había cambiado en los últimos meses. Aunque seguía en apariencia siendo el mismo hombre encantador, diplomático y templado de siempre, sabía que había algo que le estaba haciendo sufrir. Lo veía en sus ojos cuando Logan pensaba que nadie más le miraba. Era entonces cuando podía ver los vestigios de un dolor que su hermano se afanaba en ocultar. Aili sabía que tenía que ver con Edine.

Su hermano Logan era muy apuesto, y eso unido a su ingenio y su posición lo hacían el centro de las miradas y deseo de la mayoría de las mujeres de la corte. Sabía que Logan había tenido relaciones con más mujeres de las que ella tenía conocimiento, sin embargo su hermano siempre había sido claro y justo en tales encuentros. Sin embargo desde que tenía uso de razón solo había visto a Logan enamorado una sola vez: de Edine.

Una relación que mantenían en secreto pero que clamaba a voces en la mirada de ambos cuando estaban juntos. Aili jamás había conocido a dos personas que hubiesen estado más hechas el uno para el otro que Logan y Edine. Sin embargo, tras una larga ausencia de Logan por motivo de un encargo del rey Guillermo, esa relación acabó abruptamente, sin explicaciones, sin motivos aparentes. De repente Edine no estaba y su hermano

solo obtuvo una carta con escasas frases para poder reparar un corazón hecho jirones. Eso jamás se lo dijo Logan pero a ella no le hizo falta. Conocía demasiado bien a su hermano. Él era además su mejor amigo y su confidente.

Los primeros rayos de luz entraron por la ventana e iluminaron parcialmente la habitación. Aili se dio cuenta entonces que desde que la pesadilla la despertara había estado pensando y divagando durante por lo menos dos horas, hasta que el alba la había atrapado de forma seductora, sigilosa, creando figuras en su piel según la luz avanzaba más hasta alcanzar la cama y a ella misma.

Desde que tenía uso de razón siempre se había levantado al alba. Así que no perdió el tiempo. Se levantó, hizo sus abluciones matinales y procedió a ponerse un vestido de color azul claro, de corte sencillo y elegante. Sobre todo era cómodo y le permitía desempeñar todas sus funciones, que a lo largo del día se multiplicaban siempre por tres. Los imprevistos en aquel castillo nunca faltaban.

Unos golpes en la puerta de su habitación hicieron que dejara de forma prematura el arreglo de su pelo, que ya tenía prácticamente semirrecogido con un sencillo peinado.

Aili abrió la puerta. Era Anna, miembro del clan que trabajaba en el castillo desde que ella era niña. Se encargaba del mantener limpias y en orden todas las habitaciones y era una buena y fiel amiga.

—Un jinete acaba de traer esta carta desde la corte. Quizás sea vuestro hermano. He pensado que desearías tenerla cuanto antes.

Aili sonrió abiertamente a Anna, que con su sonrisa habitual siempre le transmitía alegría y tranquilidad.

—Muchas gracias, Anna. En un momento estoy contigo. A pesar de que hace ya unos meses que se casó, mi hermana todavía no tiene todas sus cosas con ella. Si tienes un rato esta mañana, me gustaría que las miráramos juntas y las metiéramos en un baúl para poder enviárselas.

—Claro, cuando quieras. Esos vestidos tan bonitos que tiene no podrá ponérselos dentro de poco. Es mejor que los utilice ahora —dijo Anna con una franca sonrisa que hizo que Aili sonriese a su vez. Entre los McGregor, la noticia del embarazo de Meg había sido motivo de alegría. Ya era hora de que hubiese una buena noticia en el seno de la familia.

Anna se marchó y Aili entornó de nuevo la puerta de su habitación. Le parecía raro que Logan le mandara otra carta cuando hacía solo dos días que

había recibido unas líneas tuyas contándole que dentro de pocos días volvería a casa.

La sonrisa se le borró de la cara y el estómago se le contrajo como si hubiese recibido un golpe cuando al abrir el sello vio la letra con la que estaban escritas las pocas líneas que había en su interior. Se llevó la mano al pecho intentando controlar su respiración, que se había vuelto superficial y trabajosa. Mentalmente se obligó a tranquilizarse aunque le estaba resultando prácticamente imposible.

Querida Aili,

Los asuntos que me retenían en la corte pronto llegarán a su fin y estaré libre para volver a mi hogar durante un tiempo. Creo que no es necesario que te recuerde que fui más que considerado al darte este tiempo para que te hicieras a la idea de ser mi esposa y que pensaras en lo inevitable a mi vuelta, nuestro compromiso y prontas nupcias. Sé que aunque los nervios te llevaran a ser reacia al principio, habrás tenido tiempo para meditar tu respuesta y habrás comprendido que nuestra unión es lo mejor que puede ocurrirte. No creo que deba volver a decirte lo que pasaría si intentas negarme el derecho a pedir tu mano y a hacer realidad mis deseos. No quiero ver tu reputación manchada y a ti repudiada, y a tus seres queridos envueltos en una guerra que segaría más de una vida valiosa para ti. Espero gozar de tus favores pronto, pero ya como mi esposa y posible futura señora del clan McNaill.

Tuyo: Clave McNaill.

Aili sintió ganas de vomitar. ¿Cómo se atrevía ni siquiera a expresar de aquella forma lo que la estaba obligando a hacer? Cómo deseaba poder cerrar los ojos, pensar que aquello solo era una pesadilla y despertar sabiendo que todo había sido un mal sueño. Sin embargo, por más que intentara olvidar, por más que a cada instante pensara en la forma de salir de aquella pesadilla sin tener que unirse a ese hombre, no había ni un instante en que no supiera que su destino estaba más que sellado y que si quería proteger a sus seres queridos no tenía alternativa alguna.

Con esa convicción, que pesaba en su interior como un enorme bloque de piedra que la ahogaba y la mataba cada día un poco más por dentro, recompuso su imagen, puso una sonrisa en la cara y salió de la habitación. En aquellos meses se había hecho una experta en disimular, más aún si cabía, sus

sentimientos y sus reacciones. Solo tenía que aguantar ese día, se dijo. Mañana tendría que volver a convencerse de lo mismo, tendría que repetirse las mismas palabras y tendría que aguantar un día más.

CAPÍTULO II

Andrew McAlister se detuvo a escasos metros del inicio de las tierras del clan McGregor. Después de realizar la visita al clan Campbell y de hablar con Alec, amigo y jefe de dicho clan acerca de la próxima reunión, Andrew dio un pequeño rodeo para ir a ver a los McGregor, pero sobre todo para convencer a Aili de que fuera a pasar unos días al hogar de los McAlister.

Con esa determinación siguió el camino junto a varios de sus hombres, compañeros de armas y amigos como su primo Calum, a quien por ser varios años más joven que él, todavía le faltaba algo de madurez.

—Hay que tener ganas de volver a ver a los McGregor tan pronto. La verdad, todavía no comprendo qué hacemos aquí —dijo Calum mirando a su primo con el entrecejo fruncido, nada contento con el pequeño rodeo que estaban dando antes de volver a casa.

Andrew le miró antes de contestar, pero sin detener su montura.

—Ya te lo he explicado. Meg está llevando muy mal su embarazo estas primeras semanas y Evan quería saber si Aili podía pasar unos días con su hermana a fin de aliviar en cierta medida su malestar. Evan piensa que la compañía de Aili tranquilizaría a Meg, y yo también lo creo.

Evan McAlister, jefe del clan McAlister y hermano mayor de Andrew se había casado hacía unos meses con Meg McGregor, después de una serie de enredos, engaños y malentendidos que hizo que ambos clanes, enemigos acérrimos desde siglos atrás, quedaran emparentados y unidos con los lazos del matrimonio. Un matrimonio que había sido concertado en principio por el Rey Guillermo de Escocia para tal fin. Nadie apostaba por aquel enlace, sin embargo, después de todo lo que había pasado en los últimos meses ese matrimonio no solo era verdadero sobre el papel, sino que también se manifestaba en los sentimientos mutuos de Evan y Meg.

Había que reconocer que Meg era una fuerza de la naturaleza. Tan pequeña pero tan llena de vitalidad. Se había hecho pasar por otra persona y se había introducido en el castillo con una identidad falsa para poder conocer a Evan y saber si todo lo que decían de él era cierto, y de paso salvar a su hermana

mayor Aili de un enlace no deseado. Había envenenado sin querer a casi la totalidad del clan en su primera noche allí y después de eso no había parado de armar una detrás de otra. Sin embargo se ganó el cariño y respeto de todo el clan, y cuando salió a la luz su verdadera identidad ya era demasiado tarde: Evan se había enamorado, y el clan al completo había caído rendido a sus pies.

Calum siguió con el entrecejo fruncido. No sabía por qué tenían que tomarse tanto esfuerzo. El hecho de que Meg estuviera llevando mal su estado no significaba que ellos tuvieran que alargar la expedición más tiempo. Estaba cansado y quería volver a casa de una vez.

Andrew bajó del caballo cuando llegaron a las puertas del castillo del clan McGregor. Varios hombres y mujeres se les habían quedado mirando en su paso por las tierras del clan antes de llegar hasta allí. Aunque la unión entre las dos familias había suavizado la relación entre ambos, seguía existiendo cierto recelo entre ellos. Tantos años de encarnizada enemistad no podían borrarse en solo unos pocos meses. De hecho había quienes, aunque no lo demostraran abiertamente, seguían odiando a los miembros del otro clan y no aceptaban en su fuero interno esa unión.

La puerta del castillo se abrió y salió uno de los hombres de confianza de Dune McGregor. Andrew lo reconoció de la vez que acompañaron al jefe McGregor cuando estuvieron en tierra de los McAlister, meses atrás.

—McAlister, estás un poco lejos de tu hogar, ¿no te parece? —dijo Angus McGregor parándose a escasos metros mientras separaba las piernas y cruzaba los brazos a la altura del pecho.

—No sabes cómo me gustaría no tener que ver tu fea cara en este instante, pero el deber me ha hecho tener que venir hasta aquí para ver a tu señor —contestó Andrew con su eterna sonrisa en los labios.

La tensión del momento se palpó entre todos los presentes hasta que Angus, soltando una carcajada, relajó su postura.

—De acuerdo, McAlister. Podéis dejar las monturas allí enfrente. Son los establos. Os espero aquí mientras avisamos al jefe.

—También me gustaría saludar a Aili —dijo Andrew que no pudo sino observar como la pequeña sonrisa de Angus McGregor se volvía recelosa ante su petición.

Antes de que este pudiese contestar, Aili apareció por uno de los laterales del castillo. Llevaba una cesta con varias flores y hierbas. Las mejillas

sonrosadas evidenciaban el ejercicio realizado en su recolección. Estaba claro que Aili había estado andando un buen rato bajo el sol a fin de hacerse con la carga que llevaba en la cesta.

La cara de sorpresa cuando los vio allí dio paso a una de alarmante preocupación.

Aili dejó la cesta en el suelo y corrió hacia donde ellos estaban.

—Andrew, ¿qué hacen aquí? ¿Está todo bien? ¿Meg se encuentra bien?

Andrew sonrió intentando con ello que Aili se relajara.

—Sí, sí, tranquila, todo está bien. Venimos de estar unos días con el clan Campbell y decidimos dar un pequeño rodeo para veros a ti y a tu padre y traer os noticias sobre Meg.

Aili no dejó de mirar a Andrew a los ojos, intentando escudriñar si lo que le había dicho era del todo cierto o había algo más.

Andrew volvió a sorprenderse de la respuesta de su cuerpo, de todo su ser, cuando Aili estaba cerca. Había estado con mujeres, las suficientes para tener una dilatada experiencia, y jamás había sentido nada parecido.

Solo habían coincidido unos pocos días, cuando se conocieron meses atrás. Todavía podía recordar el golpe sordo que sintió en el estómago cuando la vio por primera vez. Como si un puñetazo le hubiese doblado en dos y le hubiese dejado sin aire. Había intentado racionalizar esa reacción, justificarla e ignorarla durante los días que estuvieron todos juntos bajo el techo McAlister, y cuando Evan se casó con Meg y por fin se fueron, el vacío, intenso y cegador, lo había dejado más afectado de lo que quería reconocerse a sí mismo.

Era una locura, una falacia sin sentido. Todo ello se lo había repetido antes de aceptar que lo que sentía por Aili era algo irracional, que no podía justificar ni explicar y que era mejor dejar a un lado. Eso era más fácil de decir que de hacer ahora que la tenía delante nuevamente y que volvía a tener la misma reacción ante su presencia.

—Andrew, no me ocultes nada. Si le pasa algo a Meg... —Aili siguió mirando los ojos de Andrew que con aquella luz se veían más verdes que nunca. Unas vetas de color castaño, dispersas como gotas de nieve sobre su iris, le daban una intensidad de la que era difícil escapar. La eterna sonrisa en los labios de Andrew iluminó su mirada que parecía ahora más relajada, lo que hizo que Aili soltara el aire por primera vez desde que lo viera a la entrada del castillo.

—Meg está bien. Te lo prometo —dijo Andrew frunciendo ligeramente en el ceño cuando se percató de repente de las marcas oscuras que bordeaban los ojos de Aili. Esas ojeras acentuadas era el síntoma visible de que algo no iba bien. Falta de sueño, preocupación, alguna enfermedad.

—¿Tú estás bien? —preguntó Andrew, quemándole los dedos por no poder tocar la mejilla de Aili. Ese había sido el gesto natural que había acompañado a sus palabras si hubiese seguido sus instintos.

Aili no esperaba tal pregunta. Vio una ligera preocupación en la mirada de Andrew antes de que la escudriñara como si esperara encontrar la respuesta a su pregunta en el rostro y las reacciones de Aili, y eso la asustó.

Nadie en esos últimos meses se había percatado de su infierno, de sus pesadillas, y se había convencido de que podía seguir ocultándolas con facilidad. El único que podría haberse dado cuenta de que algo no iba bien hubiese sido Logan, pero su ausencia prolongada en la corte no había hecho posible su escrutinio.

No quería que nadie supiera lo que le pasaba y el hecho de que Andrew, que apenas la conocía, se hubiese percatado de su inquietud la dejó helada.

—Estoy perfectamente —dijo Aili con una tenue sonrisa—. Pero que desconsiderada soy. Como anfitriona no tengo perdón. Os tengo aquí fuera cuando es evidente que habéis hecho un largo camino y estaréis cansados. Por favor, venid dentro. La conversación tendrá que esperar hasta la cena. Primero os prepararemos unas habitaciones, un baño caliente y después una cena regada con el mejor vino.

—Eso no suena nada mal —dijo Calum que sin que se hubiesen percatado, se había acercado a su primo para escuchar la conversación.

—Encantada de volver a verte, Calum —dijo Aili, arrancando de Calum una tibia sonrisa al percatarse de que, aunque apenas se conocían, ella se acordaba de su nombre.

Andrew vio como Aili, daba la vuelta y subía los pocos escalones que llevaban a la entrada principal. Calum y él la siguieron mientras los otros tres hombres llevaban las monturas a los establos para reunirse más tarde con ellos.

A pesar de las palabras de Aili, Andrew no quedó convencido. Si solo hubiese sido el cansancio, quizás..., pero la tristeza y la preocupación que había vislumbrado por un instante detrás de la mirada azul cobalto de Aili le hicieron comprender que ella no le decía toda la verdad, y eso no le gustó. Se

juró a sí mismo que descubriría qué le pasaba.

Con esa promesa siguió a Aili al interior, deseando por un instante todo lo que ella les había ofrecido: un baño caliente y una buena cena.

CAPÍTULO III

La cena transcurrió de forma tranquila y cumplió todas las expectativas. La promesa de Aili no fue en vano. Comieron carne guisada, verduras y pan recién hecho, todo ello regado con un buen vino. De postre tomaron un pastel de manzanas hecho por la propia Aili que hizo las delicias de todos los comensales. Cuando sus hombres y los del clan McGregor se levantaron de la mesa y se retiraron a descansar, quedando solo el jefe del clan McGregor, Aili y él mismo, Dune McGregor miró detenidamente a Andrew.

—Bueno, McAlister, ¿vas a decirnos de una vez cuál es la verdadera razón de esta visita? Creo que he sido lo suficientemente paciente.

Andrew sonrió abiertamente. Cuando esa tarde Dune McGregor los recibió, Andrew había visto la sorpresa y la preocupación en el rostro del jefe del clan McGregor. Sin duda lo primero que había pensado al verlos allí fue lo mismo que Aili, que algo andaba mal con Meg, sin embargo cuando Andrew lo tranquilizó en ese aspecto, la preocupación en el rostro de McGregor había cambiado a una expresión de interrogación.

—Las tierras del clan Campbell no se encuentran precisamente de paso por aquí, y no es un pequeño rodeo el que habéis dado así que, ¿cuál es el motivo de vuestra presencia en mis tierras? —volvió a preguntar Dune McGregor.

Andrew miró a padre e hija antes de contestar.

—Meg no está llevando muy bien estas primeras semanas de embarazo y...

—Lo sabía, sabía que algo andaba mal con Meg. ¿Por qué me has dicho que estaba bien? ¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó Aili con evidente angustia.

—¿La salud de mi hija corre peligro? Porque como me entere de que ha sido porque ese hermano tuyo no la trata en condiciones voy y lo despellejo vivo —recalcó Dune McGregor con énfasis apretando los dientes.

—Parad los dos —dijo Andrew levantando ambas manos—. No os he mentado. Meg está perfectamente pero las molestias propias del embarazo en estas primeras semanas están haciendo que se comporte de forma inusual en

ella, por decirlo de alguna manera.

Dune McGregor relajó su postura mientras una pequeña chispa de diversión apareció en sus ojos.

—En otras palabras, que mi hija está volviendo loco a tu hermano.

—Yo no lo hubiese resumido tan bien —dijo Andrew asintiendo con la cabeza.

Aili miró a los dos hombres como si fueran un par de insensibles.

—Los primeros meses de embarazo pueden ser muy duros —dijo Aili mirando seriamente a los dos—. Mi hermana es muy fuerte pero no es invencible.

—Creo que Andrew no se está refiriendo a eso, hija —dijo Dune con una pequeña sonrisa.

Aili miró a Andrew esperando algún tipo de explicación.

—Es verdad que Meg lo está pasando mal. Kat dice que a algunas embarazadas se les agudizan más los síntomas en las primeras semanas. Vomita casi todo lo que come, está cansada y se duerme por las esquinas, pero Meg no se queja en absoluto. Ese no es el problema. El problema es que está muy sensible, algo nerviosa, y que si antes la llamaban «la mataclanes» ahora hay quien la llama directamente «la exterminadora».

Dune alzo una ceja en señal de pregunta, mientras Aili tenía una expresión indignada por los apodosos que le habían puesto a su hermana.

—Evan casi declara la guerra a tres clanes diferentes durante las últimas tres semanas, y en todos los casos Meg estaba metida de por medio. Como ejemplo, el malentendido con los McDonall y el perro del jefe del clan. El pobre perro tenía una pata dañada y se lastimó aún más de camino, cuando el jefe y varios de sus hombres visitaron a Evan para hablar sobre una serie de robos de ganado de los que están siendo objeto. Cuando llegó a nuestras tierras, el jefe decidió acabar con la vida del perro. Cuando Meg se enteró se opuso a que el jefe del clan McDonall hiciese tal cosa. Cuando McDonall le dijo que era su perro y que haría con él lo que le diese la gana, Meg lo enfrentó, le clavó el dedo en el pecho, le llamó asno y bruto ignorante. Le dijo que no hacía falta sacrificarlo porque lo que tenía se podía curar y que solo un ser egoísta y malvado podría hacerle eso a su perro. Después se echó a llorar y el jefe del clan dijo que Meg estaba loca. Cuando Evan se enteró casi mata a McDonall por lo que le había dicho a Meg.

—¿Que Meg se echó a llorar? Pero si Meg no llora desde que era una niña

—dijo Dune McGregor al que le estaba siendo difícil de ocultar la sonrisa que se dibujaba en sus labios cuando se olvidaba de disimular.

—Sí, ese es otro de los efectos del embarazo. La otra noche Connor cantó una canción después de la cena para los que estábamos en el salón, y Meg se puso a llorar desconsoladamente. Tanto fue así que le entró hasta hipo. Evan temió que aquello no parara nunca. Ha prohibido cantar delante de Meg.

Ahora sí que Dune McGregor no pudo aguantar y soltó una carcajada.

—¿Te hace gracia que Meg este así? —preguntó Aili a su padre con cara de pocos amigos.

Dune McGregor compuso una expresión más seria cuando miró a su hija.

—No es eso, hija. Solo que el destino a veces te da alegrías y McAlister está recibiendo en este momento su merecido.

—Papa, ¿cómo puedes decir eso?—dijo Aili con evidente tono de reproche.

—Porque yo pasé lo mismo con tu madre. Tu madre era más tranquila que Meg pero cuando se quedó embarazada de Logan, temí que me volviera loco. No se lo deseo a nadie. Bueno, a McAlister quizás sí.

—¡Padre! —exclamó Aili indignada.

Andrew también se rió ante la evidente satisfacción de McGregor con el infortunio de Evan.

—¿Tú también? ¡Pero si es tu hermano!— exclamó Aili incrédula con lo que estaba escuchando.

Andrew dejó de reírse pero la chispa de diversión estaba claramente reflejada en sus ojos que brillaban con picardía y en la amplia sonrisa que su boca no podía ni quería ocultar.

—Yo quiero mucho a Evan, pero es divertido verle en esta situación.

—No me lo puedo creer. Meg va a tener razón, pero no solo con McDonall. Va a ser que hay más de un asno en la familia.

Lejos de insultarles, las palabras de Aili consiguieron el efecto contrario y tanto Dune McGregor como Andrew prorrumpieron en carcajadas.

—Esto es intolerable. Voy a ir a la cocina a por algo de beber, a ver si entretanto se os pasa el ataque de risa.

Las carcajadas aún más fuertes se escuchaban por el pasillo cuando Aili, maldiciendo por bajo abandonó el salón.

Cuando unos minutos más tarde ambos hombres dejaron de reírse, Andrew miró a Dune McGregor.

—Evan quería saber si Aili estaría dispuesta a venir con nosotros y quedarse con Meg unos días. Cree que la tranquilizaría. En honor a la verdad, a Evan no le inquietan tanto sus síntomas ni sus estallidos de llanto como el hecho de que la nota muy nerviosa y que no duerme bien. Teme por su salud si sigue así, y cree que la presencia de Aili le vendría muy bien.

Dune McGregor se puso más serio sin abandonar del todo la sonrisa de sus labios.

—En cuanto se lo digas a Aili empezará a recoger sus cosas y a preguntarte que a qué hora salís.

—¿A usted le parece bien? ¿Está de acuerdo? —preguntó Andrew cogiendo su copa y vaciando el poco vino que quedaba en el fondo. Aili todavía no había vuelto de la cocina. Esperaba que trajera algo de agua. Si iban a salir dentro de unas pocas horas prefería mantener la cabeza despejada.

—Todo lo que sea por el bienestar de mis hijas me parece bien. Voy a echar de menos a Aili. Ella es el espíritu de esta casa, pero Meg la necesita ahora más que nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Andrew dejando la copa encima de la mesa.

—Verás, muchacho, Meg siempre ha sido la rebelde, la que nos traía de cabeza a todos, pero a la vez la que llenaba de vida y de risas estas paredes. Aili es la fuerza. La que nos mantiene unidos, no solo a nuestra familia sino también al clan. No hay día que alguien no recurra a ella por algún problema, para contarle algo o para pedirle ayuda. Y Aili siempre está ahí. Siempre.

Andrew asintió, comprendiendo perfectamente lo que Dune McGregor le estaba diciendo. En el caso de los McAlister, su hermano Kerr, hasta el día de su muerte, fue exactamente eso para ellos y su clan.

—Cuidaremos bien de ella mientras esté con nosotros —dijo Andrew con más seriedad de la que estaba acostumbrado a hablar.

—Aunque me cueste reconocerlo, lo sé —dijo Dune McGregor—. Nunca habría dejado a Meg en manos de tu hermano si no hubiese sabido que él la protegería con su propia vida.

—Él y todo el clan. Meg se ha ganado el cariño y respeto de todos. Tendría que haber visto como en estas semanas todos se esfuerzan por ayudar y hacer más fácil cada minuto del día de Meg. Casi hacen cola para destrozar a McDonall cuando la llamó loca.

Andrew hablaba en serio cuando había dicho que todo el clan estaba más que dispuesto a dar su vida por Meg. Él mismo se había encariñado con su

cuñada de una forma que no esperaba posible. Meg tenía un sexto sentido para percatarse de lo que Andrew ocultaba tras su sonrisa, su continuo estado de buen humor y sus respuestas irónicas. Y en vez de preguntar, le había dado su espacio, pero siempre haciéndole saber que estaba ahí por si la necesitaba. Todavía se acordaba, unos días después de la boda, cuando en una conversación alguien le preguntó cuántos hermanos tenía. Ella contestó sin dudar, sin pensar que tenía dos. Logan y Andrew. Y así había sido desde entonces. Se había mostrado como una hermana en todo momento. Le dio su confianza a ciegas y Andrew valoraba aquello mucho más de lo que era capaz de expresar, de lo que jamás podría reconocer.

Aili llegó en ese momento con una jarra de agua y más tarta de manzana.

—Veo que ya se os ha pasado el ataque de risa. Por si acaso traigo agua y algo para comer.

—¿Agua? —preguntó Dune McGregor con evidente disgusto.

—Temí que con tanta risa pudierais atragantaros —dijo Aili entre dientes mirando a los dos.

—Aili, Andrew tenía una proposición que hacerte.

Andrew pasó a decirle a Aili el propósito de su visita y si estaría dispuesta a ir con ellos hacia tierras McAlister para pasar unos días con Meg.

—¿Cuándo partimos? —fue la única pregunta de Aili, que ya se había puesto en pie, para dirigirse a su habitación y empezar a guardar lo que se llevaría en el viaje.

Dune McGregor guiñó un ojo a Andrew cuando escuchó la respuesta de su hija, lo que hizo que Andrew sonriera aún más, asintiendo en señal de reconocimiento. No cabía duda de que el jefe del clan McGregor conocía muy bien a sus hijas.

CAPÍTULO IV

Después de discutir más de media hora, Dune McGregor dejó partir a Aili con Andrew y el resto de los McAlister sin que los acompañaran varios hombres McGregor hasta el límite de sus tierras.

Tenían varios días de camino, y tendrían que hacer por lo menos dos noches en algunos de los lugares entre de las tierras de ambos clanes. Si hubiesen ido ellos solos hubiesen acampado al aire libre, pero yendo con Aili, Andrew pensó en pasar aunque fuera una de las noches en alguna de las casas o posadas de algún clan vecino y amigo.

Aili resultó ser una experta amazona. Llevaban varias horas de viaje cuando Andrew puso su montura a la altura de la de ella.

—Se te ve cómoda. He de confesar que me ha sorprendido un poco.

Aili miró a Andrew y sonrió levemente antes de contestar.

—¿Pensabas que no sabría montar?

Andrew sonrió ante la pregunta.

—No me refería a eso. Cuando Meg habla de ti..., bueno, baste decir que me había imaginado que se te daban bien otras cosas. Cuando nos conocimos, no tuve tiempo de saber cómo eras realmente.

Ahora fue Aili la que sonrió.

—Desde que mi madre murió cuando yo tenía doce años, sin querer, sin proponérmelo, tomé las riendas de la casa en su nombre. Meg tenía dos años menos que yo y Logan ya tenía catorce pero estaba imbuido de lleno en su entrenamiento. Con Logan todo era fácil pero Meg era muy rebelde.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —dijo Andrew irónicamente, llevándose a cambio una mirada de reproche de Aili, aunque su sonrisa, más amplia tras el comentario de Andrew, evidenciaba que se estaba divirtiendo.

Antes de continuar señaló a Andrew con un dedo a modo de advertencia. Si quería escuchar lo que tenía que decirle iba a tener que permanecer calladito.

—Meg era muy rebelde y se escapaba. Yo la buscaba hasta debajo de la cama, hasta que empecé a darme cuenta que siempre iba al mismo sitio. A

entrenar con el arco. Se pasaba las horas y las horas practicando. Después de eso quiso que Logan le enseñara a luchar con la espada, luego fue la caza, después ayudar a la curandera del clan, y un sinfín de cosas más, pero ninguna tenía que ver con las cosas que solía hacer mi madre cuando estaba viva. Creo que el alejarse de las cosas cotidianas que hacía mi madre y centrarse en la práctica de esas disciplinas era su forma de sobrellevar el dolor. Así que yo fui quien se hizo cargo de la gestión casa y todo lo que conlleva. Además era lo justo. Yo era la mayor. Aprendía a llevar las cuentas y a estar ahí para cualquiera que tuviese un problema que había que escuchar. Sin embargo tenía una cosa que era solo mía, y aunque no podía hacerlo a menudo, sí lo suficiente como para mantenerme cuerda durante aquellos meses de duelo.

Andrew la miró fijamente, atento a cada una de sus palabras. No sabía por qué pero la forma que tenía Aili de hablar, de narrar un suceso, de exponer un hecho e incluso de contar una historia, era especial. Su voz cálida y suave, la forma de expresarse, cómo movía ligeramente la cabeza cuando hablaba, todo ello le mantenía absorto en su explicación.

—Montar a caballo ¿verdad? —dijo Andrew refiriéndose a esa cosa que hacía Aili y que era solo suya.

Aili, sonrió abiertamente y Andrew sintió que el aire se volvía más denso.

—Sí, exacto —contestó Aili con la mirada un poco perdida en los recuerdos—. Antes de *Nocturno* —siguió Aili tocando suavemente al caballo que estaba montando— tuve otro caballo que se llamaba *Trueno*. Se lo regaló a mi padre mi tío Angus. Era prácticamente salvaje y muy hermoso. Y rebelde, muy rebelde. Yo me escapaba por las tardes y visitabas las cuadras. Allí me sentía en paz. Conecté con *Trueno* de una manera inusual. Pero al poco tiempo la única que podía acercarse a él y darle de comer era yo. Al tiempo conseguí montarlo y entonces salía a galopar con él. Cuando mi padre se enteró casi le da un ataque. Me dijo que con Meg ya tenía suficiente. Que si yo quería rematarlo y mandarlo también al otro mundo.

Andrew soltó una pequeña carcajada al imaginarse a Dune McGregor haciéndose cargo de la diablilla de Meg y de Aili.

—¿Y te prohibió montar? —preguntó Andrew pensando que el jefe del clan seguramente había cortado por lo sano.

Aili le miró y con una sonrisa pícaro negó con la cabeza.

—No le di oportunidad. Me seguí escapando por las tardes o a primera hora de la mañana para montar a *Trueno*. Se dio por vencido cuando me vio

montar y también cuando tomó conciencia de lo cabezota que era su hija mayor.

—Ya veo —dijo Andrew con una sonrisa de medio lado—. Tendré en cuenta ese rasgo. Cabezota. No lo hubiese creído.

Aili rió abiertamente y a Andrew le cogió por sorpresa lo que aquel sonido musical y lleno de diversión provocó en su pecho.

Varias horas más tarde el sol comenzó su peregrinaje deslizándose hacia el horizonte para desaparecer tímidamente tras él. Andrew hizo detener la marcha por ese día. Habían parado solo para comer, pero a pesar de ello no habían podido llegar a tierras seguras donde pernoctar.

—Tenía pensado hacer un alto mañana en casa de Flora y Gordon McArthur. Son aliados de los McAlister y Flora es prima nuestra. Espero que no te importe que esta noche tengamos que dormir al aire libre, en medio del bosque.

Aili, que había sacado ya algunas de sus cosas de las alforjas que llevaba en su montura, miró a Andrew con una sonrisa.

—No te preocupes tanto por mí. No me voy a romper. He dormido con mis hermanos en más de una ocasión bajo las estrellas, cuando hemos tenido que viajar y no había algún refugio cerca. Y, sinceramente, a mí siempre me ha gustado.

Andrew alzó una ceja mientras una sonrisa algo canalla se instalaba en sus labios.

—Las piedras del bosque clavándose en el cuerpo mientras duermes, el aire frío de la noche calándose hasta los huesos, la comida fría y casi incomible en los estómagos. Sí, ya veo dónde ves la magia —dijo Andrew guiñándole un ojo.

Aili soltó una carcajada.

—Lo digo en serio, y sé que a ti también te encanta. Todavía no he conocido a ningún *highlander* que prefiera dormir con un techo sobre su cabeza antes que hacerlo bajo el manto de las estrellas.

—De acuerdo. Entonces tendré que aceptar tu palabra de que te parece bien que pasemos esta noche aquí —dijo Andrew haciendo un gesto con la mano dando solidez a tal afirmación.

Aili asintió con la cabeza mientras veía cómo el resto de los hombre McAlister, cuatro en total, empezaban a moverse por el claro, dejando sus monturas en uno de los extremos y colocando algunas cosas en el centro.

—Hay un riachuelo a unos metros de aquí. Si necesitas acercarte, dímelo —dijo Andrew que vio como Aili se ruborizaba un poco.

—La verdad es que me gustaría asearme un poco, y... tener algo de privacidad.

Andrew sabía a qué se refería. Llevaban todo el día de viaje y solo habían parado una vez.

—No hay motivo para esperar algún peligro pero tampoco quiero que te alejes sola. Si no te importa, te acompañaré. Juro que me mantendré lo suficientemente alejado para no saber que estás haciendo pero para escucharte si hay peligro —se apresuró a aclarar Andrew cuando vio la cara que puso Aili al decirle que la acompañaría—. Si algo te ocurriera, tu padre, Logan, Meg e incluso Evan harían cola para despellejarme vivo. Es algo que no ansío probar. Así que apiádate de mí y evita así mi posible sufrimiento.

Aili volvió a sonreír. Hacía meses que no se sentía tan tranquila y tan animada como esa noche. Sin poder evitarlo se sorprendía a sí misma riendo de algún comentario o gesto de Andrew McAlister. El hecho de que por unos minutos fuese capaz de olvidar lo que la angustiaba era algo que no podría agradecerle suficiente.

Andrew frunció el ceño cuando vio apagarse la alegría que momentos antes había estado presente en las facciones de Aili, quedando reemplazada por una ligera angustia que esta se esforzaba por ocultar.

—Está bien. Confío en ti —dijo Aili mirándole a los ojos.

Andrew no sabía bien por qué pero ese gesto, esas simples palabras dichas por ella agitaron su respiración. Se sintió como si le otorgase un valioso presente. No sabía porque pero la forma en que lo dijo, Andrew casi podría jurar que Aili no estaba acostumbrada a confiar en nadie aparte de su familia. Así que aquello le cogió totalmente desprevenido.

—Entonces más me vale no decepcionarte— dijo Andrew viendo como Aili relajaba su expresión e incluso su postura al escuchar su respuesta.

Andrew cumplió su promesa y acompañó a Aili quien después de asearse lo imprescindible volvió al campamento improvisado junto a Andrew que la esperaba al borde del mismo.

Para cenar, Aili sacó de sus alforjas varias viandas que se había llevado del castillo para su viaje. Los hombres sonrieron cuando vieron queso, pan, carne fría y un trozo de pastel de manzana. En comparación con los víveres que llevaban ellos, más imperecederos pero menos sabrosos, estaban más que

animados.

Aili comió en silencio mientras escuchaba la conversación de los hombres. Se dio cuenta de que intentaban, aunque a veces sin mucho éxito, no sacar algunos temas que no se consideraban adecuados para una dama. Sin embargo, sobre todo Calum, por su corta edad a veces se olvidaba de su presencia y decía algo que hacía subir el rubor a las mejillas de Aili. Algún chiste algo escandaloso, o algunas expresiones cargadas de connotaciones sexuales. Aili no pudo sino sonreír al ver las caras de los demás al darse cuenta de que ella estaba presente cuando se comentaba algo fuera de lugar y las dos collejas que se llevó Calum de uno de los hombres de más edad al hacer varios chistes que no se considerarían apropiados ni en un burdel.

—Perdona a Calum. No está acostumbrado a que viajemos con damas —dijo Andrew cuando Aili estaba guardando el trozo de queso y algo de la carne y el pastel que habían sobrado de la cena.

—No te preocupes. Tengo un hermano y primos. No voy a ruborizarme tan fácilmente.

Andrew miró a Aili. Era tan dulce y tan comprensiva... Lo hacía todo más fácil y eso era una rara cualidad.

Aili terminó por guardar las cosas bien en sus alforjas para el día siguiente, y sacó una manta que llevaba para tender en el suelo.

—Si necesitas algo más de abrigo, dímelo. Puedo dejarte un tartán.

Aili inspiró hondo y le miró de forma acusatoria.

—¿Dormir con los colores de los McAlister? Si se enterase mi padre ardería media Escocia.

Esta fue la ocasión de Andrew para reír abiertamente sobre todo por la mueca que hizo Aili al final.

—Era broma. Tengo una manta —dijo Andrew divertido.

—Muchas gracias, Andrew, pero creo que no será necesario. No es una noche demasiado fresca.

Unos minutos más tarde Aili deseó buenas noches a los hombres y, alejándose solo unos pocos metros para tener algo de privacidad, se acostó sobre la manta, tapándose con el otro extremo.

Andrew estaba junto a los hombres, pero no podía prestar atención a la conversación. Toda su atención estaba centrada en la mujer que estaba tendida a escasos metros de él. La había visto removerse un poco durante un rato hasta que pareció caer dormida. No sabía por qué, pero en ese momento le pareció

de extrema importancia saber si ella estaba cómoda, si estaba lo suficientemente abrigada con la manta o si le costaba conciliar el sueño con las voces de sus hombres que seguían hablando. Esas cuestiones, que nunca antes le habían parecido tan importantes, no dejaban de ocupar su mente una y otra vez como un molesto picor imposible de aplacar. Intentando dejar a un lado esos pensamientos trató de centrarse en los chistes de Calum que, pensando que Aili estaba dormida, volvió a ellos con más intensidad, hasta que una hora más tarde el campamento estaba totalmente en calma y en silencio, con los hombres durmiendo en el centro y Andrew un poco más alejado, cerca de Aili.

Un sollozo rasgó el silencio de la noche. Al principio era tan tenue que apenas era audible, pero poco a poco fue cogiendo fuerza hasta que los sollozos se mezclaron con un grito angustioso capaz de congelar la sangre en las venas de quien lo escuchara. Andrew se despertó cuando ese grito resonó en sus oídos. Saltó en un segundo y corrió hacia la persona que gritaba, que no era otra que Aili.

Se arrodilló a su lado mientras esta se agitaba presa de una pesadilla. Andrew sintió que su pecho se encogía con un nudo al ver la angustia reflejada en el rostro de Aili que se movía de forma frenética mientras el dolor parecía haberse adueñado de ella.

—Aili, despierta —dijo Andrew cogiéndola suavemente de los brazos.

Aili sollozó y varias lágrimas se deslizaron por su mejilla produciendo en Andrew un efecto demoledor. Se vio a sí mismo deseando borrar aquellas lágrimas de su hermoso rostro y desterrar de su mente lo que fuese que la estaba haciendo sufrir, y lo deseaba con tal ansia que sintió que le temblaban un poco las manos.

—Aili, por favor, despierta —repitió Andrew, esta vez rozando con la mano su mejilla. Fue un movimiento lleno de ternura y suavidad, que pareció sacar a Aili de aquel terrible estado.

Ella abrió los ojos y cuando vio a alguien cerca, cerniéndose sobre su cuerpo, volvió a gritar, esta vez con el miedo brillando en sus ojos.

—Tranquila, tranquila, soy yo, Andrew —insistió, intentando tranquilizarla y parando en seco a sus hombres con una orden cuando estos se acercaban también a ver cuál era el origen de la amenaza.

—Es solo una pesadilla —continuó Andrew, no solo para Aili sino

también para sus hombres, los cuales al comprobar que no había ningún peligro real volvieron a echarse para seguir durmiendo.

Aili se fue despertando, saliendo de la neblina roja de dolor en la que había estado inmersa. Como en las últimas semanas, el sueño había sido tan real, tan vívido, que aunque sabía que en ese preciso instante estaba a salvo, no podía quitarse de encima el terror que la embargaba cada vez que recordaba los hechos de aquel aciago día. Cuando vio a Andrew y fue consciente de su presencia, el rubor, la vergüenza y el miedo se adueñaron de ella.

—Lo... lo siento —consiguió decir, con la boca repentinamente seca.

Andrew frunció el ceño aún más. No solo era la pesadilla sino el miedo y la angustia que veía reflejadas en la cara de Aili lo que le preocuparon y le convencieron de que la primera impresión al verla el día anterior había sido correcta. A Aili le ocurría algo.

—Tranquila. ¿Una pesadilla? —preguntó Andrew sin quitarle los ojos de encima.

Aili intentó relajar su postura y dejar de temblar antes de contestar. Era consciente de que Andrew la estaba mirando con preocupación. Después de lo que le había dicho el día anterior, de lo que había sido capaz de percibir en ella, en su estado de ánimo, no quería dar pie a que se hiciese más preguntas.

—Si, así es, pero ya ha pasado. Estoy bien y lamento haberos despertado a ti y al resto de los hombres —dijo Aili pasando una mano por la frente y apartándose parte del pelo que se había deslizado hasta su cara.

Aili sintió el roce de la mano de Andrew en su mejilla antes de que pudiera terminar de apartarse el pelo. Él lo hizo por ella. Aili no esperaba ese gesto, ni que su tacto la dejara sin respiración. Esa reacción la cogió por sorpresa y la asustó. Miró a Andrew y este retiró su mano, dejándola con una sensación de pérdida que sin tener sentido alguno en parte le dolió. ¿Qué demonios había sido eso?

—¿Quieres contarme qué has soñado? A veces ayuda —dijo Andrew con voz suave.

La presencia de Andrew la reconfortaba, la hacía sentir segura, como nada en mucho tiempo. Una parte remota de su mente quería confesar a Andrew su pesadilla pero la parte racional y juiciosa sabía que aquello era imposible. Ese era un sueño de terror que tendría que guardar para sí el resto de su vida. Por el bien de ella y, sobre todo y lo que más miedo le daba, por el bien de los

demás.

Aili negó con la cabeza antes de mirar nuevamente a Andrew, que la contemplaba atentamente. Su expresión era la misma, pero debajo de esa casi eterna sonrisa, Aili pudo ver por unos segundos una preocupación genuina. Eso la reconfortó, haciendo que en ese instante no se sintiese sola.

—De acuerdo. ¿Crees que podrás intentar dormir nuevamente? Mañana será un día duro y necesitas descansar. —Andrew comprobó dónde estaban sus hombres antes de volver a posar su mirada sobre Aili—. Voy a acercarme un poco más mis cosas y a tumbarme a dormir junto a ese árbol, ¿de acuerdo? Estaré lo suficientemente cerca por si me necesitas. Y no temas nada, estás con un grupo de guerreros McAlister. Lo entendería si fueran McGregor, que son los peores luchadores de Escocia, pero...

Aquellas palabras le sirvieron a Andrew para que Aili le diera un pequeño golpe en el pecho en señal de protesta por sus palabras, a la vez que una tenue sonrisa cuajaba en sus labios.

—Antes o después vamos a tener que hablar sobre tu tendencia a meterte con los McGregor —dijo Aili comprendiendo lo que Andrew estaba intentando hacer. Que se olvidara de su pesadilla personal—. Gracias —le dijo Aili mirándole nuevamente a los ojos.

Andrew le sostuvo la mirada durante unos segundos.

— No sé de qué estás hablando —contestó Andrew con una sonrisa mientras le guiñaba un ojo.

Aili se recostó nuevamente mientras Andrew acomodaba la manta encima de ella con sumo cuidado y delicadeza.

El último pensamiento de Aili mientras cerraba los ojos y volvía a caer en brazos de Morfeo fue para una mirada intensa, del color del brezo. Para el roce de una mano sobre su mejilla y el deseo de que volviera a repetirse.

CAPÍTULO V

Aili se despertó al alba. Los hombres ya estaban casi preparados para partir.

—¿Por qué no me has llamado? Qué vergüenza. No quiero que tengáis que esperarme.

Andrew sonrió mirando a Aili, a la que se había acercado cuando vio que ella se levantaba con premura e intentaba recoger sus cosas lo más rápido posible.

—Estabas cansada después de la pesadilla de ayer y quería dejarte descansar un poco más. Te encontrabas profundamente dormida hace media hora —dijo Andrew guiñándole un ojo, acompañando ese gesto con una sonrisa difícil de ignorar.

Aili sintió en ese momento que el estómago se le encogía como si lo tuviese aprisionado en un puño. Era incapaz de pensar en qué escenario alguien podía enfadarse con Andrew. Lo conocía desde hace poco pero era la clase de persona que siempre estaba de buen humor. Jamás había conocido a alguien así. Siempre tenía una sonrisa en los labios y no una de esas sonrisas falsas que eran forzadas sino de las genuinas, las que llegan a los ojos y hacen que estos tengan un tipo de luz propia. Tampoco le extrañaba que con las mujeres tuviese éxito. Era muy apuesto, y un auténtico caballero. Tenía una conversación amena y era divertido. Hacía gala de esa clase de humor a veces irónico que a Aili le parecía muy atractivo. Cuando le guiñó el ojo, sabía que era solo una expresión de amistad, pero ese punto canalla junto con esa sonrisa hizo que Aili por primera vez lo viera de otra manera y aquello la cogió por sorpresa.

Aili siempre había pensado que Andrew era muy atractivo. Tenía que estar ciega para no haberse dado cuenta, pero no se había sentido atraída por él hasta ese momento, donde sintió de repente la boca seca y las manos algo sudorosas, dejándola temporalmente paralizada. Después de lo que le había pasado con Ian no quería volver a enamorarse, no quería volver a sentir nada por ningún otro hombre. Sin embargo allí estaba, con una respuesta visceral de

su cuerpo y sintiéndose perpleja porque, si era sincera, después de todos esos años creyéndose enamorada de Ian, nunca había sentido algo así por él, no de esa magnitud, y eso daba miedo.

Durante el trayecto de ese día, Aili siguió perdida en ese pensamiento. No podía dejar de darle vueltas y empezó a encontrar posibles respuestas. Quizás la pesadilla de la noche anterior la había alterado tanto que esa mañana todavía estaba demasiado vulnerable y por eso había magnificado lo que había sentido con Andrew. Pero cuando a mitad de camino Andrew puso su montura a su altura y permaneció durante largo tiempo a su lado, Aili empezó a pensar que las excusas que podía imaginar para explicar lo que le había pasado iba a tener que hundirlas en abono, porque verdaderamente no servían para nada más. Todo el tiempo que Andrew estuvo a su lado, Aili fue excesivamente consciente de su presencia. No, aquello no era producto de su vulnerabilidad, ni de la confusión del momento, aquello era otra cosa y Aili no quería ni podía pensar en ese preciso instante sobre ello.

Estuvo autoconvenciéndose hasta que a media tarde pararon. Iba a anochecer pronto y querían llegar a casa de Flora y Gordon McArthur, pero las necesidades físicas son así, y Aili necesitaba hacer un alto, alejarse un poco y dejar que la naturaleza siguiese su curso. La martirizó más allá de lo que creía posible el tener que decirle a Andrew que necesitaba que parasen unos minutos. El rubor de Aili se extendió por sus mejillas sintiendo cómo ardían mientras Andrew la miraba con una chispa de diversión en sus ojos por su azoramiento.

Así que Andrew hizo parar y Aili se internó a paso rápido en el bosque a fin de alejarse lo suficiente como para poder hacer sus necesidades sin quedar expuesta a la vista de nadie.

Acababa de encontrar el lugar adecuado cuando unos brazos fuertes la cogieron por detrás, inmovilizándola contra un pecho que olía a sudor tan fuerte que Aili sintió ganas de vomitar. Le taparon la boca antes de que pudiese gritar. El miedo hizo mella en ella, que intentó revolverse hasta que el hombre que la sujetaba le susurró al oído unas palabras que le hicieron casi rozar el pánico.

—Deja de forcejear y nadie saldrá herido. McNaiill nos pagó para que te lleváramos con él si intentabas huir o irte de tu hogar, pero no nos dijo nada sobre las condiciones en que tendrías que estar, así que no dudaré en usar la fuerza, y eso no creo que te gustase. Deja de moverte, estate calladita y todo se

acabará rápidamente.

Aili hizo todo lo contrario. Se debatió con más bríos y le mordió la mano a aquel hombre con la suficiente fuerza como para que el guerrero soltara un gruñido y la zarandeara hasta hacerla prácticamente perder el sentido. Le dio la vuelta y con la mano extendida le propinó tal golpe que la tiró al suelo.

Ese fue el momento en el que un grito parecido al aullido de un animal herido rasgó el silencio. Aili no supo de quién provenía porque la oscuridad la engulló tragándola hasta que todo lo que había a su alrededor desapareció.

Andrew siguió a Aili durante un buen rato. Se estaba alejando demasiado de donde estaban los hombres. Iba hacérselo saber, cuando por fin esta se detuvo. Andrew se mantuvo lo suficientemente retirado como para no enturbiar su intimidad pero lo bastante cerca como para oírla si por si alguna razón lo necesitaba.

No le gustaba que Aili se hubiese alejado tanto, y todo porque no podía dejar de sentir que algo no iba bien. Estaba inquieto desde hacía unas horas en las que la sensación de que les seguían, de ser observados había arraigado en su mente. Así que una hora atrás, había mandado a uno de los hombres a rastrear, sin embargo Aiden volvió junto a ellos sin haberse percatado de nada sospechoso.

A pesar de eso, Andrew seguía teniendo una extraña sensación. Algo le decía que estuviese alerta y con los años Andrew había aprendido a hacer caso a su instinto. Este no solía fallarle. Esperaba que esta vez fuese diferente pero prefería ser precavido.

Un ruido casi imperceptible, como un quejido, llegó hasta él. No sabía si era producto de su imaginación pero no lo pensó. Se encaminó con paso firme y rápido hacia donde se encontraba Aili, y lo que vio cuando llegó hasta ella hizo que la angustia y la ira tomaran el control de todo su ser. Un hombre forcejeaba con Aili y para poder controlarla la golpeó en la cara hasta que esta cayó al suelo. En ese instante, algo dentro de él se quebró, y soltando un grito se abalanzó sobre el desconocido con la clara intención de matarlo por haberla tocado. Nadie se atrevía a hacerle daño a Aili y pretender seguir respirando.

Andrew derribó al desconocido de un golpe, y sacó su puñal del cinturón con el que sujetaba su *feliadh mor* justo cuando su oponente le hacía frente con su espada.

Andrew maldijo por no tener su espada consigo allí mismo. Se enrolló parte de la tela restante de su *feliadh mor* en el brazo para trabar el golpe del contrario que dejando al descubierto parte de su costado no contó con la rapidez de Andrew y maldijo cuando sintió el puñal de Andrew clavarse entre sus costillas. Llegaron tres hombres más que rodearon a Andrew mientras este se hacía con la espada del desconocido que yacía muerto a sus pies, y los encaraba, dando vueltas sobre sí mismo, la espada en una mano y el puñal en la otra. Los ataques sincronizados de los tres hombres le hicieron esforzarse al máximo. Andrew asestó un golpe al que tenía enfrente en ese momento, un pelirrojo más alto que él y con más músculo que cerebro a la vista de su estrategia. Este se dobló en dos por el dolor cayendo prácticamente de rodillas, cuando Andrew ya estaba luchando contra los otros dos. Uno de ellos, el más delgado y enjuto, manejaba bien la espada, pero no era lo suficientemente bueno para Andrew, sin embargo la posición del tercero cuyo interés se centró en la figura de Aili hizo que Andrew rebajara su concentración. Si cogían a Aili y le amenazaban con hacerle daño no tendría nada que hacer. Llegó hasta este lo suficientemente rápido como para apartarlo de ella haciéndole un corte en el brazo que sin duda haría que no pudiese luchar con plenas facultades. Ese segundo fue suficiente para dejar a Andrew al descubierto, y aunque era consciente de ello, no podía dejar que Aili cayera en sus manos. Andrew sintió un agudo dolor en su hombro derecho. Miró hacia abajo y vio la espada del hombre enjuto y de ojos claros clavada en él. Apretó los dientes ante el dolor, mientras el rugido de guerra del clan McAlister llegaba hasta ellos. En ese preciso instante, su primo Calum y Aiden llegaron hasta ellos. El hombre que tenía la espada clavada en el hombro de Andrew le miró con odio antes de sacarla, coger al pelirrojo del brazo y salir huyendo junto al tercer hombre con el brazo inutilizado.

Andrew corrió junto a Aili que yacía en el suelo inmóvil. Le dio la vuelta y cuando vio la tenue sombra del moratón formándose en su mejilla sintió que la ira se adueñaba de su interior. Él era un controlador nato de sus emociones pero con Aili le era imposible.

—¿Qué ha pasado?—dijeron Calum y Aiden a la vez.

El resto de los hombres llegaron detrás de ellos. Andrew les dijo que estaba todo controlado y que volvieran con los caballos, quedando solo Calum y Aiden reacios a moverse de allí.

Calum se acercó al hombre que yacía tumbado en el suelo.

—Han intentado llevarse a Aili— dijo Andrew entre dientes.

—No llevan el distintivo de ningún clan. Puede que sean mercenarios contratados —dijo Calum mientras le echaba un vistazo al cadáver.

Andrew tocó suavemente la mejilla de Aili. Rozó superficialmente la cabeza y el cuello así como sus brazos. Quería saber si había sufrido cualquier otro daño. Cuando terminó su reconocimiento, solo veía el golpe en la cara. Con suerte se despertaría en breve y Andrew podría volver a respirar con normalidad.

—Eso parece —dijo Andrew confirmando las palabras de Calum.

Tomó a Aili en brazos. Su hombro se resintió y apretó los dientes.

—Registradlo, a ver si encontráis algo entre sus ropas. Tenemos que irnos. Va a anochecer y quiero llegar a casa de Flora y Gordon antes de que se oculte el sol.

Calum y Aiden asintieron mientras comenzaban a registrar al desconocido. Andrew volvió con Aili en brazos hasta donde estaban el resto de los hombres.

Un sonido parecido a un quejido salió de los labios de la joven cuando Andrew volvió a dejarla en el suelo, colocando bajo su cabeza una manta para que estuviese más cómoda.

Andrew no se movió de su lado. Las largas pestañas de Aili se agitaron con suavidad antes de que ella abriera lentamente los ojos. Al principio le costó enfocar, pero la delicada presión que sintió en la cara haciendo que la girara hacia la derecha hizo centrar su atención en la figura que había delante de ella. Parpadeó varias veces hasta que su visión se aclaró y encontró a Andrew de rodillas junto a ella, mirándola fijamente y con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aili intentando levantarse. Un mareo hizo que perdiera estabilidad y que todo le diera vueltas.

—No te muevas —dijo Andrew instándola suavemente a que se acomodara otra vez en el suelo—. Has recibido un fuerte golpe en la cara que te ha dejado sin sentido. Creo que no estás herida en ninguna otra parte, pero ahora que estás despierta, ¿puedes decirme si te duele en algún sitio aparte de la mejilla?

Aili estaba intentando asimilar lo que le había dicho Andrew. Había recibido un fuerte golpe. ¿Con qué se había golpeado?. En ese momento comenzó a recordar. Unos fuertes brazos alrededor de ella, el miedo, el sudor

de ese desconocido, sus palabras dichas en un tono bajo pero tan amenazador que volvieron a helarle la sangre. El nombre de McNaill. Aili sintió arcadas y pensó que vomitaría allí mismo.

Andrew vio la cara de Aili. Se había puesto muy pálida, como si fuese a desmayarse nuevamente.

—Tranquila, respira despacio. ¿Estás mareada?

Aili intentó recomponerse. Por nada del mundo quería que Andrew sospechase porqué habían intentado llevársela.

—Estoy bien , estoy bien —dijo obligándose a mirarle directamente—. Oh, Dios mío. ¡Estas herido!— exclamó Aili llevando sus dedos hasta el hombro Andrew.

—No es nada. No te preocupes por eso ahora. Es solo un rasguño. Lo importante es que tu estés bien. No debemos quedarnos aquí por más tiempo. Tenemos que llegar a casa de Flora y Gordon antes de que anochezca. ¿Crees que podrás montar?— le preguntó Andrew mirándola fijamente.

Aili no se encontraba nada bien. Tenía un dolor lacerante en la cara, la cabeza le daba vueltas y el estómago parecía no querer asentarse y las ganas de vomitar eran acuciantes, sin embargo sabía que Andrew tenía razón y por nada del mundo quería quedarse allí por más tiempo. No es que pensara que Andrew y el resto de los McAlister no podían hacer frente a aquellos hombres pero no sabían si volverían y cuántos serían. —Puedo montar. No te preocupes. Puedo hacerlo

Una sonrisa se extendió ligeramente por los labios Andrew. Aili juraría que vio un atisbo de admiración en la mirada que le dirigió antes de volver su rostro y dirigirse al resto de los hombres.

—Recoged. Nos vamos.— dijo Andrew mientras se levantaba y se acercaba a Calum y Aiden que en ese momento volvían de registrar al desconocido.

—¿Habéis encontrado algo?— preguntó Andrew sabiendo cuál iba a ser la respuesta de ambos.

—Nada. No llevaba nada encima. Realmente creo que era un mercenario. No lleva distintivo de ningún clan y no me suena de nada. ¿Crees que alguien puede haberlo contratado para vengarse de McGregor?. Si Aili era su objetivo es la explicación más lógica.

—No lo sé— dijo Andrew negando con la cabeza. Él había pensado lo mismo. Estaba claro cuál había sido el objetivo de esos hombres. Si había

sido fortuito o fruto de algún encargo era algo que no podían averiguar en ese instante.— Hablaré con Aili en cuanto lleguemos a casa de Flora. Ahora debemos irnos. Va a anochecer y todavía nos queda camino.

Calum y Aiden asintieron los dos mientras se encaminaban hacia sus monturas.

Andrew se acercó a Aili que todavía algo mareada intentaba sin mucho éxito levantarse.

Andrew la ayudó y cuando Aili se apoyó en él, Andrew contuvo la respiración. Así no iba a poder montar por mucho que ella lo intentase.

—Calum, coge las riendas de la montura de Aili. Ella irá conmigo —dijo de manera contundente mientras sentía la mirada penetrante de Aili sobre su rostro.

Aili pensó que nada podría hacer que su azoramiento fuese más intenso, pero estaba equivocada. Pensar en ir montada con Andrew hizo que el leve mareo que la embargaba se multiplicase por dos, sin embargo no dijo nada. No podía. Si tenía que ser sincera sabía que no iba a poder montar ella sola. No en las condiciones en las que todavía se encontraba. Así que haciendo un esfuerzo, y tragándose las emociones que se adueñaron de ella y arraigaron en su mente y en su cuerpo por la cercanía de Andrew, asintió en muestra de conformidad. Y que Dios la ayudara, porque le iba a hacer mucha falta.

Andrew acomodó a Aili delante de él. Sonrió cuando la sintió sentarse rígidamente, intentando estar lo más lejos de él que pudiese. Aunque eso dolió en su amor propio, la verdad era que en cierta medida lo agradecía. No creía que fuese capaz de soportar, aunque solo fuera pocas horas, el contacto de Aili contra su cuerpo. Era a esa distancia, separados solo por unos centímetros, y Andrew sentía cómo una parte de su anatomía solicitaba a gritos toda su atención.

En ese momento cogió las riendas y se pusieron en marcha. El dolor del hombro al hacer ese gesto fue suficiente como para apaciguar su deseo momentáneamente.

—¿Estas bien? ¿Vas cómoda? —preguntó Andrew que veía que Aili, experta amazona llevaba una postura un poco rara.

—Muy cómoda —mintió Aili con voz demasiado aguda, mientras pensaba que no le iba a ser posible seguir así mucho más tiempo. La cercanía de Andrew la estaba haciendo sufrir algunos síntomas que la dejaban sin aliento.

Además, si seguía en aquella postura no iba a poder ponerse derecha después. Ya sentía en tensión la espalda y eso que no habían hecho nada más que empezar.

—Ya —contestó Andrew ensanchando aún más su sonrisa, que acabó en pequeña carcajada.

Aili giró la cabeza cuando le pareció que Andrew se reía de algo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó suspicaz.

—Sinceramente, tú —dijo Andrew mirándola con una chispa divertida en los ojos.

Aili le miró, se miró a sí misma, y sin querer soltó también una carcajada.

—Perdona, Andrew, pero no estoy acostumbrada a montar con nadie —dijo sentándose más cómodamente.

Él se inclinó un poco hacia adelante.

—Si estás cansada y quieres apoyarte en mí, nadie pensará que es indecoroso —dijo apretando los dientes al final, cuando sintió a Aili moverse entre sus muslos, su trasero cerca de su miembro, avivando su deseo hasta un punto que maldijo para sí en voz baja.

Aili se fue relajando durante el trayecto. La tensión y el cansancio del día hicieron que se quedara dormida y al final, sin que ella lo supiera, acabó recostándose en Andrew.

Él maldijo nuevamente. Sintió relajarse a Aili hasta quedarse dormida, reposando su cabeza en el hueco de su cuello y la mejilla sobre su pecho. Ardía de deseo, un deseo que apenas podía controlar. No podía recordar cuando había sentido algo parecido, tan visceral e indomable. Era una necesidad vital, como el respirar, lo que le incitaba a tocarla, a protegerla, a rodearla con sus brazos y reclamarla como suya. Jamás pensó que sentiría algo igual. Había conocido a muchas mujeres, había tenido relaciones y según sus amantes era un buen compañero de cama. Siempre había sido claro en esas relaciones y salvo algún capricho inicial, nunca le había embargado ese sentimiento que le corroía por dentro y se mantenía imperturbable por más que quisiese racionalizarlo.

Había visto a su hermano Kerr enamorarse y casarse y que ese amor le hiciera ser mejor. En cierta manera le había envidiado, porque pensaba que, por su forma de ser, a él jamás podría pasarle algo parecido. Andrew sabía que él era demasiado cínico e irónico como para poder sentir una emoción tan desinteresada, tan poco egoísta como el amor. No era de los que confiaban en

nadie o de los que mostraban sus sentimientos. Ni siquiera con sus hermanos se había abierto totalmente a lo largo de los años, y eso que eran los únicos a los que amaba de forma incondicional. Los únicos por los que lo daría todo. Hasta ahora. Aili, desde que la había visto por primera vez, lo había dejado sin discurso alguno, sin excusas y sin defensas. Su autocontrol, como ahora, que sufría lo indecible por acariciar cada centímetro de su cuerpo y saborear hasta el último rincón de su piel, se había esfumado con su presencia, quedando expuesto a su voluntad. Y a pesar de ello, incluso cuando tendría que estar furioso por acabar reducido a un hombre emocional, que sentía algo tan fuerte como para ser capaz de dar su vida por ella, jamás se había sentido tan completo ni tan feliz como ahora.

Andrew pasó un brazo alrededor de la cintura de Aili y la atrajo más hacia su pecho, para tenerla más segura mientras montaban y para que estuviese más cómoda. Los dedos rozaron su pelo suave y embriagador. Enredó su mano en ellos como si de esa forma tocara una parte de ella que era demasiado íntima. Su olor a flores silvestres le estaba volviendo loco. Sintió su aliento en el cuello y su piel suave como el terciopelo, y endureció la mandíbula en un acto reflejo de otra parte de su cuerpo que también estaba dura y sufría lo indecible por entrar en el dulce cuerpo de Aili y hacerla suya. Sin duda ese viaje iba a ser su perdición.

CAPÍTULO VI

Flora y Gordon los recibieron con los brazos abiertos. Flora, maternal y protectora por naturaleza, acogió a Aili bajo su ala como si fuese una de sus hijas y estuvo pendiente de ella para todo lo que necesitase y más después de que les contaran lo que había pasado en el camino y que habían intentado llevarse a Aili. Asimismo, en cuanto vio el hombro de Andrew hizo un ruido de desaprobación y le obligó a sentarse para que ella lo pudiese ver y curar la herida.

—¡Dios mío! Me dijiste que era solo un rasguño —exclamó Aili cuando vio la herida de Andrew en su hombro derecho. Una herida que todavía sangraba con generosidad a pesar de la prenda que Andrew había metido debajo de su camisa para intentar contener la hemorragia.

—Voy a limpiarte la herida con agua y después tendré que quemarla para que deje de sangrar —dijo Flora con una mueca de disgusto cuando vio la magnitud de su lesión—. No es ninguna tontería, Andrew. No sé cómo has podido aguantar hasta aquí. Es posible que tengas fiebre los próximos días.

—Estoy bien. No es nada. Quémala para que pueda seguir. Todavía tengo muchas cosas que hacer antes de irnos mañana al alba —dijo Andrew con una sonrisa.

Aili, que estaba ayudando a Flora, desvió la vista por unos instantes. Su interior era un volcán en ebullición. Se sentía miserable por callar, por guardar silencio en cuanto al origen del ataque y el porqué. Les había escuchado durante el camino y unos instantes antes dialogar con Gordon sobre la posible causa del mismo, y la culpa la estaba corroyendo por dentro. Ninguno se merecía su silencio y menos Andrew. Pero, ¿cómo contarlo? Ya no era por su desgracia personal, puesto que sería el fin para ella, sino por las consecuencias para su familia y seres queridos. Si su padre y su hermano Logan llegaban a enterarse de lo ocurrido, una guerra sería lo menos aterrador que podía sobrevenir.

—Aili, si no te encuentras bien, si te da reparo ver tanta sangre, Flora puede hacerlo sola —le dijo Andrew mientras con una mano le cogía con

suavidad la barbilla para girar su cabeza levemente y que lo mirase a los ojos.

Flora en ese momento no estaba. Había ido a por agua para limpiar la herida, cosa que Aili agradeció. Le miró a los ojos sintiendo el calor en su piel, donde los dedos de Andrew aún la sostenían con delicadeza. Vio cómo este la miraba a los ojos con mucha atención como si estuviera intentando averiguar algo.

—No me da miedo ni reparo ver una herida así. De hecho he visto heridas peores y he ayudado a curarlas —dijo mientras ponía una mano sobre la de Andrew y la apartaba gentilmente—. Me ha impresionado ver la herida en ti —añadió con un tono de voz un poco más bajo y forzado. Como si le hubiese costado hablar. Aili vio un atisbo de sorpresa y un brillo que no supo descifrar en la mirada de Andrew, que se volvió más intensa.

Flora escogió ese momento para volver junto a ellos. Procedió a lavarle la herida con ayuda de Aili, y cuando estuvieron lo suficientemente seguras de que habían hecho todo lo posible, acercaron la hoja de un puñal que había estado calentado al fuego a la carne herida de Andrew y la cubrieron. Aili, por instinto, cogió la mano de Andrew entre las suyas. El olor a carne quemada y el sonido fue demasiado angustiante para Aili que en su interior sufría por el dolor que tenía que soportar Andrew. Apenas un quejido, un pequeño gruñido entre dientes, es lo que escuchó de sus labios a pesar de que Aili sabía que si eso se lo hubiesen hecho a ella los gritos se hubiesen escuchado hasta en Inglaterra. Vio el sudor perlar la frente de Andrew y sin soltar su mano con una de las suyas, con la otra cogió un paño húmedo y limpio y le enjugó la frente intentando calmarle.

Andrew levantó la vista y la miró y Aili sintió la agonía de su dolor, que Andrew intentaba aislar y desterrar con el amago de una sonrisa. Esa eterna sonrisa que parecía nunca desaparecer de sus labios. Y en ese momento sintió una opresión en el pecho. Sintió que le faltaba el aire y que si seguía con aquel engaño jamás podría perdonárselo a sí misma. Andrew la había defendido, la había salvado a expensas de exponer su propia vida y como consecuencia de ello le habían herido y podía haber sido una herida mortal. De hecho, aunque no lo fuera, Flora tenía razón. Seguramente Andrew tendría fiebre los días venideros, una fiebre que se había llevado a más de un fuerte guerrero sin que se pudiese hacer nada.

—Ya está. Intenta no moverte mucho esta noche y descansar —dijo Flora a su primo mientras terminaba de vendarle el hombro y parte del pecho.

Ahora que Aili miraba a ambos podía ver cierto parentesco entre los dos. El color del pelo era distinto. Flora lo tenía más parecido a Evan, el hermano de Andrew, mientras que este lo tenía pelirrojo. Sin embargo el tono de los ojos era el mismo, y algo en las expresiones, en su sonrisa, le hizo recordar a Aili a ambos hermanos McAlister.

El marido de Flora, Gordon, que ahora estaba hablando con Calum era un hombre tan grande como el resto de McAlister. Tenía el pelo de color rubio oscuro, y le clareaba en ciertas partes. Su sonrisa era genuina y al hablar movía mucho las manos, algo que le pareció curioso y encantador. Hacían una pareja muy bonita. Aili sintió las lágrimas agolparse detrás de sus ojos y luchó por mantenerlas en su lugar. Con total seguridad ella estaba condenada a un matrimonio con un hombre desagradable, violento y despreciable. Su vida sería un infierno, y ver la felicidad de Flora y Gordon evidenciaba aún más su triste destino. ¿Cuánto hubiese dado ella por tener eso? Una existencia feliz y tranquila al lado de alguien que la amase y con quien compartir la vida.

—No habréis comido nada caliente en horas, así que voy a remover el guiso que estoy preparando y en un momento nos sentaremos a cenar. Algo caliente en los estómagos es lo que necesitáis para recuperar fuerzas y algo de color en las mejillas —dijo Flora mirándola a ella mientras él le daba un pequeño apretón en el brazo en señal de afecto.

Flora era un cielo, pensó Aili. Era tan agradable y había sido tan buena y tan gentil desde que habían llegado que cubrió su mano con la suya y se acercó a ella dándole un pequeño beso en la mejilla. Flora la miró con una sonrisa en los labios que llegó a sus pequeños y expresivos ojos pardos, antes de darle unas palmaditas a Andrew en la pierna y alejarse para terminar la cena.

—Sabes que la has emocionado, ¿verdad? — le preguntó Andrew mientras Aili miraba aún cómo se iba Flora—. Mi prima está siempre rodeada de guerreros y la muestras de cariño no son frecuentes. Gracias por eso — terminó Andrew mirando a Aili con un atisbo de ternura. Ella le devolvió la mirada con cierto asombro antes de contestar.

—No tienes que agradecerme nada. Soy yo la que tiene que agradecerle a ella. Desde que he entrado por esa puerta, sin conocerme, Flora me ha tratado con tanta gentileza y cariño que me he sentido como en casa. Tu prima es una mujer maravillosa.

—Bueno, eso no tendría que sorprenderte. Toda la familia somos adorables y encantadores. Eso ya lo sabías.

Aili miró a Andrew y cuando vio la sonrisa en sus labios y el brillo travieso en sus ojos no pudo sino soltar una pequeña carcajada. Andrew sonrió aún más y Aili sintió algo demasiado fuerte, demasiado instantáneo como para poder ponerle nombre pero que hizo que su estómago se encogiese como si tuviera mariposas revoloteando dentro de él.

Andrew se levantó con cierto esfuerzo cuando Flora llamó a todos a cenar. Aili se dio cuenta que la herida debía dolerle a Andrew como mil demonios cuando vio las pequeñas expresiones de dolor que se adueñaron de su rostro por el esfuerzo.

Durante toda la cena, los hombres y Flora estuvieron conversando de muchos temas, sobre todo hablaron de miembros del clan McAlister que Flora hacía mucho que no veía y de la que los hombres McAlister le dieron noticias. También hablaron de Evan y del embarazo de Meg. Cuando Flora empezó a recoger los restos de la cena y Aili la ayudaba, los hombres empezaron a comentar nuevamente el ataque de aquel día. Aili estuvo a punto de tirar varios platos cuando les escuchó discutir cuál podía ser el motivo del mismo. Decidieron cambiar de ruta al día siguiente y tener más cuidado por si volvían a intentarlo ya que pensaban cada vez más seguros, que no había sido algo al azar.

Aili empezó a ahogarse nuevamente. El aire se espesó en su pecho, que parecía contraerse dolorosamente por intentar seguir respirando. Las manos le temblaban y sintió cierto mareo. Sabía que si no salía de allí se pondría en ridículo y las preguntas serían inevitables. Murmuró una disculpa a Flora diciéndole que necesitaba algo de aire y salió por la puerta de la casa apoyando su espalda contra la fachada de la misma. No estuvo ni un minuto a solas. Andrew salió tras ella, dejando la puerta entreabierta.

—¿Aili? ¿Qué haces fuera? No debes salir sola después de lo de hoy. ¿Por que no me...? —Andrew dejó de hablar cuando la vio con claridad, y la preocupación se adueñó de él—. ¿Qué te pasa? Aili, por favor, ¿qué te pasa? Mírame —le dijo mientras se acercaba a ella con paso rápido. Cuando estuvo a su lado le cogió las manos, unas manos que Aili parecía no poder dejar de mirar y que le temblaban visiblemente. Andrew se fijó en que le costaba respirar—. Aili, mírame, ¡mírame! le dijo en un tono más fuerte mientras la cogía de los brazos.

Aili pareció por fin reaccionar y obedeció.

—Eso es, ahora respira. Respira despacio, así. Así. Eso es —dijo Andrew

sin apartar la vista de Aili hasta que vio que esta empezaba a respirar con normalidad. El primer sollozo los pilló a ambos desprevenidos. Sin pensar en nada más que en querer evitarle cualquier tipo de sufrimiento o dolor, Andrew la atrajo hasta sus brazos y la estrechó. Tal y como había pensado más de una vez, Aili encajaba perfectamente en ellos. Andrew se tragó un juramento cuando el hombro, fruto de su movimiento, lanzó un fuerte calambre a través del mismo y el pecho. Lo que importaba en ese instante, lo único que quería saber, era que Aili estaba bien. Los sollozos ahora más fuertes se habían adueñado de su cuerpo y sus lágrimas empezaron a empapar la camisa de Andrew que, lejos de soltarla, la abrazó con más fuerza intentando que esos temblores cesaran. Tuvieron que pasar varios minutos para que los sollozos comenzaran a remitir.

—Lo siento —la escuchó decir. Su voz había sonado con tanto dolor que Andrew sintió que algo dentro de él se despertaba. Un sentimiento de protección tan fuerte, tan instintivo, que lo descolocó por completo.

—No pasa nada. Hoy ha sido un día muy difícil. Has sido muy fuerte, Aili. No tienes que disculparte por nada.

Andrew notó como Aili se revolvía un poco entre sus brazos.

—Andrew tengo que... que contarte algo —dijo ella entre pequeños sollozos.

Andrew se tensó un poco tras sus palabras. La separó lo suficiente como para verle la cara y mirarla a los ojos. Aili, por primera vez desde que la conociera, desvió su mirada y Andrew supo que le ocultaba algo.

—Mírame, Aili —le dijo Andrew suavemente. Quería ver de nuevo esos ojos para ver si el destello de dolor y algo más, parecido a vergüenza o arrepentimiento, seguía habitando en ellos. Andrew sabía que Aili jamás podría hacer nada que llevara aparejado esos sentimientos porque no había conocido jamás a una persona tan noble, generosa y transparente como a Aili. Era demasiado bondadosa para hacer nada que pudiese reprocharse.

—No puedo, Andrew. No puedo mirarte.

Aili tragó saliva. Aquello era tan difícil, tan condenadamente difícil que empezó a sentir de nuevo que le faltaba el aire.

—Mírame, Aili. Nada de lo que me cuentes cambiará nada. ¿Me oyes? Puedes decirme lo que sea que te está matando por dentro.

Ella quiso creerle pero sabía que en cuanto escuchara su relato, Andrew no la volvería a ver de la misma manera.

—Ven —dijo él entrando con ella en la casa. La sentía temblar y allí fuera hacía frío.

—Flora, ¿podemos entrar en esa habitación para hablar?

Su prima miró a Aili y sus ojos expresaron la alarma que Andrew sentía por dentro. Se veía que la muchacha no estaba bien y estaba sufriendo por dentro.

—Claro. Yo me encargo de que nadie os moleste —dijo Flora mirando hacia el salón en el que los hombres junto a su marido Gordon seguían hablando.

—Gracias.

Andrew llevó a Aili hasta una de la dos habitaciones que tenía la casa. Era un cuarto muy pequeño, con una cama, una pequeña mesa y una silla. Aili la miró detrás de su confusión.

Andrew dejó la puerta ligeramente entreabierta para no poner a Aili en una situación comprometida. Eran sus hombres y su familia y sabía que nadie pensaría nada remotamente parecido, pero no quería que Aili estuviese soliviantada por ese hecho.

Se sentaron en la cama y Andrew puso encima de los hombros de Aili una pequeña manta que había a los pies de la misma. No sabía lo que ella iba a decirle pero jamás hubiese podido prepararse para lo que estaba a punto de descubrir.

CAPÍTULO VII

Andrew dejó que la joven se tranquilizara lo suficiente como para poder empezar a hablar. Vio que las manos seguían temblándole y sintió una necesidad vital de tocar esas manos, cogerlas entre las suyas y darles el calor suficiente como para que ese temblor remitiese.

— Sé que no puedo pedirte esto pero antes de contarte nada tengo que saber que lo que te diga quedará entre nosotros. Por favor.

Andrew la miró a los ojos. Estaba empezando a pensar que lo que fuera que iba a revelarle era demasiado importante como para hacer una promesa como esa.

—Puedo prometerte que haré lo necesario para protegerte, pero no sé qué es lo que vas a decirme, Aili.

Aili dudó. Si Andrew no le juraba que aquella conversación no saldría jamás de allí no sería capaz de confesar.

Andrew vio cómo ella se debatía interiormente y supo con claridad que si no accedía, Aili nunca le contaría que era lo que la estaba torturando por dentro.

—Lo prometo —dijo finalmente con voz fuerte maldiciendo interiormente por el poder que esa mujer tenía sobre él. Si ella alguna vez llegaba a sospecharlo estaría perdido.

Esas dos palabras retumbaron en el pecho de Aili como un bálsamo. Ahora venía lo más difícil. ¿Cómo iba a poder relatárselo?

Con un suspiro, reunió las fuerzas necesarias para empezar a hablar.

—Se quién nos ha atacado —dijo de forma apenas audible.

Andrew se tensó y su mandíbula se endureció cuando escuchó esas palabras.

Aili vio el cambio en su semblante. Seguramente pensaba que los había traicionado al no contarles eso, y a él al hacerle prometer que no podría decírselo a nadie.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó él intentando calmar la furia que le había embargado en un instante al escuchar a Aili.

—Lo que te he dicho no es del todo cierto, perdona —dijo Aili intentando aclarar sus anteriores palabras—. No sé quién nos atacó pero sí quién los envió.

Andrew pensó que eso no mejoraba en nada su afirmación anterior.

—Has estado todo el día escuchándonos debatir sobre quiénes eran y por qué nos habían atacado y ¿no has dicho nada? ¿Por qué? —preguntó Andrew con un tono duro e inflexible.

Era la primera vez que Aili escuchaba ese tono en los labios de Andrew y no pudo culparle por ello. Cuando acabase de hablar su mirada sería mucho peor. Podía ver en sus ojos el recelo y eso que era... ¿decepción? No supo por qué, pero eso le provocó un dolor sordo en el pecho.

—Porque estaba aturdida, porque sabía que si decía algo tendría que responder a ciertas preguntas a las que no podía dar respuesta. No podía, pero según iba pasando el día me sentía peor, hasta el punto de casi ahogarme cuando vi tu herida y lo que podía haberte pasado a ti y al resto por mi culpa. Entonces decidí que tenía que contártelo, pero no sé cómo. No sé cómo poder verbalizar algo que... que es una pesadilla continua y que me avergüenza tanto que sé que cuando lo diga en alto, cuando te lo revele, me destrozará aún más por dentro. Y me da tanto miedo, Andrew, que no sé cómo hacerlo.

Andrew estaba furioso, y aunque intentaba controlar su reacción para que Aili no se diera cuenta de lo decepcionado que estaba, con ella eso era muy difícil. Era la única persona en el mundo con la que no podía ejercer ese autocontrol que había perfeccionado a lo largo de los años.

La vio temblar entera y una parte de él quiso estrecharla entre sus brazos de nuevo. Sin embargo se mantuvo distante.

—Empieza por el principio —dijo Andrew con un tono demasiado cínico incluso para él.

Aili cerró los ojos ante las palabras de Andrew. Sabía que iba a ser así, pero ya no podía echarse atrás. Era lo correcto, costase lo que costase.

—Hace unos meses pasé unos días con mi buena amiga Anna McPhee. Ella es la hija del jefe del clan McPhee. En esos días, un caballero en especial reveló un exagerado interés en mí. Nada deseado por mi parte. Creo que, aunque ese caballero había expresado ese interés con anterioridad, lo había demostrado de una forma ínfima quizás porque esperaba, al igual que casi todo el mundo, un enlace entre Ian McPhee, el hermano de Anna, y yo. Ian y yo nos conocíamos desde niños y yo pensé que estaba enamorada y que él lo estaba

de mí. Fue él quien hace un año verbalizó esa idea y me hizo pensar que un enlace entre nosotros estaba próximo. Sin embargo en esa visita, Ian anunció su próximo enlace con otra persona que no era yo. A raíz de eso, el otro caballero empezó a expresar en su totalidad ese exagerado interés en mi persona. Hasta tal punto que me atemorizó en cierto sentido. Decidí acortar mi estancia allí. No solo por eso sino también por la incomodidad tras el anuncio de Ian. Una noche, después de cenar, iba hacia mis aposentos... cuando... — Aili sintió que el estómago se le contraía y que un regusto amargo se alojaba en su boca haciendo que las ganas de vomitar volvieran de forma instantánea. Intentó contenerse para seguir con su relato.

Andrew vio la blancura y las facciones demacradas de Aili que en un segundo parecía enferma de verdad, como si estuviera a punto de desmayarse. Algo en su interior, en su mente, empezó a formar una idea que negó en un instante, por descabellada y horrible.

—Alguien me cogió por detrás. Me puso una mano en la boca y me metió en una habitación. Me debatí, pero aquel hombre era demasiado fuerte. Me apretó tanto con su brazo debajo del pecho que casi me desmayé. No podía apenas respirar. Cuando pude enfocar mi vista otra vez, ese hombre me seguía manteniendo sujeta, y había otro hombre frente a mí. El caballero del que te he hablado antes. En ese instante estaba aterrada porque no sabía a qué venía aquello y me aferré a la idea de que quizás fuese una broma de mal gusto porque no podía... mi mente no podía pensar que aquella escena respondiera a otro fin. Pero estaba equivocada. Ese hombre me miró, con esos ojos desprovistos de cualquier sentimiento bondadoso o de honor, y me dijo que me deseaba y que hacía demasiado tiempo que estaba esperando ese momento. Que él no tenía la culpa de esos sentimientos sino que era yo la que, con mi apariencia y mi forma de andar, mi belleza, le habían llevado sin remedio a hacer lo que estaba a punto de hacer. Me dijo que era muy afortunada porque me haría su esposa y que eso era algo por lo que debía de ofrecerle gratitud y lealtad incondicional. Pero que a cambio de eso, de hacerme su esposa, él quería que yo hiciese algo por él. No podía hacerme su mujer sin haberme probado antes.

A esa altura del relato, la imagen vaga e inimaginable que Andrew había desterrado de su mente empezó a tomar forma y una ira casi inhumana empezó a adueñarse de él.

Extendió su mano y tomó la de Aili entre las suyas, no sin sentir como si le

hubiesen dado un puñetazo en el estómago cuando Aili se sobresaltó y se retiró por inercia ante su contacto. La miró a los ojos y vio que ella estaba perdida en el recuerdo de aquel día. A pesar de eso tomó sus manos despacio, de forma suave y pausada entre las suyas, intentando insuflar algo de calor en ellas. Estaban frías como el hielo.

—Yo luché, luché con todas mis fuerzas, Andrew, lo juro, pero eran dos y aquel hombre me sujetaba tan fuerte que solo podía ser testigo de algo que pensé que me volvería loca. No podía gritar. El hombre que me sujetaba me puso algo en la boca, algo que pensé podría asfixiarme, y cuando sentí las manos del otro hombre sobre mí, deseé, recé para que eso sucediera y muriera en aquel instante. Sé que fui una cobarde por desear aquello pero prefería la muerte a que ese hombre...

En ese instante se llevó una mano a la boca conteniendo las arcadas que arrasaban su estómago y la amenazaban con acabar expulsando la poca cena que había conseguido tragar.

—Tranquila, no tienes que... —empezó a decir Andrew con los dientes apretados antes de que Aili le interrumpiese.

—No, no, debo contártelo todo o no seré capaz de hacerlo jamás. —Hizo una pausa, tomando aire entre los labios temblorosos—. Creo que aquel hombre abusó de mí. No puedo acordarme porque en algún momento, antes de... me desmayé y doy gracias al cielo todos los días por ello. Cuando desperté estaba en mi habitación, sobre mi cama. Me dolía todo el cuerpo y tenía sangre entre mis muslos. Al día siguiente apenas era capaz de pensar con coherencia, solo quería irme de allí, pero antes de que eso fuese posible él consiguió acercarse de nuevo a mí para decirme que había disfrutado mucho conmigo y que desde luego era digna de hacerme su esposa. Le dije que estaba loco si pensaba que aceptaría tal proposición después de lo que me había hecho y entonces él... él me amenazó. Me dijo que si no le aceptaba todos acabarían sabiendo lo que era, una puta que se acostaba con cualquiera. Que eso no solo arruinaría mi reputación sino que sería la responsable de iniciar una guerra entre su clan y el de mi padre. Y que sería la única responsable de la pérdida de las vidas que ello supusiera. Supo que había vencido en el mismo instante que pronunció esas palabras porque una sonrisa malévolamente apareció en sus labios. Al final me dijo que había sido un poco desconsiderado y puesto que tenía que hacer cosas en la corte que le llevarían varios meses, me daría ese tiempo para que me fuese haciendo a la idea. El

mismo día que llegaste a casa a pedirme que fuese a pasar un tiempo con Meg recibí una carta de él desde la corte diciéndome que estaba acabando sus asuntos y que en breve volvería a sus tierras. Que debía prepararme para contraer nupcias con él —dijo Aili con apenas un hilo de voz.

Andrew intentó sosegarlo lo suficiente para poder hablarle sin que Aili se diese cuenta de su estado, porque en ese momento, si hubiese tenido a ese hijo de puta enfrente lo hubiese matado con sus propias manos, de forma lenta y creativa para que sus gritos resonaran durante largas horas. La rabia, la ira, y sobre todo el dolor que sintió por Aili corroyeron su interior como si fuese veneno. Solo quería venganza por lo que le habían hecho, aunque sabía que lo que ella necesitaba no era eso.

—¿Me estás diciendo que llevas meses con esto dentro y que no se lo has contado a nadie? —preguntó Andrew intentando que Aili le mirase a los ojos.

—Sí —respondió ella esquivando su mirada.

Andrew tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para estar calmado.

—Aili, mírame —le dijo con un tono de voz que parecía más una súplica que una petición.

La joven negó con la cabeza mientras las lágrimas que durante su relato habían estado contenidas en esos maravillosos ojos del color del mar embravecido, surcaban sus mejillas y se perdían tras su barbilla recorriendo su cuello y muriendo no mucho más allá.

Andrew cerró los ojos y apretó los dientes antes de volver a hablar. Quería, necesitaba llegar hasta ella. Era vital para él. No soportaba verla en ese estado y cada segundo que pasaba su sed de sangre se volvía más irracional e inevitable.

Tomó la mejilla de Aili en su mano y giró su cabeza suavemente, pensando que era un milagro que ella no se hubiese apartado de él como alma que lleva el diablo. Cuando su cabeza estaba alineada con la suya, le levantó la barbilla, para que alzase la vista y se encontraran al fin sus ojos.

—Aili, por favor, mírame y escucha lo que tengo que decirte. Es muy importante, y es lo único que te pido —dijo Andrew y ahora sí que fue un ruego.

Ella reaccionó a sus palabras lo suficiente como para sostener su mirada por unos segundos.

—Eres la mujer más fuerte que conozco y no puedo ni imaginar por lo que estás pasando —dijo Andrew esta vez con su mano en la mejilla de Aili,

intentando con su pulgar borrar las silenciosas lágrimas que se deslizaban por su piel.

—Estoy tan avergonzada, me siento tan humillada y No soporto mirar a nadie, ni siquiera soporto mirarme a mí misma —dijo Aili interrumpiendo a Andrew.

Esta vez él la cogió de los brazos con suavidad pero con contundencia. No iba a dejar que le rehuyera por más tiempo.

—Tú no tienes que sentirte avergonzada por nada. Ellos te hicieron esto contra tu voluntad, sin que pudieses hacer nada. Esos hijos de puta te han hecho un daño irreparable pero jamás vuelvas a decir que estás avergonzada por nada, porque eres una mujer fuerte, extraordinariamente fuerte, a la que pueden dañar pero no pueden destruir, ¿me escuchas? Ese hombre no puede hacerte nada más a no ser que tú se lo consientas, y no lo vas a hacer porque te conozco lo suficiente como para saber que no permitirás a nadie quitarte tu orgullo, tu honor, tu esencia, tu bondad, tu alegría, tu dulzura y podría estar horas diciendo un sinfín de cosas más de las que ese cabrón no tiene ni idea y de las que nunca tendrá, porque él nunca ha sido nada tuyo ni lo será.

De la garganta de Aili se escapó un pequeño sollozo al escuchar las últimas palabras de Andrew.

—No lo entiendes. Tengo que casarme con ese monstruo —dijo Aili mirándolo con la voz rota.

«Por encima de mi cadáver», pensó Andrew. En cuanto supiera el nombre de ese hombre iba a disfrutar desmembrándole lentamente.

—Pensé que podría escapar de esa pesadilla por un tiempo, mientras estuviese con vosotros y con Meg —continuó Aili—. Que allí estaría a salvo, pero cuando ese desconocido me cogió en el bosque y me dijo quien lo había contratado y que me tenían vigilada por si intentaba escapar de él, vi claro que nunca se rendiría. No se rendirá, Andrew y yo no voy a exponer a mi clan o a mis seres queridos a una lucha en la que muchos de ellos pueden perecer. Él no pelea con honor. ¿Imaginas tan siquiera lo que haría mi padre si llega a enterarse de lo que me ha hecho? O mi hermano Logan, ¡Oh, Dios mío, Logan! Si se entera no sé qué podría llegar a hacer —dijo Aili temblando nuevamente.

Andrew sí podía imaginar a la perfección lo que Dune McGregor o Logan harían a ese bastardo, porque sabía lo que le haría él en cuanto le pudiese poner las manos encima. Y aunque Aili no hubiese caído en ese momento, sabía que Meg no se quedaría atrás.

—Ven aquí —dijo Andrew estrechándola entre sus brazos, no pudiendo soportar por más tiempo verla en ese estado. Solo quería abrazarla, que dejara de temblar de forma tan violenta y transmitirle algo de calor. Sus manos y su piel estaban frías como el hielo—. No te preocupes, ahora debes descansar. Apenas dormiste anoche y mañana nos espera un largo camino.

—Siento no habértelo contado después del ataque. Lo siento, Andrew.

Andrew sintió que algo dentro del él se desgarraba al escucharla decir esas palabras. Después de todo lo que había pasado y todavía le pedía perdón por no haber hablado antes. Había sido muy valiente al haber confiado en él y haber tenido la entereza y la fuerza de contarle lo que le había pasado. Aili, siempre pensando en los demás antes que en ella. Ese rasgo que lo había cautivado ahora lo tenía subyugado sin lugar a dudas, porque era un rasgo demasiado raro ypreciado en una persona como para ignorarlo, y el hecho de que él supiese que ella era así, le hacía sentir privilegiado.

—No se lo contaras a nadie, ¿verdad? —preguntó Aili.

No sabía cómo pero le había confesado a Andrew todo lo que la había estado atormentando durante estos meses. Ahora se sentía liberada en cierto sentido pero estaba rota por dentro. Algo había cambiado en ella y sabía que jamás volvería a recuperarlo. No sabía cómo reaccionaría Andrew pero no iba a cuestionar la forma en que había recibido su historia. No la había puesto en duda, no la había mirado de forma diferente, con pena o recelo. No, Andrew la había escuchado y a distancia de reprocharle algo, estaba reaccionando como alguien a quien le importara. Sabía que eso no era real pero el esfuerzo de Andrew por hacerla sentir mejor y protegida en ese instante eran encomiables. Entre sus brazos, unos brazos que al principio había aceptado de forma reticente, sentía que nada malo podía pasarle. Era una quimera, una ilusión pero era lo que sentía en ese instante y eso le proporcionó la suficiente tranquilidad para que su cuerpo exhausto se relajara contra él y empezara a sentir el cansancio y el sueño que no admitía más demora.

—Creo que es mejor que te echas en la cama e intentes dormir un poco. No se lo voy a contar a nadie, Aili, pero si no quieres que los demás empiecen hacerse preguntas es mejor que esta noche no vuelvas al salón . Necesitas descansar. Mañana hablaremos.

Aili asintió dentro de la neblina que conformaban el sueño y el cansancio.

Aili sintió a Andrew tensarse antes de hacerle una última pregunta.

—Antes de dejarte solo quiero saber una cosa más.

—¿El qué? —preguntó Aili de forma recelosa.

—¿Quién te hizo esto? ¿Cuál es su nombre?

Aili cogió aire antes de decidir si debía decírselo.

Tenía que hacerlo, ya sabía todo lo demás y Andrew no sentiría la necesidad de pelear con él o empezar una guerra en su nombre. Sabiendo que se lo debía, Aili apretó los puños antes de que el nombre de aquel bastardo saliera de sus labios.

—Su nombre es Clave McNaill.

Andrew se tensó tanto cuando escuchó su nombre que temió que su espalda se partiera en dos. Intentó que Aili no se diese cuenta. Conocía a aquel bastardo. No mucho, pero sí lo suficiente para saber que era uno de los preferidos del Rey. Aquel hijo de puta se había librado de más de una acusación por su amistad con el soberano, pero su suerte iba a cambiar, como se llamaba Andrew McAlister.

CAPÍTULO VIII

Andrew miró a Aili que yacía de lado en la pequeña cama que Flora le había dejado. Sus hombres estaban durmiendo fuera, a la intemperie, igual que hubiese preferido hacerlo él si no hubiese sabido todo lo que Aili le contó. Ahora entendía sus pesadillas y esa mirada triste y a veces agónica que había atisbado en alguna ocasión pero que ella se había afanado por ocultar. Había permanecido tumbado en el suelo del salón. Lo suficientemente cerca de ella por si las pesadillas o cualquier otra cosa perturbaban su sueño y le necesitaba. No pudo dormir, pensando en todo lo que le había contado y en qué podía hacer, y la respuesta había estado clara desde el principio. En ese preciso instante, antes de que el sol comenzase a mostrarse tímidamente por el horizonte, Andrew se acercó a Aili para despertarla. Necesitaba hablar con ella sin ser molestados, y necesitaba determinar cuál iba a ser la ruta de ese día antes de que los hombres se levantasen y preguntasen por el plan para hoy.

—Aili —dijo Andrew en voz baja mientras tocaba su brazo a fin de que se despertase.

Aili gruñó un poco por lo bajo. Alguien estaba intentando despertarla y ella solo quería dormir un poco más. Estaba tan cansada y dolorida por la tensión del día anterior que solo quería que la dejaran en paz y poder seguir allí echada.

Sin embargo la persistencia de quien fuese no tenía límites y a pesar de haberse dado la vuelta para quedar de espaldas, el ignorarle no dio fruto. Con mucho esfuerzo abrió los ojos, dispuesta a decirle cuatro cosas a quien fuese que no la dejaba dormir en paz.

—Aili, necesito que te sientes. Tenemos que hablar —le dijo una voz masculina y tentadora que le llegó desde lejos.

Aili enfocó su visión todavía algo borrosa después de su letargo y vio a Andrew con una sonrisa en los labios sentado en el lateral de la cama. Aunque su boca decía una cosa, sus ojos denotaban cierta preocupación que intentó ocultar en cuanto Aili le miró.

—¿Ya es hora de irnos? —preguntó ella, que pensó que estaba demasiado

oscuro como para que hubiese amanecido. Al mirar hacia el frente vio que, salvo pequeñas brasas que todavía se quemaban en el hogar, la casa estaba completamente en penumbra.

—No, no es hora de irnos, pero falta poco para el alba y tengo que hablar de algo importante contigo antes de que los demás despierten y sea más difícil.

Aili se sentó en la cama con los pies subidos todavía en ella. Elevó las piernas cubiertas por su falda hasta el pecho y las rodeó con los brazos. Claramente Andrew quería seguir con su conversación de la noche anterior, y Aili pensó que no podría volver a pasar por ello nuevamente.

Algo debió de reflejarse en su rostro porque Andrew se apresuró a tranquilizarla.

—Tranquila, no quiero que me cuentes nada más sobre aquello —dijo él, viendo cómo la postura de la joven volvía a relajarse.

—He estado pensando en lo todo lo que me dijiste y quiero proponerte algo —dijo Andrew. La seriedad en su tono, desprovisto de su natural jovialidad o ironía, dejaron a Aili nuevamente preocupada.

—Dime.

—Cásate conmigo en secreto —dijo él de forma contundente.

Aili escuchó un sonido que no percibió como suyo hasta que vio la expresión de Andrew al mirar hacia el salón, vigilante por si ella, con ese ruido mitad quejido, mitad asombro, había despertado a Flora o Gordon.

—Escúchame. Déjame terminar antes de decir nada, ¿de acuerdo? —insistió Andrew con un tono más suave aunque igual de firme.

Aili solo pudo asentir con la cabeza. Ninguna palabra podría salir ahora de su garganta que parecía haberse quedado sin habla.

—Si te casas conmigo estarás segura y no tendrás que preocuparte por McNai. Ya no podrá hacerte nada. Si te propongo que lo hagamos en secreto es porque si nos casamos frente a todos ahora suscitaría las mismas preguntas. Solo nos hemos visto una vez anterior y tanto tu familia como la mía se preguntarían por qué tan pronto, por qué en el camino y por qué sin ellos. De esta manera podríamos empezar a cortejarnos cuando llegemos a casa. Meg y Evan serán testigos y después de un corto periodo nos casamos para el resto del mundo y para el padre Lean... y para nosotros una confirmación de nuestro matrimonio en secreto. Y si te preguntas por qué no nos cortejamos primero y nos casamos después, es porque si McNai está tan demencial como para haber contratado a unos mercenarios para que te vigilen, no sabemos qué más

puede hacer. Si intenta hacer algún movimiento o te amenaza para que vuelvas cerca de él, esa será tu salvaguarda. En cualquier momento podemos decir que nos casamos en secreto y nadie podrá reclamarte salvo yo.

Aili estaba totalmente paralizada. No sabía qué le iba a decir Andrew pero jamás hubiese imaginado que le iba a proponer que se casara con él.

Un silencio sepulcral se instaló entre los dos.

—Ahora estaría bien que dijeras algo —dijo Andrew esta vez con su eterna sonrisa no solo en sus labios sino también en sus ojos.

—¿Por qué? —preguntó Aili sintiendo su propia voz extraña. Sin duda producto de su sorpresa y de su nerviosismo.

—Porque así estarás segura. Si nos casam...

—No, no pregunto eso —dijo Aili interrumpiendo a Andrew con cierta premura—. Lo que quiero saber es por qué tú harías algo así por mí. ¿Por qué vas a casarte conmigo? ¿No hay nadie especial para ti? Porque si no lo has encontrado todavía, seguro que aparece en un futuro y yo no puedo condenarte de esa manera. No puedo arrebatarte la oportunidad de casarte con la persona que sea capaz de robarte el corazón. Créeme que tu proposición es lo más hermoso, desinteresado e increíble que nadie ha hecho por mí, y que cada parte de mi estaría más que honrada de decirte que sí, pero no puedo hacerte eso, no soy tan egoísta como para salvarme yo a costa de tu felicidad, tu futuro y tu vida. Gracias, Andrew, pero no, esa no es una opción —dijo Aili mirándole con determinación.

Andrew sonrió más ampliamente y algo en su mirada la dejó paralizada. Sintió que su cuerpo entraba en calor solo por sus ojos. Andrew acortó un poco las distancias entre ambos y se sentó más cerca de ella.

—No hay nadie especial en mi vida. Nunca me he enamorado y no sé si podré enamorarme alguna vez. Creo que tengo una visión de la vida demasiado cínica como para que un sentimiento tan noble arraigue en mí, además los matrimonios rara vez se basan en el amor. Es un contrato, y mi hermano ya me ha mandado alguna que otra indirecta con el tema para poder formar alguna alianza con otro clan. Créeme cuando te digo que las candidatas no son muy compatibles conmigo. Así que no me ofrezco en sacrificio y mi propuesta no es tan desinteresada como piensas. Tú también me estarías ayudando a mí. Creo que tenemos más de lo que muchos matrimonios tienen. Nos llevamos bien, la comunicación no es un problema, te hacen gracias mis ironías y...

—¿Y... ? —preguntó Aili con un tono de voz apenas audible.

Andrew levantó su mano con sumo cuidado y la acercó a la mejilla de la joven hasta que tocó su piel suave y tibia. Eso le hizo tragar saliva. Cuando vio que Aili no se retiraba, cuando no vio rechazo en su mirada, acercó su cara lentamente hacia la suya, sin dejar de mirarla a los ojos. Vio cierto recelo en ellos y se paró a medio camino, esperando unos segundos, mostrándole que jamás haría algo que ella no quisiese. Cuando vio que ese recelo dio paso a la curiosidad, se acercó un poco más. Pudo sentir el aliento de Aili a escasos centímetros de su boca y volvió a mirarla nuevamente. Ella tenía los ojos cerrados y eso fue todo lo que Andrew necesitó. Posó sus labios sobre los de ella, suavemente, dejando que Aili se acostumbrara a la sensación. La sintió temblar bajo su contacto y abrió ligeramente los labios para saborearla, solo un poco, lo suficiente para no volverse loco de deseo, para controlar sus ganas de ella. Cuando Aili imitó su gesto, Andrew tuvo que sujetar con mano férrea sus instintos. Casi temblando a su vez, introdujo la lengua en su boca, lentamente pero de forma inexorable. Nada en ese instante podría haberle separado de esa boca, de su sabor que era pura ambrosía, de esa dulzura que con su inocencia lo estaba desarmando, dejándole tan expuesto que el simple hecho de pensarlo daba vértigo. Cuando Aili rozó su lengua con la suya, Andrew ahondó el beso, sintiendo cómo el fuego le abrasaba las entrañas, hasta que sacando fuerzas de donde no podía, se apartó de ella poco a poco.

— Y luego tenemos esto... —dijo Andrew separándose unos centímetros, rompiendo ese beso febril, y apoyando su frente sobre la de ella.

Aili sintió cada parte de su cuerpo rebelarse contra el hecho de que Andrew se separase de ella. Ese beso... Jamás pensó que un beso pudiese ser así ni pudiese hacerte sentir como si pudieses flotar. Los pocos besos robados que le había dado McPhee no se parecían en nada a aquello. Los otros habían sido rápidos y sin la profundidad ni la pasión de ese único beso, que ya echaba de menos.

Andrew cogió suavemente la barbilla de Aili y subió ligeramente su rostro para que le mirara. Pudo ver que su mirada todavía estaba turbada por lo que habían compartido. No le había sido indiferente y eso era algo a lo que aferrarse.

—Hay atracción, deseo. Otro punto de apoyo para esta unión. Cásate conmigo —volvió a preguntar Andrew con toda la convicción que pudo expresar.

—¿Estas seguro? —insistió ella con gesto preocupado en el rostro.

Andrew pasó suavemente la yema de los dedos sobre unas ligeras arruguitas que se le habían formado en la frente a Aili al preguntar.

No podía evitar preocuparse por los demás antes que por ella.

—Completamente —dijo sin ningún atisbo de duda, ni en su voz, ni en su expresión, ni en su mirada.

Aili le miró fijamente con el estómago en un puño y el corazón latiendo tan deprisa que temió que se le saliera del pecho.

Cuando Andrew pensó que Aili no le contestaría, esta hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Eso es un sí? —preguntó él con esa mirada canalla que tanto empezaba a gustarle.

Sin poder evitarlo, una pequeña sonrisa se instaló en sus labios antes de contestar ahora con palabras.

—Sí, Andrew McAlister. Me casaré contigo en secreto, y que Dios nos ayude —dijo Aili mientras él cogía una de sus manos entre las suyas, y la besaba en la palma.

Aili pensó que sus piernas temblorosas no la sostendrían si no fuera porque ya estaba sentada.

Con esa sensación, los primeros rayos de luz se filtraron por las ventanas y los encontró mirándose a los ojos. Varios sonidos provenientes de la habitación donde dormían Flora y Gordon rompieron el momento y Andrew se levantó no sin antes guiñarle un ojo.

Aquel día sin duda iba a ser largo pero, a pesar de ello, Aili se permitió la primera sonrisa genuina en mucho tiempo.

CAPÍTULO IX

Andrew habló con los hombres y, como habían acordado el día anterior, decidieron cambiar de ruta por si los mercenarios volvían a intentarlo de nuevo. Así que pensaron en dar un pequeño rodeo por las tierras McPherson. El jefe del clan McPherson, Duncan, había sido muy amigo de Kerr, el hermano de Evan y Andrew. Harían una pequeña parada y al atardecer podrían estar ya en tierras McAlister; además, el hecho de descansar un par de horas en tierras McPherson tenía una doble intención para Andrew. Lean McPherson había sido el sacerdote que cuidara de las almas de todos los clanes vecinos durante años hasta que una enfermedad que afectaba a sus huesos hizo dolorosos sus viajes, así que ahora solo cuidaba de las almas de los miembros de su clan. Pero era un viejo conocido y amigo y Andrew no podría confiar en nadie más.

Con esos planes partieron al alba, despidiéndose de Flora y Gordon cuya hospitalidad era inigualable. Flora había obligado a Andrew a sentarse para verle la herida antes de partir y cambiarle el vendaje. La mirada que le había lanzado a Andrew cuando vio el corte, y la seriedad en su rostro no impidieron a su primo esbozar una de sus sonrisas y coger una de las manos de ella.

—Estoy bien, Flora —le dijo guiñándole un ojo.

Flora movió la cabeza en señal de negación.

—Eres un zalamero Andrew McAlister, pero que sepas que no me engañas. Tiene que dolerte como mil demonios y además está en carne viva. Te he puesto un emplasto de hierbas, pero creo que la fiebre va a ser inevitable. Debes cuidarte y no forzarte —dijo Flora poniendo a su vez una mano sobre la de él. —Prométemelo —le dijo de nuevo con semblante serio.

—Te lo prometo —aseguró Andrew dándole un beso en la mejilla antes de levantarse e ir junto a sus hombres.

—¡Andrew! —le llamo Flora cuando este estaba prácticamente al lado de la puerta—. Cuida de ella. Me cae muy bien —añadió cuando él se giró, guiñándole un ojo a su vez.

Flora pudo escuchar una pequeña carcajada antes de que Andrew

desapareciera tras la puerta.

Llegaron a tierras de los McPherson antes del mediodía. Duncan salió a recibirlos con una sonrisa en los labios y la pregunta implícita en la mirada de qué demonios hacían allí.

—¿Mis ojos me engañan o es el pequeño bastardo de los McAlister el que tengo ante mí? —preguntó Duncan con tono desafiante.

Aili se quedó fría en un instante. Eso no parecía el recibimiento de alguien que era aliado y amigo de los McAlister, sin embargo no vio tensarse a los hombres que tenía a su alrededor así que fue prudente y esperó a ver qué pasaba a continuación. Duncan McPherson era un hombre muy corpulento. No tan alto como Andrew pero con el torso y los brazos muy desarrollados sin duda por el entrenamiento y el desgaste físico. Se le veía un adversario a temer. Tenía el pelo oscuro y sus ojos de un color gris claro parecían destilar inteligencia y perspicacia.

Aili miró a Andrew, que con su eterna sonrisa observaba a su vez a Duncan como si le aburrieran sus intentos de desafío.

—En persona —dijo Andrew sin bajar de su montura—. Voy camino de casa y he pensado que quizás el zoquete de Duncan McPherson tuviera a bien invitarnos a compartir la mesa y su comida antes de continuar viaje.

Aili se puso más tensa al escuchar a Andrew llamar zoquete al jefe del clan McPherson. La cara que había puesto este último al oír el insulto no tenía precio. Dejaría helado al hombre más bragado, y por el rabillo del ojo vio como varios hombres McPherson se habían acercado con aire amenazador.

A Aili se le daban bien las cuentas y desde luego no veía cómo iban a salir de allí, pues se encontraban en franca desventaja si la cosa se ponía fea. Aili se estaba poniendo muy nerviosa cuando vio una sonrisa aparecer en los labios de Duncan McPherson.

—Anda y baja tu feo culo de esa montura y dame un abrazo —dijo Duncan a Andrew poniendo las manos en su cadera ya totalmente relajado.

Andrew bajó de su caballo y se acercó a Duncan que, como si fuera un oso, le dio un abrazo que Andrew correspondió no sin soltar un pequeño gruñido ante el achuchón del gigantesco hombre.

—¿Estas bien, mocososo? —preguntó Duncan que se separó de Andrew cuando escuchó el pequeño quejido. Su cara de preocupación no pasó desapercibida para Aili.

—Perfectamente, solo un rasguño en el hombro. Tuvimos un pequeño problema con unos mercenarios ayer —replicó él con un tono de voz despreocupado.

Duncan enarcó una ceja a modo de interrogación. Sin duda después, cuando estuviese a solas con Andrew, le preguntaría más a fondo sobre el tema, pensó Aili mirando a ambos.

—Quiero presentarte a alguien —añadió enseguida este último antes de alejarse de Duncan para acercarse a Aili.

Cuando estuvo junto a su montura, Andrew le guiño un ojo desde abajo mientras la ayudaba a desmontar. La llevó junto a Duncan que, visto desde cerca, era un hombre más imponente si cabía.

—Duncan McPherson, te presento a Aili McGregor, la hija del jefe Dune McGregor y hermana de Meg, la esposa de Evan.

Andrew pudo ver una mirada apreciativa en los ojos de Duncan, así como en los de los hombres McPherson que había cerca. No era ningún secreto que Aili era muy hermosa, pero ver cómo la devoraban con los ojos otros hombres acicateó algo dentro de Andrew. Cuando reconoció la emoción, maldijo entre dientes. Aquello no era otra cosa que celos.

Duncan, que lo conocía, tuvo que intuir algo porque pasó una mirada de Aili a Andrew y después de ver su semblante, una pequeña carcajada retumbó en su pecho.

—Es un placer tenerla con nosotros. Espero que no le parezcamos muy bárbaros y que le guste la comida que, sin duda, será hoy en su honor.

Aili le miró con una ligera sonrisa en los labios

—Muchas gracias, Laird McPherson. Para mí será un privilegio el poder compartir la mesa con usted y los miembros de su clan. Sin duda habiendo viajado con Andrew McAlister no puede pensar que me asuste el término bárbaro, ¿verdad?— dijo Aili ensanchando su sonrisa.

Duncan McPherson soltó una sonora carcajada ante las últimas palabras de Aili, sobre todo cuando vio la expresión de Andrew, falsamente dolido por estas. Duncan veía que a Andrew le había divertido la ocurrencia de Aili. La atracción entre esos dos era más que evidente.

—Me gusta. Palabras muy acertadas —Ofreció su brazo a la joven para guiarla al interior—. ¿Me permite?

Andrew sintió un cálido sentimiento en su pecho cuando escuchó a Aili hacer aquella broma. Se la veía cómoda y con la suficiente confianza con él

como para hacer un comentario como aquél.

—¿Y el padre Lean?— preguntó Andrew que iba al otro lado de Aili, quedando esta escoltada por los dos hombres—. Pensé que lo veríamos aquí.

—Y no te equivocas. Estará en la comida con nosotros. Ha ido esta mañana a ver al viejo James, pero no puede tardar en volver. Ya no aguanta tanto tiempo en pie.

Andrew asintió dejando que Duncan siguiera hablando con Aili mientras él reflexionaba. Tendría que abordar más tarde al padre Lean y contarle lo suficiente para que este accediera a casarlos.

Duncan les ofreció unas habitaciones para que pudieran asearse antes de comer. Andrew se lo agradeció, sobre todo por Aili, que parecía agotada. Sabía que no era solo por el viaje, sino por toda la carga emocional que había estado soportando los últimos meses sin poder confiar en nadie.

A Andrew también le hubiese venido bien descansar un rato, ya que la herida había empezado a darle punzadas de dolor tan intensas que parecían querer arrancarle el brazo. Sabía que había empezado a tener fiebre, lo notaba. No la suficiente para que fuese evidente pero él podía sentir los pequeños escalofríos que se adueñaban de su cuerpo de vez en cuando. Sin embargo, y a pesar de ello, se vio buscando al herrero del clan McPherson.

—Dave, cuánto tiempo —dijo Andrew cuando tuvo enfrente a David McPherson. Todavía no sabía por qué le llamaban Dave (diminutivo de David) cuando aquel hombre era como un muro de piedra. Andrew, que era un hombre alto, tenía que mirar ligeramente hacia arriba para poder hablarle. Además, su brazo podría competir con un tronco de un árbol no solo en diámetro sino también en dureza y fuerza bruta.

—Había oído que estabas aquí. Me alegra volver a verte. Siempre es un placer ver a un McAlister por estas tierras —dijo Dave ensombreciendo su expresión al final de la frase. El recuerdo de Kerr, como siempre que visitaba a los McPherson, sobrevolaba el ambiente. La mujer de Kerr había sido McPherson así que su hermano tenía muy buenas relaciones con miembros del clan y la familia de su esposa. Duncan había sido muy amigo de Kerr, al igual que Dave, primo hermano de la que había sido su cuñada.

—A mí también me gusta estar aquí, aunque me resulta difícil sin él —dijo Andrew, dejando entrever por primera vez lo costoso a nivel personal que era para él estar allí.

Dave le miró, comprendiendo perfectamente lo que quería decir.

—¿Cómo estás? Y lo más importante, ¿cómo esta Rose? Veo que sigue cuidándote a pesar de ser un gruñón insoportable. —Mientras hablaba, Andrew se apoyó en una mesa que había detrás de él y que contenía varias herramientas.

Una sonrisa se extendió por los labios de Dave.

—La verdad es que tiene su mérito. Aún no sé cómo sigue a mi lado, pero qué puedo decirte, soy jodidamente afortunado —dijo Dave con una pequeña carcajada y un brillo especial en sus ojos al hablar de su esposa—. ¿Cómo esta Evan? ¿Qué tal la vida de casado?

—Está hecho un quejica, pero al igual que tú, se siente afortunado. Meg es un auténtico encanto —respondió con una sonrisa Andrew.

Dave pudo notar en su voz el afecto que tenía por su nueva cuñada.

—Necesito un favor, Dave, y que quede entre nosotros —añadió a continuación, ya más serio.

—Tú dirás. Si está en mi mano dalo por hecho. Lo que sea por el hermano pequeño de Kerr.

Andrew contrajo los músculos de la cara en un acto reflejo al escuchar las palabras de Dave.

—Necesito que me hagas un anillo. Algo sencillo, más o menos de tamaño como para mi dedo meñique, y lo necesito para esta tarde.

Dave le miró fijamente, intentando escudriñar de qué iba aquello, pero si algo tenía Dave McPherson era que, además de ser un hombre excesivamente leal, nunca se metía en los asuntos ajenos, a pesar de que en este caso pudiese estar más que justificado que preguntara.

—Dalo por hecho.

Andrew apretó el antebrazo de Dave, que respondió de la misma manera.

—Gracias —dijo Andrew, volviendo sobre sus pasos y dirigiéndose nuevamente hacia la casa. Quizás con un poco de suerte todavía pudiese refrescarse un poco y ver el estado del vendaje antes de comer.

CAPÍTULO X

Al padre Lean se le iluminó la cara cuando los vio. Su alegría era genuina. Dio un abrazo a Andrew y saludó efusivamente a Aili cuando este la presentó.

Duncan tenía razón en cuanto a la salud del sacerdote. En solo unos meses su apariencia había cambiado sutilmente. Estaba un poco más encorvado y el dolor que sentía en sus huesos debía de estar más arraigado porque los vestigios del mismo se veían reflejados en el rostro del anciano.

La comida fue tranquila y amena. Hablaron con Duncan y el padre Lean de viejos tiempos y también de la situación actual en cuanto a su relación con los clanes vecinos y los pequeños problemas de convivencia que existían entre los mismos. Nada importante por el momento, pero la única realidad era que varios de esos clanes se estaban poniendo nerviosos en cuanto a la delimitación de sus tierras y el robo de ganado que en los últimos tiempos se había multiplicado por tres.

Andrew miraba de vez en cuando a Aili y la vio tranquila y animada escuchando la conversación, participando de vez en cuando. Sin embargo no pudo evitar ver en sus ojos pequeños indicios del nerviosismo y la incertidumbre fomentada por los acontecimientos de los últimos días.

Cuando terminaron, Duncan habló con Andrew y le convenció para que no continuaran viaje ese día y que hicieran noche allí. Lo hizo con buenos argumentos y aunque Andrew hubiese preferido haber seguido y llegar al anochecer a tierras McAlister, sabía que a Aili le vendría bien una noche de descanso y sueño reparador. Y eso también le daría más tiempo para que el padre Lean les casara sin levantar sospechas. Con esa idea, siguió al padre Lean cuando este se excusó para ir a descansar un rato tras la comida.

—Padre Lean, necesito hablar un momento con usted —le dijo poniéndose a su altura cuando este iba andando para dirigirse a su pequeña casa cerca de la principal.

—Muchacho, ¿no puedes esperar hasta después de la siesta? Este cuerpo ya no aguanta lo que antaño —dijo el padre Lean con una ceja levantada, aunque algo en la expresión de Andrew hizo que frunciera el entrecejo—.

Entiendo. Es algo que no puede esperar ¿verdad? Y dado que te tengo por un hombre tremendamente calmado, inteligente y nada dado a la exageración, creo que dejaré la siesta para más tarde y escucharé lo que tengas que decirme. Ven a casa. Prepararé mi infusión de hierbas y tú podrás decirme qué es eso tan importante.

Media hora más tarde y dos tazas de infusión de hierbas después, Andrew le había contado lo suficiente al padre Lean para que el rostro de este expresara la gravedad de la situación.

—¿Y qué piensas hacer con ese hombre? —El padre Lean miró a Andrew a sabiendas que McAlister estaba conteniendo toda su ira por lo que acababa de contarle.

—Algo no muy cristiano, padre —replicó el joven mirando al sacerdote directamente a los ojos—. Solo quiero proteger a Aili. Lo que ha pasado ya no puede evitarse, pero sí que ese bastardo vuelva a hacerle daño y mucho menos obligarla a nada que ella no quiera como un matrimonio forzoso.

—¿Estás seguro de esto? El matrimonio es una institución seria. En ningún caso algo que se pueda tomar a la ligera. Es un sagrado mandamiento, un juramento que te unirá a ella de por vida y que tendrás que honrar. Creo que es muy loable y noble lo que quieres hacer pero no tienes obligación moral alguna y yo debo velar por el alma de los dos, no solo por la de Aili. Así que no quiero que vayas a este matrimonio por los motivos equivocados.

—Estoy completamente seguro —dijo Andrew con una sonrisa en sus labios y el pleno convencimiento en el tono de su voz.

El padre Lean sonrió a su vez asintiendo con la cabeza.

—Ya veo —siguió el sacerdote—. De acuerdo. Creo que sería mejor celebrarlo mañana por la mañana un poco antes del alba. Podemos hacerlo en una pequeña capilla que hay en la parte de atrás de la casa principal.

—Sé cuál es —dijo Andrew asintiendo a su vez.

—Está bien, nos vemos allí a esa hora. Y, Andrew... necesitamos un testigo.

Andrew asintió, dispuesto a encargarse de ello. Se levantó de la silla y se acercó a la puerta seguido por el padre Lean.

—¿Le veré esta noche en la cena, padre?

—No me lo perdería por nada del mundo. Ah, Andrew otra cosa. Me gustaría hablar con Aili antes. Solo quiero saber que ella también entiende

dónde se está metiendo.

Andrew pareció valorar lo que le había dicho el sacerdote.

—Se lo diré —dijo finalmente, abriendo la puerta para irse.

—Andrew —le llamó el padre Lean antes de que cruzara el umbral. Andrew notó un ligero titubeo, nada común en el hombre al dirigirse nuevamente a él—. Me alegré mucho cuando vi a Evan la última vez. Se le veía feliz. Es bueno verlo así después de lo de Kerr, sin embargo no sé si puedo decir lo mismo de ti. Aunque parece que nada te afecta creo que tú estás sufriendo más esa pérdida porque lo haces sin compartir tu carga con nadie. Estabas muy unido a tu hermano. Si necesitas hablar alguna vez, aquí me tienes.

Andrew sonrió de medio lado antes de contestar al sacerdote.

—Estoy bien. Se lo agradezco pero me encuentro perfectamente y aunque echo de menos a mi hermano, es algo que pasó hace un par de años. El tiempo ha hecho bien su trabajo.

El padre Lean vio desaparecer a Andrew en la lejanía. Lo había intentado, pero Andrew McAlister era un hombre hermético, demasiado para hablar de sus propios sentimientos, demasiado para admitir que seguía sufriendo.

Aili estaba agotada, se quedó profundamente dormida y tuvieron que llamarla para la cena. Se puso uno de los pocos vestidos que llevaba para ocasiones más especiales. Una prenda de color azul cielo con algunas cuentas bordadas en el talle. Se había visto algo demacrada y con surcos oscuros bajo los ojos pero tampoco podía pedir más con los acontecimientos de esos dos últimos días. Sin embargo cuando vio la mirada de Andrew sobre ella al verla en el salón, el color volvió a sus mejillas y un calor que antes jamás había sentido se extendió por todo su cuerpo bajo el efecto de esos ojos color del brezo. La cena transcurrió de forma tranquila, salvo por el hecho que el padre Lean se sentó esa vez a su lado y la conminó para hablar un poco más tranquilos después de la cena. Y eso habían hecho, un poco apartados cuando todos estaban más relajados al terminar de comer las viandas. Fue difícil para Aili saber que el padre Lean a grandes rasgos conocía lo que le había ocurrido, pero sabía que era necesario para que el sacerdote los casara, y Andrew estuvo pendiente de ella en todo momento por si le necesitaba. Le veía dirigir su mirada desde la mesa hasta donde estaban sentados ella y el sacerdote. Era una locura pero Aili, después de llevar todos esos meses sin

decírselo a nadie, sin poder contar con nadie para que la ayudase, ahora se encontraba cada vez con más asiduidad buscando la mirada de Andrew, solo para saber que estaba ahí. La hacía sentir segura y tranquila. Esa especie de necesidad de estar a su lado, de comunicarse con solo con una mirada, con una sonrisa, estaba arraigando en su interior de tal forma que sabía que en poco tiempo sería tan necesario para ella como lo era el respirar, y eso daba miedo. Porque ¿y si ese matrimonio que empezaba como un acuerdo, se convertía en algo más para ella? ¿Y si se enamoraba de Andrew y él solo sentía una tibia amistad? Empezaba a sentir que quizás esa fuera otra clase de tortura, una que podría terminar por romperle el corazón sin remedio.

Al final de la velada el padre Lean pareció convencido con su charla y se despidió de ella diciéndole que la vería antes del alba para el casamiento.

Andrew la acompañó hasta su habitación, despidiéndose en la puerta con un beso en la mejilla que hizo que Aili quisiera tocar con sus dedos esa porción de piel que él había dejado marcada con su beso, con su deliciosa presencia. Ese fue el momento en el que, a pesar de ser una mujer educada, maldijo por lo bajo. Eso se parecía mucho a un sentimiento amoroso. Por Andrew. Negándose a que aquello fuese más de lo que en realidad era, intentó despejar su mente y negar cualquier atisbo de emoción.

—Te veo en unas horas. Intenta dormir algo, ¿de acuerdo? —le dijo Andrew antes de que frunciera su ceño ante la expresión que vio en la cara de Aili.

—¿Estas bien? —preguntó, tocándole suavemente la mejilla con la palma de su mano.

Aili tembló al sentir su contacto y Andrew malinterpretó su respuesta, retirando su mano con presteza.

—Lo siento, no he querido incomodarte —dijo con una mirada llena de intensidad.

—Y no lo has hecho —replicó Aili sonriendo débilmente—. Solo es que estoy nerviosa. No sé si estamos haciendo lo correcto y sé que estoy siendo egoísta permitiéndote hacer esto por mí. Eso no me hace sentir bien conmigo misma. —En su voz él pudo notar el pesar y la culpa que se autoinfligía sin razón alguna.

Angustiado, quiso comprobar si lo que le decía era cierto y volvió a colocar su mano sobre la mejilla de la joven. Esta vez Aili tembló, pero le miró a los ojos y él pudo ver que no era miedo lo que había tras ellos sino

incertidumbre.

—Nadie me está obligando a hacer esto, Aili. Nadie. Y cualquiera que me conozca podría decirte que jamás hago algo que no quiera hacer, así que deja de cuestionar mis motivos porque tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes? De nada. No quiero volver a ver en esos ojos esa pregunta, porque su respuesta es que deseo hacer esto, y que nada ni nadie me impediría casarme contigo dentro de unas horas, salvo tú.

Una sonrisa se extendió por los labios de Aili y Andrew no pudo resistirse. Se acercó y, de forma suave, rozó sus labios con los de ella, esperando que Aili se acostumbrara a él. Solo iba a ser un beso de buenas noches pero cuando Andrew sintió los dedos de Aili enredarse entre su pelo perdió la batalla y la atrajo hacia él despacio, haciendo que sus cuerpos se tocaran desde el pecho hasta sus piernas. Sentir el cuerpo de Aili le hizo soltar un gruñido y ahondar el beso, intentado no perder el control, algo que le estaba costando la vida misma, porque lo que quería era devorar su boca y saquear su interior con toda la necesidad y el deseo que le consumían en ese instante.

Aili pensó que sus piernas temblorosas la harían caer al suelo sin remedio cuando el beso de Andrew se volvió más exigente. Al principio había pensado en salir de su abrazo, romper ese beso cuando todo su ser se puso en alerta. Pensó que el pánico se apoderaría de ella, pero en ese momento, como si Andrew pudiese leer en su interior sin necesidad de decirlo en voz alta, ralentizó el gesto, dejando que cogiera prácticamente las riendas del mismo. Eso produjo en Aili un efecto totalmente opuesto al que esperaba y la que terminó profundizando en el beso fue ella. Escuchó una especie de gruñido procedente de la garganta de Andrew y eso la hizo sentirse poderosa, la hizo ser atrevida. No podía reconocerse a sí misma, pero quería volver a escuchar ese ruido en los labios de Andrew. Enredó su lengua con la de él y le devoró con toda el ansia y la inexperiencia que tenía. La fuerza de su deseo, aunque desconocido para ella, superó con creces su inocencia y Andrew rompió el beso, apoyando su frente en la de ella.

—¿Y todavía te quedan dudas? —preguntó con la voz entrecortada.

Ambos estaban jadeantes y les parecía faltar el aire.

Aili le miró a los ojos y lo que vio en ellos le dio la seguridad para ponerse de puntillas, darle un beso en la mejilla y decir unas palabras que solo unos días atrás pensó que nunca volvería a repetir a nadie ajeno a su familia.

—Confío en ti.

Andrew sintió una sensación cálida y devastadora que se extendía por su pecho. Sabía lo importantes que eran esas palabras y lo que debía de haberle costado pronunciarlas. El hecho de que después de todo lo que le había pasado confiase en él le llenaba de orgullo. Eso era algo nuevo.

—Solo una cosa más antes de dejarte descansar —añadió él cogiéndola de la mano—. El padre Lean me dijo que necesitábamos un testigo. Te prometí que no se lo diría a nadie y por eso necesito tu permiso. Prometo que solo contaré lo necesario.

Aili arrugó un poco el entrecejo ante sus palabras. Andrew empezaba a familiarizarse con sus gestos y ese era uno de los que más le gustaban. Le parecía muy tierno el modo en que esas leves arruguitas surcaban el pequeño espacio entre sus ojos cuando algo le preocupaba o se concentraba con intensidad. Quiso posar sus labios justo en esa pequeña porción de piel y borrar las huellas de su preocupación con besos. La vio debatirse consigo misma. Vio su nervosismo, la incertidumbre, el miedo. Todo eso resplandeció en sus ojos en solo unos segundos y no quiso seguir torturándola por más tiempo. Iba a decirle que no se preocupara, que no iba a contarle nada a nadie, que ya vería cómo lo podía arreglar, cuando otra vez esas palabras le dejaron desarmado.

—Confío en ti.

Esta vez Andrew tuvo que contenerse. Aili estaba poniendo su vida en sus manos, la suya y la de todos los que amaba. Esa calidez que antes creyó extenderse por su pecho, en ese preciso instante lo abrasó y supo sin lugar a dudas que por primera vez en su vida estaba enamorado. Lo que creyó que jamás le pasaría, lo que pensó que no experimentaría por ser demasiado cínico para ese sentimiento, eso mismo estaba ahora presionando su pecho como si lo hubiesen cogido en un puño y lo cerraran dejándolo indefenso, vulnerable y desorientado. Quizás ahora lo reconociese pero no era nuevo: le había golpeado desde que la vio por primera vez.

—De acuerdo —dijo sin poder agregar nada más en ese momento.

Aili miró a Andrew con preocupación. Le parecía que este se había puesto blanco en un momento. Quizás la herida le estuviese doliendo demasiado, o quizás la fiebre, la misma que había notado en sus manos y en los labios cuando la habían tocado, estaba empezando a afectarle. No era una fiebre alta pero sabía que tenía y eso producía desasosiego en su interior.

—¿Te encuentras bien? —El tono de su voz dejaba patente su

preocupación.

Andrew reaccionó en un instante. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras besaba la mano de Aili, que todavía tenía entre las suyas.

—Perfectamente —le dijo, ahora haciendo exactamente lo que antes había deseado. Besó su entrecejo levemente y Aili sintió de nuevo el calor extenderse en su vientre—. Hasta mañana —se despidió, volviéndose y desapareciendo por el pasillo.

Aili se metió dentro de la habitación y cerró la puerta. Se apoyó en ella y se llevó las manos a las mejillas. Las tenía hirviendo. Quizás ella también tuviese fiebre pensó, sin que pudiese evitar que una genuina sonrisa se instalara en sus labios.

Andrew volvió al salón. Sabía que Duncan le estaba esperando. Había visto la interrogación en sus ojos todo el día y sabía que quería alguna respuesta.

—Ya pensé que no volverías y que tendría que ir a buscarte yo mismo —dijo Duncan mientras servía un poco de vino en dos vasos. Uno se lo extendió a Andrew mientras él tomaba un sorbo del suyo y esperaba a que Andrew dijese algo.

—No hay mucho que contar —comentó con esa media sonrisa que le caracterizaba.

Duncan bajó el vaso y le miró como si estuviese evaluando la veracidad de esas palabras.

—Y un cuerno —dijo inclinándose hacia delante y apoyado los antebrazos sobre las piernas, mientras le miraba directamente—. Eres mejor que tu hermano mintiendo pero tienes el mismo tic cuando lo haces.

Esas palabras hicieron que la sonrisa de Andrew se tensara un poco. Siempre que escuchaba hablar de Kerr, algo en su interior se quebraba. No le prestaba atención y enterraba bien hondo ese sentimiento, sin embargo le costaba dominar la impresión inicial, que siempre le cogía por sorpresa.

—¿De qué estas hablando?

—Siempre que Kerr mentía, que debo decir fueron contadas ocasiones, tendía primero a mirar hacia la izquierda antes de centrar la mirada directamente en su interlocutor. Tú acabas de hacer lo mismo. Así que no me digas que no hay nada que contar. Para mí Kerr era como un hermano y su familia es mi familia. Tanto Evan como tú podéis contar conmigo para lo que

necesitéis, creo que eso no hace falta que te lo diga. Has pasado más tiempo en este clan que algunos de mis parientes más cercanos. Te conozco, sé que ocultas algo. Dime que no es de mi incumbencia y me callaré, pero déjame ayudarte si puedo.

La sonrisa de Andrew se ensanchó y esta vez sí llegó a sus ojos pardos. Entendía perfectamente por qué Duncan había sido el mejor amigo de su hermano Kerr. Era un hombre de palabra, de honor, extremadamente observador e inteligente y que cuando ofrecía su amistad lo hacía para siempre. Él era el testigo en el que había pensado. No le parecía correcto casarse en secreto en sus tierras sin que él supiese nada. Además, sabía que Duncan sospecharía algo. Era demasiado perspicaz para no hacerlo. Y estaba el hecho de que, si por cualquier razón había algún problema, tendría de testigo al jefe del clan McPherson. Eso era difícil de refutar, porque el dudar de su palabra llevaría aparejada una guerra contra quien osara decir o insinuar lo contrario.

—Lo que voy a contarte no me atañe a mí, no es mi secreto, pero quiero tu palabra de que lo guardarás como si fuese mío.

—¿Tienes que preguntarlo siquiera, mocoso? —preguntó Duncan ahora más serio al ver la expresión grave de Andrew—. Está bien —continuó cuando vio como este enarcaba una ceja—. Tienes mi palabra.

Andrew no necesitaba más. La palabra de Duncan era garantía suficiente. Antes moriría que desvelar nada de lo que le dijera.

Andrew le contó a grandes rasgos lo que había pasado desde que partieron desde tierras de los McGregor. El ataque de los mercenarios, la confesión de Aili y su idea de casarse en secreto con ella.

Cuando acabó, Duncan tenía una expresión difícil de descifrar para quien no le conociera bien. Andrew sin embargo sabía que Duncan estaba todavía procesando lo que él le había contado.

Le dio unos minutos hasta que Duncan le miró fijamente y su mirada fue dura e inflexible.

—Ese hijo de puta de McNaill tiene los días contados —dijo mirando a Andrew a los ojos.

—De eso no te quepa duda —replicó este con un tono de voz que sonó a sentencia.

Duncan asintió antes de cambiar de tema.

—¿Estás seguro en lo de la boda? —preguntó Duncan inclinándose

nuevamente hacia atrás en la silla, tomando otro sorbo de vino—. Ya veo — continuó cuando vio la expresión y la mirada de Andrew. Algo le decía que su amigo deseaba aquella unión más de lo que expresaba—. Entonces será un honor para mí ser tu testigo. Solo te daré un consejo —dijo Duncan mirando a Andrew de forma que le daba a entender que le decía aquello porque lo apreciaba—. No tardes mucho en contárselo a Evan. Sé que se lo has prometido a Aili y sé que si tu hermano lo supiera se sentiría obligado a declarar la guerra a ese clan, pero para Evan sus hermanos son lo más importante. Se sentirá traicionado si piensa que no confiaste lo suficientemente en él.

Andrew asintió. Eso era algo que él ya sabía, pero también tenía la certeza absoluta de que si Evan lo supiera declarararía la guerra a los McNaiill. Aili era su cuñada. Y entonces el motivo de la disputa se haría público y se enterarían los McGregor y todo lo que Aili trataba de evitar y por lo que estaba luchando sería en balde. Muchas vidas podrían perderse. Esa no debía ser la lucha entre dos clanes, debería ser entre dos hombres, pero sabía por la forma que tenía de actuar McNaiill hasta ese momento que aquel hombre era un cobarde. No lucharía con honor, no lucharía con el hombre que le desafiara. No, alguien como McNaiill mandaría a todo un clan a la guerra para encubrir sus fechorías.

—Debes tener cuidado con ese hombro. No creas que me ha pasado desapercibido que es una herida considerable. No quiero perder a otro McAlister, ¿de acuerdo?

—¿Alguna vez te han dicho que pareces una gallina con sus polluelos? — replicó Andrew haciendo como si eso le diese algo de repelús.

—Eres muy gracioso, McAlister. La próxima vez que te vea te pegaré tal paliza que no podrás hablar en un mes, y menos decir esa clase de memeces.

Andrew soltó una pequeña carcajada que hizo que Duncan también sonriera.

—Mañana cuando os vayáis varios de mis hombres os escoltarán hasta el inicio de las tierras McAlister. Y no me digas que no hace falta porque no admito discusión al respecto. ¿Está claro?

—Muy claro —contestó Andrew, que sabía que cuando Duncan se ponía así de cabezota era imposible razonar con él.

—Lo has dicho demasiado deprisa —dijo Duncan con una ceja alzada—. La fiebre tiene que estar haciendo su trabajo cuando ni siquiera discutes. — Habló con una sonrisa, sin embargo su mirada denotaba preocupación.

—Con lo cabezota que eres, más que una mula, ni se me ocurriría llevarte la contraria. No es cuestión de fiebre, es cuestión de minimizar esfuerzos — dijo Andrew levantándose—. Hasta mañana antes del alba —se despidió, y abandonó el salón.

CAPÍTULO XI

La boda tuvo lugar una hora antes del amanecer. Aili estaba preciosa con el vestido de la noche anterior, y su pelo suelto caía sobre sus hombros y su espalda como si fuese seda. Andrew llevaba una camisa limpia y su *feileadh mor* con los colores de su clan. Aili no pudo evitar mirarlo de forma apreciativa. Estaba tan atractivo que le costó respirar. Estaba muy nerviosa por la boda, porque aquello era algo muy serio y definitivo, como bien le había dicho el padre Lean. No debía tomarse a la ligera y sin embargo, cuando miraba a Andrew y veía cómo la miraba él a su vez, la tranquilidad y la calma se adueñaban de ella, y todo le parecía correcto. Las dudas desaparecían en un instante.

Ya solo quedaba el testigo. El padre Lean le estaba preguntando a Andrew por él cuando Duncan McPherson apareció. Andrew tuvo que contenerse por no sonreír más abiertamente cuando la cara de padre Lean y la de Aili quedaron como paralizadas al reconocer al jefe del clan.

—Ya está aquí. Podemos comenzar —dijo Andrew guiñándole un ojo a Aili que pareció relajarse algo con ese gesto—. ¿Padre Lean?— preguntó Andrew al sacerdote cuando vio que seguía mirando fijamente a Duncan con la boca abierta.

—Empiece, padre Lean —dijo Duncan alzando una ceja al mirar al sacerdote—. A ver si es posible que estos recién casados tengan un momento de intimidad antes de partir — continuó Duncan lo que hizo que Andrew le mirara como si quisiera atravesarlo y Aili sintiera que un rubor desbordante teñía sus mejillas y su cuello.

El padre Lean cerró la boca y aunque titubeó dos veces antes de comenzar, una vez iniciado el ritual todo fue como la seda. Andrew y Aili colocaron sus manos unidas bajo un trozo de tela con los colores McAlister para, más tarde, símbolo de su unión, Andrew poner en el dedo anular de Aili el anillo que el día anterior le hizo Dave. Un aro de hierro que lejos de estar cerrado daba vueltas sobre su eje generando una espiral.

Aili sintió el anillo en su dedo cuando Andrew lo puso en él, y contrario a

lo que pensaba que sentiría, en ningún momento ese trozo de metal supuso algo extraño en su piel. Era como si ya fuese parte de su mano.

El padre Lean terminó, formalizando su unión y sellando Andrew el vínculo con un beso, un suave roce en los labios.

Duncan los felicitó y fue con ellos dentro, conminándoles a un desayuno un poco más tarde, dejando a los recién casados ese rato de intimidad.

Aili y Andrew estaban en la habitación de Aili. Esta le había pedido hablar a solas un momento y ahora que estaban juntos, no sabía cómo comenzar a decirle lo que la estaba carcomiendo por dentro.

Andrew se había apoyado en la mesa que había cerca de la ventana y Aili daba vueltas arriba y abajo de la habitación intentando comunicar algo que a todas luces no sabía cómo verbalizar, porque cuando parecía reunir valor para encarar a Andrew, solo le salía un leve barboteo y volvía de nuevo andar arriba y abajo, más deprisa aún, como si esa velocidad fuera a proporcionarle el valor que necesitaba.

Andrew pensó que si no la ayudaba, les iba a dar allí el festival de primavera esperando a que Aili se decidiera.

—Aili, ¿puedes parar un momento? Si sigues así vas a degastar el suelo —dijo Andrew con su perpetua sonrisa.

Aili se paró en seco y le miró. La forma en que una de sus manos apretujaba en un puño parte de la falda de su vestido denotaba su nerviosismo.

—Nos hemos casado —dijo moviendo su otra mano en el aire con cierta teatralidad que Andrew sabía que era totalmente sincera. Parecía que a Aili le estaba costando asimilar lo que habían hecho solo un instante antes.

—Lo sé —dijo Andrew con una suave risa que hizo que su pecho se moviera ligeramente—. Estaba allí.

Aili le miró seriamente alzando una ceja.

—No tiene gracia, Andrew McAlister —dijo remarcando todas las sílabas para darle rotundidad a sus palabras.

Él no pudo contenerse al ver la seriedad y el gesto de enfado de Aili. La suave risa se convirtió en una carcajada.

Aili apretó los labios y cogió su falda con ambas manos apretando la tela entre ellas.

—Está bien —dijo Andrew finalmente cuando vio que Aili estaba a punto de estallar. Esta faceta suya le volvía loco—. Lo siento, pero creo que

deberías relajarte. Sí, nos hemos casado, pero nadie lo sabe salvo el padre Lean y Duncan y no se lo van a decir a nadie. No tiene por qué cambiar nada, Aili. Relájate, todo va a salir bien.

Andrew vio como el pequeño enfado de Aili daba paso a una expresión de desasosiego.

—No todo va a seguir igual. Yo... nos hemos casado y... para que sea... para que...

Andrew dejó su postura relajada y se acercó a Aili, tomando sus manos entre las suyas. Cuando las cogió, estas estaban frías y temblaban ligeramente. Lo que fuera que quería decirle le estaba costando mucho, y Andrew no quería que nada la perturbara. Quería que después de esa mañana Aili pudiese respirar con tranquilidad nuevamente. Que se sintiese segura y protegida, y que supiera que ahora nada podía tocarla.

—Aili, tranquila. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero creo que después de lo que hemos hablado y de lo que hemos vivido en los últimos días tenemos la confianza suficiente para que me puedas contar lo que te está alterando. Solo dilo —dijo Andrew con ganas de estrecharla entre sus brazos.

Aili bajó la vista. Sabía que no iba a ser capaz de decir las palabras si le miraba directamente a los ojos.

—Para que sea legal hay que consumir el matrimonio, ¿verdad? —soltó al fin de un tirón, sintiendo como su estómago se revolvía y el rubor coloreaba sus mejillas haciendo que un calor insoportable le subiese desde el pecho hasta el rostro.

Andrew sonrió ampliamente sin que Aili le viese. Esa timidez e inocencia le llenó de ternura. Después borró de sus labios toda huella de esa sonrisa antes de levantar el rostro de ella hacia arriba con suavidad para que le mirase a los ojos. No quería que pensase que sus palabras le parecían carentes de importancia o le hacían gracia. Nada más lejos de la realidad.

—Aili, nadie sabe lo que está pasando en esta habitación en este instante. De hecho estoy seguro que Duncan estaría más que dispuesto a testificar si hiciese falta que después de la boda los novios estuvieran a solas en la habitación el tiempo suficiente como para haber cumplido ese requisito.

Aili le miró por primera vez a los ojos desde que le dijera lo que la preocupaba.

—Lo sabríamos los dos. A ti no... ¿no te importa? —preguntó Aili.

Andrew vio esperanza en su mirada, esperanza de que él no quisiese esa

intimidad con ella en ese instante y maldijo para sí. Lamentó que le hubiesen robado todo tipo de ilusión, de espontaneidad, de nerviosismo positivo, de curiosidad sexual.

Andrew suspiró hondo antes de hablar.

—Cuando salgamos de esta habitación solo habrá una cosa clara para nosotros y el resto del mundo y es que hemos consumado este matrimonio independientemente de lo que pase en realidad. Yo te deseo, Aili, eso no voy a negarlo, pero puedo esperar. Tú marcarás los tiempos en nuestra relación.

Aili sintió como la presión en el pecho desaparecía. Miró a Andrew a los ojos y vio sinceridad, y determinación en ellos. El hecho de que él le hubiese dado el poder para decidir, para tener el control absoluto sobre su relación, la hicieron perder parte de ese miedo que la atenazaba por dentro. Y la hicieron ser arriesgada. Le dio el valor suficiente para tomar una decisión.

—Si... si lo intentáramos, ¿podrías parar cuando te dijese? —preguntó Aili con un hilo de voz que a Andrew le afectó.

Verla así de indefensa le llevó a apretar la mandíbula en un acto reflejo. Era muy difícil no querer en aquel instante coger al bastardo de McNail y torturarlo lentamente.

—Aili, no tenemos que hacer nada. No tienes que preocuparte por eso más —dijo Andrew con rotundidad.

Aili negó con la cabeza. Andrew no lo entendía. El hecho de saber que no tenía por qué consumarlo en ese instante la hizo darse cuenta de algo. Posponer ese momento era peor, porque entonces solo podría pensar en cuando ocurriría, y más que otra cosa deseaba estar tranquila. Quizás era mejor ser fuerte y pasar por ello ahora. Cuanto antes terminara, antes podría respirar con normalidad. No quería estar días y días con ese nudo en el estómago que le apretaba de tal forma que a veces estaba segura de que la asfixiaría sin más.

—¿Podrías? —volvió a preguntar Aili con el corazón en un puño y toda su ansiedad brotando de cara poro de su piel.

Andrew empezó a entender lo que estaba ocurriendo. Se lo veía en el rostro y sus ojos confirmaron sus sospechas cuando buscaron los suyos en busca de una respuesta.

—Podría —dijo Andrew con seriedad. Cuando vio cambiar la expresión de Aili, soltar el aire que había estado conteniendo y relajar la tensión de los hombros y de todo su cuerpo al recibir su respuesta, Andrew sintió una oleada

de protección hacia ella como jamás en la vida había sentido hacia nadie.

—Pero no hay necesidad de ello, Aili —insistió, retirándole con la mano varios mechones de su sedoso pelo que traviesamente reposaban sobre el pecho de ella.

La joven se mordió ligeramente el labio como si estuviese pensando algo, como si el destino del mundo estuviese en sus manos y debatiese internamente sobre qué decisión tomar.

Con delicadeza, subió su mano y la puso en el pecho de Andrew, encima de su corazón. Aili pudo sentir el latido fuerte de ese músculo bajo la palma de su mano. Después la subió, pasando sus dedos por el lateral del cuello del hombre, casi retirándola de golpe cuando sintió que él apretaba la mandíbula bajo su tacto. Andrew pareció percatarse de ello porque rápidamente cogió su mano y la mantuvo sobre su cuello haciéndole saber que ese era su lugar, y que quería que siguiera con su exploración. Aili sintió el pulso en una de las venas y juraría que el latido que antes era lento y regular ahora era más veloz y errático. Siguió su avance; su mano alcanzó la mejilla de Andrew. Su mandíbula, estaba ligeramente áspera por el vello sin rasurar de varios días. Creaba en su rostro una sombra que a Aili le gustaba. Le hacía parecer algo salvaje y muy masculino. Se detuvo sobre esa sombra y se deleitó con su contacto. Sus dedos, por inercia, se movieron hasta los labios de Andrew. Plenos y duros, se entreabrieron cuando pasó sobre ellos, y el recuerdo de su lengua enredada en la suya hizo que por primera vez desde que empezó su exploración el deseo contrajera su vientre, tomándola por sorpresa. Tocó su nariz, siguiendo con el dedo índice su perfecta silueta. Era una nariz recta y proporcionada. Perfecta, pensó. Cuando se atrevió a mirar la profundidad de sus ojos pardos, esa descripción se le quedó demasiado escasa. Su iris era de una riqueza cromática más compleja. Cerca de la pupila, el aro que la rodeaba era de un intenso verde oscuro con pequeñas hebras de color verde más claro, casi amarillo. Ese aro, según iba alejándose de su centro, se volvía de color castaño claro, surcado por motas de ese verde tan intenso que le hacía querer perderse en su interior. Las pestañas que los enmarcaban eran largas y de color rojizo casi castaño; conferían a su mirada una profundidad que cuando no sonreía, como en ese momento, parecían querer atravesarle el alma.

Aili bajó su mano hasta colocarla de nuevo en su cuello, enredando los dedos en sus cabellos. Esos mechones rebeldes parecían estar hechos para que ella los tocara.

—¿Estas segura? —preguntó Andrew con un tono de voz que hizo que Aili sintiese nuevamente el miedo atenazar su estómago. Era deseo lo que escuchaba en su voz y lo que veía en sus ojos. Pero él le había prometido parar si así se lo pedía y Aili confiaba en él. No sabía por qué, pero sentía en su interior que podía hacerlo. Así que siguió su instinto.

—No, no estoy segura, pero quiero intentarlo. Temo que si espero más, este miedo que siento pueda hacerse mayor y entonces el valor que tengo en este instante se evapore para siempre. La espera me produciría mayor ansiedad. No quiero seguir viviendo así.

Aili estaba tan absorta en sus miedos que no se había dado cuenta de cómo sonaron sus palabras hasta que vio un atisbo de decepción en los ojos de Andrew.

—Lo siento —dijo de repente avergonzada—. No tenía derecho a decir eso, solo he pensado en mí y no en cómo podían sonar mis palabras. Parece que es una obligación y que voy camino a mi ejecución. Imagino que eso es lo que menos espera y desea un hombre de la mujer con la que se casa y debe compartir su lecho. He sido una egoísta, después de lo que has hecho...

Andrew acalló la diatriba de Aili con un beso. Llevaba desde que la vio en la pequeña capilla, antes de casarse, deseando hacer precisamente eso. Al principio fue despacio, besos tiernos y suaves, pero cuando escuchó un gemido proveniente de la garganta de Aili, ahondó el beso y saqueó su boca, sintiendo que muy lejos de saciarse, el sabor adictivo de Aili lo volvería loco. La atrajo hacia sí, pegando sus cuerpos, notando como Aili se iba relajando según el beso se iba dilatando en el tiempo. Ella se lo estaba poniendo difícil porque después de un inicio tímido, ahora estaba asaltando a su vez la boca de Andrew con la misma osadía y deseo que el suyo propio. Eso le hizo ser un poco más atrevido e intentar dar un paso más allá. Sin dejar de besarla, colocó las manos sobre sus hombros y bajó lentamente las mangas de su vestido, que se deslizaron hasta los codos. Aili entonces rompió el beso.

Andrew dio un paso atrás para mirarla a los ojos. Estuvieron así varios segundos. Andrew diciéndole sin palabras que no se movería hasta que ella diera su permiso y ella intentando reunir el valor para seguir. Cuando Aili movió sus brazos para que el vestido terminara de deslizarse por sus brazos cayendo por su cintura y después hasta sus pies, quedando solo vestida con la camisola que llevaba bajo el mismo y que dejaba entrever las curvas de su cuerpo, Andrew tragó saliva. Cogió la mano de Aili y la llevó hasta el broche

que sostenía su *feileadh mor*. Sintió sus dedos temblar bajo los de él cuando lo quitó y la parte de su hombro quedó desprovista de los colores del clan McAlister. Después, antes de que Andrew la guiara de nuevo, Aili posó sus manos sobre su camisa, sacando la parte inferior de su confinamiento. Andrew la miró y alzó una ceja, lo que hizo que Aili casi esbozara una pequeña sonrisa. Se armó de valor y tiró de la camisa hacia arriba ayudando a Andrew a quitársela, arrojando la misma después al suelo, junto a su vestido.

Aili se quedó parada un instante. El pecho de Andrew parecía esculpido en piedra. Ya lo había visto sin parte de la camisa cuando su prima Flora le curó la herida, pero ahora lo podía observar al completo. Salvo por el vendaje de su hombro, que no permitía ver esa porción de piel, sus músculos estaban tan definidos que sin pensar pasó sus dedos por su estómago para comprobar que esos pequeños cuadrados que marcaban su piel no eran producto de la luz. Sintió contraerse esos músculos bajo su contacto y a Andrew sisear por lo bajo, como si el hecho de que ella le hubiese rozado le afectase en exceso. Le miró a los ojos y vio la mirada de Andrew oscurecerse, cargada de promesas que ella no sabía entender; sin embargo, también vio en ellos determinación y en todo momento su lucha por la contención fruto del cumplimiento de la promesa que le hiciese. Eso la tranquilizó lo suficiente como para mirarlo, diciéndole sin articular sonido alguno las palabras que dictaba su corazón. «Confío en ti». Y para demostrárselo, tomó su mano entre las suyas y la guió hasta ella, hasta su mejilla. Le estaba dando permiso para que diera el siguiente paso.

Andrew pensó que si sobrevivía a ese día sería un milagro. Aili no sabía lo que estaba haciendo pero sus actos, producto de su curiosidad, fruto de la inexperiencia, de su inocencia, le estaban matando. Era lo más erótico y enloquecedor que había visto en toda su vida. Solo cuando miraba a sus ojos y veía en ellos el eco del pánico y el miedo que estaba dominando a fuerza de voluntad, era cuando volvía a ser consciente de que su contención, su autodomínio, su delicadeza a la hora de tocarla, de tratarla, eran cruciales para que aquello saliese bien y Aili pudiese pasar por ese trance sin que incrementara aún más el trauma que ya sufría.

En ese momento no solo el deseo le dominó. El deseo de protección, la ternura, y la admiración por aquella mujer, su esposa, se abrieron paso dentro de él completando unos sentimientos difíciles de contener.

Andrew bajó su mano y la llevó al hombro donde el borde de la camisola

descansaba delicadamente sobre su piel. La miró y no apartó la vista de sus ojos. Cualquier atisbo de cambio en aquellas profundidades azules como el mar embravecido y pararía. Lentamente, retiró la fina tela de su hombro. Se dio cuenta cuando Aili entendió lo que iba a hacer porque vio un pequeño titubeo en su mirada. La sintió temblar ligeramente antes de coger con su mano la de él y describir el movimiento necesario para que la prenda cayera a sus pies junto al vestido.

Andrew tragó saliva. Esta vez casi de forma dolorosa. El cuerpo de Aili era precioso. Unos pechos plenos, con unos pezones pequeños y sonrosados se erguían hacia arriba coronando una exquisitez que estaba ansioso por saborear. Una cintura estrecha y una cadera ligeramente redondeada que daba paso a su femineidad y a unas piernas esbeltas y largas con las que a Andrew le gustaría rodearse mientras se hundía profundamente en ella. Esos pensamientos no favorecieron en medida alguna el mantener su autocontrol, que ya gritaba por que le dejaran liberarse de los grilletes con los que se mantenía cautivo.

—Eres preciosa, Aili —le dijo mirándola a los ojos.

La veía nerviosa, el rubor había teñido sus mejillas y el leve temblor de antes se había convertido en uno difícil de disimular. En sus ojos pudo ver un atisbo de miedo que se iba adueñando de ellos a pasos agigantados.

—Eres una mujer muy valiente, Aili. No tenemos por qué llegar más allá. Has forzado demasiado y no tienes por qué, jamás te sientas obligada a nada y menos conmigo — dijo Andrew agachándose para coger la camisola de Aili a fin de cubrir nuevamente su cuerpo. Pero no pudo, Aili se interpuso, y le paró, uniendo su cuerpo al suyo y abrazándole por la cintura. Andrew reprimió un gemido cuando sintió sus pechos sobre su piel y todo su cuerpo encajado al suyo.

—No —dijo Aili y Andrew pudo escuchar cómo se le quebraba la voz al final—. Confío en ti. Por favor —le dijo con el sonido del llanto contenido.

Andrew la abrazó a su vez, y así la sostuvo durante unos minutos hasta que escuchó cómo los pequeños sollozos remitían y Aili volvía a calmarse en sus brazos.

—Está bien —dijo Andrew separando a Aili ligeramente de él, lo suficiente para que pudiera verle el rostro—. Si tú confías en mí, entonces yo confiaré en ti. En que me dirás exactamente qué sientes en cada momento, que me dirás que pare cuando no puedas o no quieras seguir, que no harás jamás

nada que no quieras hacer, jamás. Y menos entre mis brazos. Prométemelo, porque habrá un momento en el que el deseo se adueñe de la situación y tendrás que decírmelo.

Aili asintió y Andrew no necesitó más. Se quitó su *feileadh mor* y, desnudos completamente los dos, la cogió en brazos y la depositó con delicadeza encima de la cama, donde las sábanas blancas les dieron la bienvenida. Andrew se tumbó a su lado y sin dejar que Aili pudiese pensar, la besó con un beso abiertamente carnal. Ese beso, que hizo estremecer a ambos, eclipsó cualquier pensamiento, cualquier dolor que pudiese interponerse en ese instante. Los pequeños gemidos que surgían de la garganta de Aili hicieron que Andrew bajase lentamente una de sus manos por su brazo, tocara sus costillas y subiera lentamente hasta alcanzar un pezón. Aili dio un pequeño respingo pero Andrew siguió tocándolo suavemente, cogiéndolo entre dos dedos y acariciándolo hasta que lo tuvo erguido. Entonces interrumpió el beso, bajó su boca hasta ese pezón y lo capturó entre sus dientes, succionando lentamente, rozando con su lengua la cúspide y deleitándose con su sabor y su dureza. Aili se arqueó levemente haciendo que Andrew se metiera el pezón entero en la boca, chupándolo hasta que escuchó el pequeño grito de placer de los labios de ella. Luego se dirigió al otro, otorgándole el mismo tratamiento. Mientras lo lamía, bajó una mano por el vientre de Aili hasta que sus yemas tocaron el vello que adornaba el centro de su femineidad. Con cuidado deslizó los dedos hacia abajo, introduciéndose entre sus pliegues hasta que encontró el pequeño botón de carne que lo volvía loco. Lo tocó con cuidado, lentamente, para que Aili se acostumbrara. Se había tensado un poco entre sus brazos y aunque Andrew estaba enajenado por el deseo, todavía era consciente de las señales que mandaba el cuerpo de la joven. Cuando esta separó levemente las piernas, Andrew empezó a crear magia con sus dedos. La tocó con maestría y cuando la sintió húmeda, deslizó un dedo en su interior. Estaba extremadamente estrecha. Aili gimió y Andrew aumentó su presión, introduciendo esta vez dos dedos. Cuando sintió que la respiración de Aili se hacía más trabajosa, dejó su pezón y la besó muy despacio, sin dejar de tocarla íntimamente. Bajó después su boca, dejando un rastro de pequeños besos por todo su cuerpo hasta llegar a su cintura, después retiró los dedos de su interior y la besó, primero en su monte de Venus y después en el mismo centro de su femineidad, introduciendo lentamente su lengua en su interior. Aili lanzó un pequeño grito y levantó la cabeza, tirando del pelo a Andrew.

Este levantó la cabeza y la miró a los ojos, unos ojos velados por la pasión.

—Confía en mí —le dijo Andrew con la voz entrecortada—. ¿Quieres que pare? —le preguntó cuándo Aili no articuló palabra alguna. Pareció dudar pero al final negó con la cabeza, soltándole, y agarrándose a las sábanas, las cuales apretó entre sus manos. Andrew bajó la cabeza y lamió sus pliegues antes de introducir su lengua en su interior. Las manos de Aili se aferraron aún más a las sábanas mientras Andrew parecía estar deleitándose con un delicioso manjar. Chupó, lamió y penetró con su boca y su lengua cada centímetro de su sexo hasta que Aili se arqueó, jadeando como si le faltase el aire. Andrew cogió las piernas de Aili para que no se moviese y para tener mejor acceso a ella y aceleró las embestidas de su boca, hasta que la sintió tensarse y lanzar un grito de agonía. En ese momento abandonó su sexo, siguió con sus dedos, y la abrazó mientras los vestigios del orgasmo se iban atenuando poco a poco. Quería ver su cara, su expresión, mientras temblaba todavía por la pasión.

Andrew vio la incertidumbre, la incredulidad en los ojos de Aili cuando le miró.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó temblorosa.

—Una promesa —dijo Andrew con esa sonrisa canalla que tanto le empezaba a gustar—. Te prometo que siempre obtendrás eso entre mis brazos. ¿Quieres que pare? —le preguntó por última vez Andrew.

—No, no quiero que pares —contestó Aili con voz temblorosa.

Tras su respuesta, se colocó con cuidado sobre ella, entre sus piernas, y la besó. Besos lentos y tiernos, besos que después fueron incrementando la pasión hasta que la danza de sus lenguas volvió a arrancar gemidos y gruñidos de ambos.

Andrew posicionó su sexo en la entrada de Aili y lentamente se introdujo en ella. Cuando iba por la mitad la sintió tensarse.

—No deberías estar tan estrecha pero creo que es mejor que lo haga rápido. Puede que te duela un poco.

Andrew odiaba hacerla daño, pero si seguía así, sería una tortura para ella y para él, que a duras penas podía dominarse. De una sola embestida, la penetró totalmente y entonces Aili gimió de dolor y Andrew se tensó en sus brazos con una maldición en sus labios y la incredulidad resonando con fuerza en su interior.

Aili era virgen. O por lo menos lo había sido hasta ese instante.

Andrew se tragó su desconcierto y besó a Aili en las mejillas, donde unas lágrimas habían acabado su recorrido.

Volviendo a maldecir, la miró a los ojos.

—Tranquila, ya no habrá más dolor, lo juro —dijo Andrew con intensidad, antes de salirse casi plenamente de ella, para después volver a embestir en su interior con cuidado, una y otra vez.

Aili sintió que el dolor comenzaba a convertirse en placer, y quería, necesitaba moverse. Las sensaciones que se arremolinaban nuevamente en su vientre así se lo exigían, así que empezó a hacerlo al compás de las embestidas de Andrew, y acabando con la poca cordura del McAlister.

—Envuélveme con tus piernas —le dijo él, más como un ruego que como una petición.

Aili así lo hizo. El ángulo cambió y las penetraciones arrancaron pequeños gritos de los labios de la joven, que aferrándose a él sintió como todo su cuerpo se tensaba y se fracturaba de nuevo en mil pedazos. Se arqueó mientras una fuerza devastadora la recorría entera haciéndola gritar el nombre de Andrew.

Andrew embistió una, dos, tres veces más, y con un ronco gruñido se vació dentro de ella, cayendo totalmente exhausto entre sus brazos después de experimentar el orgasmo más devastador de toda su vida.

CAPÍTULO XII

Andrew tenía a Aili estrechada contra su pecho mientras intentaba conciliar lo que había descubierto con la historia que le había contado. Dejando aparte sus pensamientos, se levantó bajo la mirada interrogante de Aili. Andrew juraría que también vio en ellos sensación de pérdida cuando deshizo el abrazo y la dejó en la cama. Se acercó a la pequeña mesa que había bajo la ventana y cogió un paño limpio, mojando parte de él en agua. Volvió a la cama y apartó suavemente las sábanas que ocultaban las piernas de Aili. Cuando ella comprendió las intenciones de McAlister ya no podía detenerle. Andrew estaba limpiando los restos de su encuentro de la piel de Aili con suma delicadeza. Al instante, la cara de Aili cambió de color. Ella no esperaba ver restos de sangre entre sus muslos y en las sábanas.

Buscó los ojos de Andrew en busca de respuestas. Estaba completamente perdida.

—Andrew, yo pensaba... pensaba que solo había sangre la primera vez. ¿Por qué hay tanta sangre?

Andrew comprendió que Aili estaba desorientada en ese instante. Le miraba de forma desesperada por comprender algo de lo que estaba ocurriendo.

—Hasta esta noche eras virgen. Esta ha sido tu primera vez.

Aili negó con la cabeza y miró a Andrew con recelo y una chispa de furia en los ojos.

—No, no lo es. Ya te conté lo que pasó. Cuando desperté tenía sangre y McNail me dijo, él me dijo...

El McAlister apretó los dientes, maldiciendo por lo bajo.

—Ese bastardo te mintió —dijo cogiendo la mano de Aili entre las suyas.

Ella le soltó con determinación mientras seguía negando con la cabeza.

—No, no... ¿Por qué haría eso? Eso significaría que todo por lo que he estado pasando..., que... Dios mío. —Contrajo el gesto y rompió a llorar—. ¿Entonces no lo hizo? —preguntó con la voz tan cargada de esperanza que a Andrew no pudo mantenerse alejado de ella sin tocarla. Puso una de sus

manos en la mejilla de Aili, borrando con su pulgar algunas de las lágrimas que libremente danzaban por su piel creando un sendero húmedo.

—No, Aili, no lo hizo —dijo Andrew intentando que ella tomara conciencia de la verdad.

La joven se lanzó hacia él, ocultando el rostro en su pecho y abrazándolo por la cintura. Andrew la abrazó a su vez, reconfortándola, calmándola con suaves besos esparcidos por su cabello y tocando su espalda con un relajante movimiento circular. Jamás pensó que el llanto de alguien pudiera afectarle tanto pero la única realidad era que escucharla llorar era peor que tener un hierro ardiente alojado en las entrañas. Dolía demasiado, sobre todo cuando quería borrar su sufrimiento y sabía que no podía hacerlo.

Aili empezaba a creer que lo que Andrew le había dicho era verdad. En realidad McNail no abusó de ella. Por primera vez en meses podía respirar, no de una manera superficial, lo suficiente para seguir viviendo, sino como un ser humano debe hacerlo, sintiendo entrar el aire de tal manera que su pecho se hinchara con cada inhalación, sin experimentar un dolor sordo en el mismo cada vez que lo intentaba. No sintió que tenía que evadirse de sus pensamientos, intentar bloquearlos para no volverse loca. La humillación, la vergüenza, pareció menguar aun cuando sabía que Andrew tenía razón al decirle que ella no tenía culpa de nada y que no debía dejar que esos sentimientos se adueñaran de su mente.

Al fin, cuando se hubo recuperado un poco, Aili se separó de Andrew lo suficiente para mirarle.

—No lo entiendo, Andrew. No puedo expresar lo que significa para mí saber que él no acabó con... con, ya sabes, pero quiero entender entonces por qué toda esa farsa. ¿Por qué mentirme?

Andrew había estado pensando en ello los últimos minutos.

—No creo que fuera su intención no acabarlo. Sinceramente, pienso que algo se lo impidió.

La expresión de Aili, sus ojos interrogantes, hicieron que Andrew se explicara mejor.

—Puede que al quedar tú inconsciente no quisiera concluirlo. Que lo que le excitara fuese ver el miedo en tus ojos. Desgraciadamente, hay hombres así.

La cara de repulsión de Aili dejó claro que no podía entender que algo así existiese.

—También hay hombres que al estar ebrios no pueden llevar al cabo el

acto, o puede que algo le interrumpiese. Fuese como fuese, él quería obligarte y por ello puso esa sangre en tus muslos y jugó con tu inocencia en estas lides, para tenerte controlada y que hicieses lo que él quería. Te desea y quiere tenerte a cualquier precio.

Aili se permitió una pequeña esperanza después de que empezara asumir todo lo que Andrew le había dicho, sin embargo ese breve esbozo de alegría se apagó de repente.

Andrew vio la angustia en el rostro de Aili antes de que esta le mirara a los ojos con arrepentimiento.

—Andrew, lo... lo siento. No lo sabía, no sabía que... sino yo no... jamás te hubiese permitido... he arruinado tu vida —dijo volviendo a temblar.

Andrew la miró, tensando cada músculo de su cuerpo.

—Aili, el hecho de que él no abusara de ti no cambiaba tu situación. Era su palabra contra la tuya y sabía que en tu inocencia no dudarías de lo que había pasado, por eso dejó las pruebas en tu cuerpo, para que no te lo plantearas. Él iba a obligarte hasta el final. Incluso se aseguró de tener un testigo.

Aili sabía que Andrew tenía razón pero seguía sintiéndose mal.

—Creo que dejé claro que nada ni nadie me podía obligar a hacer algo que no quisiera y que este matrimonio no solo te beneficiaba a ti, sino también a mí. Yo no me arrepiento de nada. ¿Tú sí?—le preguntó Andrew, que temía que ahora que ella sabía que McNaill no había llevado a cabo su maldad, se estuviera planteando su unión.

Aili le puso una mano en el pecho a la vez que hablaba con total convencimiento.

—No, jamás me arrepentiría de casarme contigo.

—¿Y te arrepientes de lo que ha pasado entre estas sábanas? —preguntó Andrew cogiendo su mano y apretándola aún más contra su pecho.

Aili sintió la dureza de sus músculos debajo de la palma de su mano, y vio la intensidad de la mirada de McAlister.

Había tenido mucho miedo al principio, pero era cierto cuando le dijo que confiaba en él. Esa había sido la única razón por la que lo había intentado, por la que se había puesto en sus manos con fe ciega en que él sabría cómo hacer que aquello fuera soportable. Sin embargo nada la había preparado para lo que sintió entre sus brazos. Jamás pudo imaginar que lo que ocurriría entre ellos en el lecho pudiese ser tan extraordinario. Andrew había sido tan

delicado, tan maravilloso en cada momento... La había hecho sentir protegida, segura, amada, deseada, respetada, adorada y todo ello sin apenas conocerla, sin amarla de verdad. ¿Cómo iba a arrepentirse de algo que la había hecho olvidar, soñar, perderse en un placer que jamás pensó que podría experimentar?

Un rubor intenso coloreó las mejillas de Aili y Andrew soltó el aire que había estado conteniendo sin saberlo.

—No, no me arrepiento —dijo ella al fin sin mirarle a los ojos. No podía. Se moría de vergüenza por la conversación que estaban manteniendo.

—Aili, mírame. —Andrew esperó a que ella levantara la vista hasta sus ojos, tímidamente, antes de seguir—: No debes sentir vergüenza por nada, no quiero que seas tímida conmigo en este terreno, quiero que me digas lo que quieras. Es importante para mí saber que gozas de este aspecto de nuestro matrimonio.

—¿Vas a querer hacer esto conmigo a menudo? —preguntó Aili con asombro.

Andrew soltó una carcajada.

—Sí, Aili, voy a querer hacerlo, y mucho.

Ella volvió a ruborizarse nuevamente.

—¿Te importaría? —preguntó Andrew ahora más serio.

—No, es solo que... Yo pensé...

—¿Qué pensaste? ¿Que este matrimonio iba a ser solo de nombre? No es eso lo que hablamos y lo siento si me expresé mal.

—No, no, Andrew, creo que la que se ha expresado mal he sido yo. Creía que no querías estar conmigo de forma habitual.

—¿Por qué? —preguntó Andrew, que no alcanzaba a comprender por qué Aili pensaba así.

—Por que creía que McNaiill había abusado de mí y eso me ha dejado rota. No soy la misma desde que eso pasó. Tengo pesadillas, apenas puedo mirarme al espejo porque no quiero recordar nada de lo que ocurrió aquella noche, y eso me ha segado todo sentimiento alegre, reemplazándolo por algo oscuro y aterrador. Siento miedo, odio, quiero que McNaiill sufra y yo no soy así, y sin embargo no puedo evitarlo. ¿Qué puedo ofrecerte? Te mereces a alguien... mejor.

Aili vio una furia ciega cruzar los ojos de Andrew. Le vio apretar la mandíbula antes de hablar.

—Creo que voy a tener que repetir esto muchas veces, pero lo haré hasta la saciedad si es necesario, hasta que entiendas que me he casado contigo porque quería y que no me arrepiento de eso ni de nada de lo que ha ocurrido entre nosotros. Que estoy orgulloso de la esposa que tengo y que lo único que me molesta es no poder decirle a todos que eres mi mujer porque me gustaría que supieran la suerte que tengo. Admiro tu fortaleza, tu entrega y la capacidad que tienes de sacrificararte por los que amas. Y esa alegría volverá a ti, te lo prometo. Yo la he visto estos días aunque tú no te des cuenta. Velaré tus sueños y esas pesadillas acabarán por desaparecer. ¿Y tú me preguntas qué tienes que ofrecerme? ¿Te parece poco? No hice mis votos en balde, Aili. No podría haberme casado con nadie mejor. Jamás vuelvas a decir algo parecido.

Una sonrisa se extendió por los labios de Aili a la vez que algo cálido se instalaba en su mirada antes de volver a ruborizarse.

—Entonces me parece bien lo de... «de forma habitual».

Andrew arqueó una ceja mientras su mirada llena de promesas se centraba en el rostro de Aili.

El rubor de Aili se intensificó más.

—No me mires así... —dijo Aili mientras le daba un pequeño empujón en el pecho.

Andrew soltó una carcajada a la vez que un pequeño gruñido de dolor salía de su garganta.

—Lo siento, lo siento —dijo Aili mirando el vendaje—. ¿Te duele mucho?

Andrew negó con la cabeza aunque la verdad era que dolía como mil demonios. La fiebre le estaba subiendo, lo sentía, y el brazo estaba algo entumecido.

—Creo que deberíamos vestirnos y bajar a desayunar con Duncan y el resto antes de partir, de lo contrario McPherson es capaz de venir en persona.

Andrew se levantó para coger su ropa cuando un mareo le hizo detenerse en seco en mitad de la habitación. Cerró los ojos y aguantó unos segundos hasta que este remitió. Debían irse pronto si quería llegar a casa antes de que la fiebre lo dejara incapaz de dar un paso.

CAPÍTULO XIII

A media tarde ya estaban en tierras de los McAlister. Esa mañana habían desayunado con Duncan y después de una breve despedida salieron de tierras McPherson escoltados por cuatro hombres del clan. Duncan le había mirado preocupado antes de que partieran. No se le habían escapado las oscuras ojeras bajo los ojos de Andrew, su sudor frío y su rostro tenso por un dolor cada vez más agudo. Le había pedido que se quedara más tiempo allí, por lo menos hasta que se encontrase mejor, pero Andrew había sido inflexible en ello. Con su eterna sonrisa le dijo que estaba bien y que debía volver cuanto antes a casa. Duncan tuvo que aceptar su palabra, aunque no estaba nada convencido.

Apenas quedaban un par de horas de luz solar pero después de despedirse de los hombres McPherson, ya en tierras McAlister, Andrew sabía que llegarían antes del anochecer, eso si no se avergonzaba a sí mismo desmayándose antes de llegar. Sabía que estaba al borde de sus fuerzas pero no podía detenerse ahora. Aili tenía el gesto también cansado y las leves arruguitas que cruzaban su entrecejo le decían a Andrew que algo la preocupaba.

Justo antes de que el sol desapareciera por el horizonte llegaron al castillo. Dejaron las monturas que Aiden y el resto de los hombres no tardaron en llevar a los establos y se dirigieron al interior.

Cuando entraron al salón, un chillido cruzó la estancia. Al escucharlo, supo que Meg había visto a su hermana; era imposible no darse cuenta, sobre todo porque después de eso salió corriendo y se lanzó a los brazos de Aili.

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? No puedo creérmelo —dijo Meg contemplando a su hermana como si estuviese viendo algún tipo de espejismo.

Meg era la hermana menor de los McGregor. No se parecía en nada físicamente a sus hermanos. Con los ojos color ámbar y el cabello cobrizo y rizado, era la rebelde de los tres. Con su genio y viveza parecía que podía con todo. Sus pecas diseminadas a lo largo de sus mejillas le daban un aspecto encantador y travieso.

Evan McAlister sonrió al ver la alegría de su esposa en sus ojos, en su rostro. Sabía que había acertado al pedir a su hermano que fuese a por Aili. El hecho de que Meg estuviese en ese momento más alegre y dinámica que en las últimas semanas merecía la pena. Haría lo que fuese por Meg.

—Pedí a Andrew que diera un pequeño rodeo y le preguntara a Aili si quería venir a pasar un tiempo con nosotros. Pensé que te gustaría la sorpresa.

Meg miró a Evan y en sus ojos se podía ver todo el amor que profesaba a su esposo y que en ese momento rebosaba a raudales.

Aili no pudo contener una sonrisa. Ver a su hermana tan feliz la hacía feliz a ella como nada podía hacerlo. Meg y Logan, aparte de su padre, eran lo más importante en su vida. Sus hermanos lo eran todo.

Meg volvió a mirar a Aili y la abrazó de nuevo como si no creyese que de verdad estaba allí.

—Estas preciosa —le dijo Aili quitando con una mano los rizos rebeldes que se habían escapado del peinado de su hermana—. ¿Cómo te encuentras? ¿Mi sobrino o sobrina te está dando ya mucha guerra? —preguntó guiñando un ojo a su hermana y mirando su tripa todavía plana.

—He tenido algunas molestias. Nada importante. Pero ahora que estas aquí... te he echado de menos —dijo Meg un poco emocionada.

—Yo también —respondió Aili sintiendo un nudo en la garganta.

Meg tenía una excusa para estar tan emotiva, pero ella... si seguía así todo el mundo empezaría a hacer preguntas, la primera Meg, y ella había ido allí para ayudarla, no para crearle ningún tipo de inquietud.

—Evan, muchas gracias por invitarme —dijo Aili dirigiéndose esta vez al jefe del clan McAlister.

Evan la miró a ella y alzó una ceja con el mensaje implícito de que las gracias se las daba él por estar allí y hacer esto por Meg.

—Os esperábamos hace un par de días. Empezaba a inquietarme —añadió el jefe dirigiendo su mirada hacia el extremo del salón, donde Andrew terminaba de hablar con su primo Connor. Este último se despidió de todos con un gesto de cabeza y salió del salón.

Evan cambió su expresión alegre y distendida cuando vio el rostro de su hermano, que se dirigía hacia ellos. La inquietud y la preocupación se instalaron en sus facciones.

—Nos quedamos una noche con Flora y Gordon y otra noche con Duncan. Ese testarudo prácticamente nos obligó a quedarnos, si no hubiera sido así

hubiésemos llegado ayer —dijo Andrew acercándose a Evan. Evitó mirarle directamente. Sabía que su aspecto no debía de ser el mejor, y a su hermano difícilmente se le escapaba algo—. Voy a subir a refrescarme un poco. Luego os veo —se excusó intentando aguantar un poco más para no caerse redondo allí mismo. Solo esperaba llegar a su habitación y tirarse en la cama. Con un poco de suerte y descanso, por la mañana sería capaz de pensar con claridad. En ese momento con la fiebre capando a sus anchas por su cuerpo, difícilmente podía ser muy coherente. Antes de salir, guiñó un ojo a Meg y le dijo con complicidad—: Me debes una muy grande.

Su cuñada le miró con cariño y agradecimiento. Sentimientos que se tornaron en preocupación cuando se percató del aspecto de Andrew. Fue a darle un beso pero Andrew se dio media vuelta para salir a toda prisa del salón. Si Aili le tocaba se desataría el caos y solo quería llegar a su habitación y que le dejaran morir en paz.

Antes de darse media vuelta había visto la mirada de Aili. Angustiada. ¿Por él? Maldita sea, él no quería que ella se preocupase o sufriese por él. Ya puestos, no quería que nadie sufriera por él. Por eso quería llegar con dignidad a algún sitio donde pudiese descansar y recuperarse sin que los demás tuviesen que estar pendientes de su estado.

No lo consiguió.

No había dado ni tres pasos cuando Evan lo cogió por el brazo y detuvo su marcha. Había estado tan cerca de conseguirlo, pensó cuando levantó la vista y vio a su hermano borroso. Y supo, antes de que la oscuridad se cerniera sobre él, que no iba a poder evitar derrumbarse allí mismo.

Evan sujetó a su hermano antes de que este se desmayara y cayera al suelo. Su preocupación por este hecho se volvió alarma cuando al cogerlo sintió que Andrew estaba ardiendo.

Malcolm, uno de sus hombres de confianza que entró en ese momento en el salón y se percató de la situación, le ayudó enseguida a sostenerlo mientras Evan miraba a Aili, que era la única de los que estaban presentes que había estado con él los últimos días.

Antes de que pudiese preguntar, Aili y Meg estaban junto a él.

—Es el hombro, Evan. Le hirieron hace dos días. Flora le curó pero es una herida considerable. Flora dijo que no sabía cómo podía sostenerse en pie. Pero Andrew no se quejó y ha estado comportándose como si solo tuviese un

rasguño. No ha parado en estos dos días, apenas si ha descansado.

Evan endureció sus facciones. Cogió a Andrew al hombro con ayuda de Malcolm y luego se dirigió a él con voz extremadamente seria.

—Trae a Kate enseguida —dijo a Malcolm con urgencia.

Kate era la curandera del clan y amiga de Evan y Meg. De hecho, Meg la había ayudado en muchas ocasiones desde que llegara al clan.

Evan cargó a su hermano hasta la habitación de este y, con cuidado, lo tumbó en la cama. Aili y Meg lo siguieron, pidiendo a Helen que llevase paños limpios y agua a la habitación.

Helen, la mujer que más tiempo llevaba en aquel castillo cuidando de los hermanos McAlister, no perdió el tiempo.

Evan le quitó a su hermano la camisa y el vendaje que llevaba al hombro y un fiero gruñido procedente de su garganta rasgó el silencio.

—¿Cómo demonios se ha hecho algo así? —dijo Evan mirando a Aili. La herida se veía hinchada y roja. Un corte horizontal, de gran tamaño, con la piel en carne viva debido a la quemadura que le habían infligido en la zona para cortar la hemorragia.

Aili miró a Evan y a Meg, compungida, antes de contestar.

—Unos mercenarios nos atacaron hace un par de días, justo después de dejar las tierras de mi padre. Uno de ellos me sorprendió cuando estaba alejada del resto de los hombres. Habíamos parado para que yo pudiese tener algo de intimidad, ya sabes. Llevábamos muchas horas cabalgando. Solo recuerdo que alguien me cogió por detrás y me tapó la boca. Andrew me había seguido y se había quedado lo suficientemente cerca por si lo necesitaba. Debió de percatarse que algo ocurría porque fue él quien me salvó. No recuerdo eso porque el hombre que me tenía retenida me dio un golpe y perdí el conocimiento. Solo recuerdo despertar y encontrarme con Andrew mirándome. Ya no estaban los mercenarios. Por lo que me contaron después, eran cuatro; Andrew luchó contra ellos hasta que Aiden y Connor llegaron a donde nos encontrábamos. Uno de ellos fue el que hirió a Andrew. Sé que Andrew mató a uno, pero los demás consiguieron huir.

Aili vio la cara de angustia de su hermana.

—Estoy bien, Meg. No me hicieron nada —le dijo intentando tranquilizarla.

Evan observaba a Aili con suspicacia. Algo no le cuadraba en la explicación que le había dado. ¿Unos mercenarios? ¿Por qué iban a atacarles?

Andrew era uno de sus mejores guerreros, letal con la espada. Cuatro contra uno. Su hermano había salvado esa desventaja en muchas ocasiones sin ningún rasguño. ¿Qué había pasado?

Helen llegó con los paños y el agua.

Aili los cogió y ella misma se acercó a Andrew para limpiar la zona. Nadie discutió que lo hiciese ella. Era raro que Meg no le hubiese dicho nada pero una mirada a su hermana, que tragaba saliva con dificultad, le dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba teniendo molestias nuevamente y ver la herida de Andrew no ayudaba a mitigarlas.

El joven guerrero estaba ardiendo, y seguía inconsciente. Aili intentó ser todo lo delicada que pudo al limpiar la herida, pero eso no impidió que al rozar la misma con el paño húmedo, un gruñido saliera de sus labios.

Ya había prácticamente acabado cuando unas voces en el pasillo anunciaron la llegada de alguien. Era Kate, que entró en la habitación llevando su bolsa con las hierbas y otros remedios que ella misma preparaba.

Aili la había conocido la única vez que había estado en aquellas tierras, cuando su hermana Meg resultó herida y Kate la cuidó. Le caía bien aquella mujer. Tenía un carácter vivo y era tremendamente vital. Su hijo pequeño era un cielo y Aili la admiraba. Quedarse viuda con un bebe y seguir adelante no tenía que haber sido fácil.

Aili se retiró cuando Kate se acercó. La vio observar la herida y luego la miró. Aili entendió sin palabras.

—Una herida de espada. Sangraba muchísimo y la hemorragia no terminaba de cortarse. Cuando llegamos a casa de Flora, su prima limpió la herida y tuvo que quemarla para que dejara de sangrar. Después le puso un emplasto con hierbas y lo vendó. Le dijo que tenía que descansar, pero no ha parado desde que le hirieron, apenas ha descansado. Decía que se encontraba bien. El vendaje creo que se lo cambió una vez, y la fiebre apareció a las pocas horas; sin embargo, desde ayer la ha tenido más alta.

Kate asintió sin decir ni una palabra. Tocó a Andrew y después observó la herida. Concentrada en su trabajo, cogió la bolsa y sacó varias bolsitas con hierbas dentro.

—Déjame ayudarte —dijo Meg, que aparentemente parecía haberse recuperado de sus molestias.

Kate asintió, le pasó a Meg las bolsitas y le dio instrucciones que Meg llevó a cabo con premura. Después de que prepararan un brebaje y un

emplasto de hierbas, vendaron la herida de Andrew con la segunda e intentaron que se bebiera el primero. Eso fue más difícil dada la inconsciencia del mismo.

Cuando Kate acabó, miró a Evan de forma elocuente y, recogiendo sus cosas, salió de la habitación.

Aili deseaba saber qué era lo que Kate le iba decir a Evan pero dado que su hermana parecía haber pedido de nuevo el color, y teniendo en cuenta sus deseos de estar un rato a solas con Andrew, se dirigió a Meg con paso firme.

—Hermana, ¿por qué no sales un rato? Sé que estás sintiendo arcadas en este momento. El color mortecino de tu cara es muy revelador —le dijo intentando esbozar una sonrisa—. No pasa nada, yo me quedo con él. Es lo menos que puedo hacer. Me salvó la vida y ha cuidado de mí todo el tiempo.

Meg miró a su hermana y después a Andrew. Asintió y tras darle un beso en la mejilla, salió de la habitación.

Aili se acercó a la cama en la que estaba tumbado Andrew y se sentó en la silla que había a la cabecera de la misma, no sin antes llevarse consigo una palangana con agua fresca. Cogió uno de los paños limpios que quedaban de entre los que había subido Helen y lo mojó en el agua para después refrescar la frente de Andrew que, ante su contacto, pareció soltar un pequeño quejido.

Miró hacia la puerta que estaba cerrada tras la marcha de Meg. Sabía que en cualquier momento Evan entraría de nuevo, sin embargo aquello no le impidió hacer lo que deseaba desde que entró en aquella habitación. Tocó los mechones húmedos de cabello de Andrew y los apartó de su cara con ternura y algo más, algo que hizo que su estómago se contrajera por la preocupación. Era el hombre más generoso, noble, increíblemente atractivo, delicado, enigmático, inteligente, fuerte y seductor que había conocido jamás. Y era su marido. Rozó su mejilla con la mano y sintió el calor de su piel enfebrecida temblar bajo su contacto. No se dio cuenta de la humedad que impregnaba su mejilla hasta que algo cayó en su pecho. Una gota de agua, una lágrima. Tocó su propio rostro con confusión.

—No te atrevas a dejarme viuda, Andrew McAlister, o te perseguiré por toda la eternidad —le dijo Aili a Andrew mientras cogía una de sus manos entre las suyas—. Hiciste una promesa, ¿recuerdas? Y sé que eres un hombre que cumple sus promesas así que, una vez más, confío en ti. No me defraudes y vuelve conmigo —dijo Aili con voz entrecortada mientras depositada un suave beso en la mano de Andrew.

CAPÍTULO XIV

Evan salió de la habitación tras Kate. Sabía que la herida de Andrew no era ninguna tontería y verlo así, postrado en aquella cama, ardiendo de fiebre, lo estaba matando por dentro. Ya había pasado antes por ello. Ver a un hermano en una cama, delirando durante días, apagándose, contemplar cómo la vida le abandonaba sin que él pudiese hacer nada.

—Kate —le dijo deteniéndose en mitad del pasillo mientras esta le miraba con el gesto serio.

—Andrew es fuerte y joven. Está luchando contra el veneno que la herida le ha producido. Ahora depende de él.

Evan asintió mientras Kate terminaba de colocarse bien al hombro la bolsa que llevaba siempre consigo en sus curas.

—Vendré a verle más tarde. Lo conseguiré, Evan. Es Andrew.

Evan esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos cuando escuchó las palabras de Kate. Sí, sabía cómo era su hermano menor. Fuerte, testarudo, luchador, pero aun así nada le aseguraba que podría con aquello.

Estaba pensando en ello mientras veía a Kate marcharse por el pasillo cuando una mano en su brazo le hizo volver a la realidad.

Meg le miró y le abrazó sin necesidad de decir palabra alguna.

—Se pondrá bien, Evan. Es demasiado cabezota para lo contrario —dijo Meg convencida.

Evan miró a su esposa y dio gracias por tenerla a su lado. Daba gracias todos los días. Sabía que no la merecía pero ya no cuestionaba su suerte, simplemente disfrutaba de ser el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra.

—No puedo perder a otro hermano, Meg. No puedo. A él no —dijo Evan endureciendo la mandíbula al decir aquellas palabras.

Meg sufrió por dentro lo indecible cuando vio a Evan, al guerrero, al jefe del clan, a su marido y al hombre más fuerte que conocía desnudar su alma ante ella y confesarle que le daba miedo perder a Andrew.

—No lo harás. No le dejaremos —replicó Meg con tanta convicción que

Evan la atrajo hacia sus brazos enredando los dedos en su cabello. Inhaló el aroma a flores silvestres de su esposa y eso le tranquilizó. Siempre lo hacía. La apartó lo suficiente como para mirarla a los ojos.

—Y nadie se atrevería a llevar la contraria a Meg McAlister, ¿verdad? — comentó con una ceja alzada.

—¿Acaso lo dudas? —le preguntó Meg poniendo una mano en la mejilla de su marido, mirándole a los ojos y diciéndole de este modo, sin palabras, que estaría siempre a su lado, pasase lo que pasase.

Evan cubrió los escasos centímetros que les separaban y la besó. Fue un beso exigente, y visceral. Un beso abiertamente carnal, de pura necesidad que Meg devolvió con fervor.

Cuando se separó de Meg, la preocupación que le contraía las entrañas pareció diluirse un poco, lo necesario para coger a su esposa de la mano y volver a entrar en la habitación.

Dos días después, Andrew no presentaba ningún signo de fiebre y quería levantarse de una cama a la que seis pares de manos se afanaban por anclarle.

Andrew los miró a los tres y esbozando una sonrisa de medio lado no pudo contener el comentario que le quemaba entre los labios.

—¿Os han dicho alguna vez que podéis resultar tremendamente irritantes? Como un grano en el culo. —Disfrutó en silencio con la cara que pusieron Meg y Aili. Él era un dechado de buena educación pero en ese momento, después de horas de tratarlo como si fuese un bebé, su paciencia y cordura se estaban acercando al límite. Aquellas expresiones contrastaron con la ronca risa proveniente de su hermano.

—¡No estás recuperado del todo! —dijo Meg con las manos en jarras sobre sus caderas y expresión de querer estrangularlo.

—Y eso lo sabemos porque ... —dijo Andrew dejando la respuesta en el aire de forma irónica.

—Porque lo decimos nosotras —apoyó Aili, haciendo que seis pares de ojos sorprendidos se posasen en ella. Había sonado como una orden que no admitía objeción alguna.

Andrew amplió su sonrisa mientras alzaba una ceja sin dejar de mirar a Aili, cuyo rubor no tardó en colorear sus mejillas.

—Mi hermana tiene razón —insistió Meg no sin antes volver a mirar a su hermana, preguntando con la mirada qué le había pasado y a que venía tanto

ímpetu.

Evan, por su parte, tenía una sonrisa divertida en los labios. Meg, que ya le conocía bien, comprendió que estaba disfrutando con la escena y se mantendría al margen.

—¿Tu no tienes nada que decir? —le preguntó para hacerle reaccionar.

Evan no pudo evitar sonreír a su vez cuando vio a las dos hermanas con la misma postura, brazos en jarras y una expresión en los rostros que haría a cualquier guerrero menos experimentado perder la seguridad en sí mismo. Miró a su hermano y Andrew hizo un gesto con la cabeza que provocó que el jefe de los McAlister soltara una carcajada.

—Te entiendo, de verdad que sí, pero me has decepcionado profundamente —dijo Andrew mirando a Evan, que no podía dejar de reírse.

Meg señaló con un dedo a Andrew antes de hablar.

—Voy a bajar ahora a ver a Helen para que te traiga algo de comer. Aili se quedará contigo mientras, por si estas tentado de levantarte —dijo mientras se daba la vuelta y salía de la habitación, seguida por Evan, que le guiño un ojo a su hermano antes de ir tras su esposa.

En cuanto la puerta se cerró tras la pareja, Andrew cogió las sábanas y las apartó a fin de liberarse de su cautiverio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Aili, corriendo hacia la cama y tapándole nuevamente.

—Voy a levantarme —dijo Andrew mirando a Aili y después las manos que esta había puesto sobre su pecho a fin de que se recostara nuevamente hacia atrás.

Aili se dio cuenta de que le estaba tocando el torso desnudo, no solo por las sensaciones que su piel estaba produciendo en las palmas de sus manos si no por la mirada intensa y la sonrisa canalla que Andrew le estaba ofreciendo en ese preciso instante. Si pensaba que todo el rubor del mundo, que ya notaba en su rostro y en su pecho, iban a hacerla desistir de su empresa es que estaba muy equivocado. Después del miedo que había pasado esos días, de la angustia de saber que podía perderlo, no iba a dejar que empeorase por no cuidarse.

—De eso nada —dijo Aili mirándole a su vez con determinación.

Andrew sonrió aún más.

—¿Y cómo pretendes obligarme, esposa? —preguntó Andrew haciendo hincapié de forma sugerente en la última palabra.

—No de la forma en la que estás pensando —replicó ella guiñándole un ojo al acabar la frase.

Andrew sonrió abiertamente ante la respuesta.

Ella sostuvo el aire en sus pulmones cuando vio la mirada que su marido le dirigía. No quería hacerse ilusiones pero juraría que por unos instantes, uno segundos, había visto en los ojos de Andrew orgullo, ternura, deseo.

—No es justo que le quites a un hombre todas sus esperanzas —protestó él cuando Aili retiró las manos de su torso y se sentó en el borde de la cama.

—Yo no he dicho que no haya esperanza, solo que hoy está de viaje —dijo la muchacha alzando una ceja.

Andrew se llevó una mano al pecho en señal de que estaba profundamente dolido por la respuesta. Esta faceta de Aili no la conocía y lo estaba fascinando.

—Me has herido —dijo Andrew teatralmente.

—Pues es una pena, porque ahora a la recuperación de tu herida en el hombro vamos a tener que sumarle la de tu pecho y, claro, eso significa más días de convalecencia — dijo Aili resueltamente, sin un atisbo de compasión por Andrew.

—¿Y no podría hacer nada para que cambiaras de opinión? —insistió él, mirando sus labios y después sus ojos cuyo color azul como el mar embravecido lo volvían loco.

—No, nada. Imposible. Soy una McGregor. Inquebrantable hasta el fin. *S'rioghal mo dhream!* —dijo Aili repitiendo el lema de su familia y haciendo alusión a su conexión con la realeza celta.

—Puede, pero ya sabes cuál es el lema de los McAlister. «Fortiter», que, permíteme recordarte, significa «valientemente». Así que perdona si me arriesgo, pero es mi naturaleza. —Y sin más, se inclinó levemente hacia delante, posó una de sus manos en la mejilla de Aili y la atrajo hacia sí, sellando sus labios con los suyos y saboreando su boca, como un sediento que camina durante largas horas a fin de encontrar el agua que mitigue su ansia. El sabor de Aili era un afrodisíaco para los sentidos de Andrew que, con delicadeza pero con determinación, saqueó cada rincón de la boca de su esposa con verdadera dedicación. Su lengua se enredó con la de ella haciendo que la joven emitiera esos gemidos que tanto le excitaban y que acababan con todas sus intenciones de ser un buen chico. Aquella mujer destruía su determinación con la misma rapidez con la que incendiaba su deseo.

Un sonido al otro lado de la puerta hizo que Aili y Andrew rompieran el beso de forma abrupta y ella se levantara con premura de la cama.

Evan entró con una bandeja de comida, y se quedó parado al ver la expresión nerviosa y el rubor en el rostro de Aili.

Su hermano lo miraba como si quisiera asesinarlo, aunque intentaba disimular y aquello le hizo analizar la situación que estaba teniendo lugar ante sus ojos desde una perspectiva en la que no había pensado antes.

—Oh, Evan... ya que estás aquí voy a dejaros a solas un rato y voy a ver qué hace mi hermana —dijo Aili rápidamente, saliendo de la habitación y dejando a los dos hermanos totalmente solos.

CAPÍTULO XV

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Evan cuando vio a su hermano apartar las sábanas y bajar los pies de la cama.

—¿Tú qué crees? —respondió Andrew con una sonrisa y un deje irónico en sus palabras.— Os estáis pasando y ya no tiene gracia. No me voy a comer lo que me hayas traído aquí tumbado. Me han herido en el hombro, no en las piernas —dijo mientras se ponía en pie.

La habitación se tambaleó un poco y unos fuertes brazos lo sostuvieron hasta que el pequeño mareo remitió.

Evan maldijo por lo bajo, aunque entendía bien la necesidad de su hermano de no permanecer por más tiempo en la cama. Cuando vio que Andrew le miraba, asintiendo con la cabeza en señal de que ya estaba bien, le acompañó hasta la pequeña mesa que había cerca de la ventana y apartando la silla, le ayudó a sentarse en ella.

—¿Sopa? —preguntó Andrew alzando una ceja cuando vio el plato que tenía ante sí—. Tú no eres de mi misma sangre. —Evan sonrió abiertamente antes de sacar de debajo de un paño un plato con algunos trozos de carne y algo de queso y pan—. Quería decir que nunca he dudado en que fueras mi querido hermano —se corrigió acto seguido con una sonrisa pícaro en los labios.

El mayor de los McAlister se sentó en la otra silla que había en la estancia a fin de estar junto a Andrew mientras este comía.

Este no se dejó engañar, conocía demasiado bien a Evan como para saber qué vendría a continuación. Su hermano le miraba fijamente, a la expectativa. Cuando ya había terminado prácticamente de comer, decidió no alargar más el momento.

—Haz la primera pregunta —dijo.

Evan sonrió y le miró con genuino reconocimiento. Le agradaba que su hermano lo conociera tan bien.

—Esperaba que tú rompieras el hielo y me contaras lo que pasó en el viaje de vuelta, desde que recogiste a Aili en tierra de los McGregor hasta que

llegaste aquí con una herida en el hombro y medio muerto —dijo Evan endureciendo su tono en las últimas palabras.

Andrew soltó una risa y acto seguido le relató lo que había pasado, obviando la conversación con Aili y todo lo que tenía que ver con ella.

Evan lo escuchaba con atención. Su expresión apenas cambió durante toda la exposición.

—¿Y dices que registrasteis a aquel mercenario pero que no llevaba nada encima que pudiera orientaros sobre su origen o el porqué del ataque?

—Sí —dijo Andrew echándose un poco hacia atrás en la silla y cruzando los brazos sobre su pecho.

Los ojos de Evan se oscurecieron un poco al oír la respuesta.

—Los hombres me han dicho que intentaron coger a Aili. ¿Por qué querrían llevársela?

Andrew miró a su hermano antes de contestar.

—No lo sé. Pensamos que pudiera ser alguien que tuviera algo contra McGregor y quisieran hacerle daño a través de su hija, pero no podemos saberlo con seguridad.

Evan siguió con su expresión escrutadora cuando hizo la siguiente pregunta.

—Creo que eran cuatro con los que tuviste que luchar. ¿Tan buenos eran? Te he visto ejercitarte contra los mejores hombres en esa desventaja y no acabar con rasguño alguno. ¿Qué pasó?

Andrew sabía que Evan sospechaba que había algo más en toda aquella historia. Los supo con certeza cuando vio una chispa de furia cruzar sus ojos ante sus respuestas. Estaba siendo evasivo con él y las palabras de Duncan resonaron con más fuerza que nunca en su cabeza. «No tardes mucho en contárselo a Evan. Sé que se lo has prometido a Aili y sé que si tu hermano lo supiera se sentiría obligado a declarar la guerra a ese clan, pero para Evan sus hermanos son lo más importante. Se sentirá traicionado si piensa que no confiaste lo suficientemente en él».

Andrew inspiró lentamente el aire que dejó después escapar de entre sus labios mientras se inclinaba hacia delante de la silla, con los codos descansando sobre sus muslos. Estaba más cerca de su hermano y pudo ver cómo este seguía perforándole con la mirada en busca de una respuesta.

—¿Te acuerdas cuando tenía cuatro años y me encontrasteis escondido debajo de una mesa?

La expresión de Evan cambió. Se hizo más dura y el dolor de antaño pareció volver a sus facciones. Jamás podría olvidar el día en que dos guerreros McGregor, fanáticos del odio entre los clanes se colaron en sus tierras mientras la mayoría de los hombres estaban fuera y a traición, de la forma más vil, por la espalda y de sorpresa asesinaron a su tío pensando que era el padre de ellos y jefe del clan McAlister. Le cortaron el cuello y después masacraron su cuerpo hasta que los descubrieron y los mataron. Andrew había sido testigo de aquella barbarie sin que nadie se percatara de su presencia. Después de aquello se escondió de tal forma que no conseguían dar con su paradero. No había manera de saber qué había pasado con él, porque todos sabían que ese día había estado con su tío.

—No podré olvidarlo nunca. Padre, Kerr y yo estuvimos buscándote después de que encontraran el cuerpo de nuestro tío durante horas. Estábamos desesperados pensando que habías sufrido el mismo destino.

Andrew asintió.

—Fuiste tú quien me encontró —dijo Andrew sin su habitual sonrisa en los labios.

Evan lo miró y endureció la mandíbula. Aquella lejana noche, cuando, tras unas horas de búsqueda no lo encontraban Evan recordaba a su padre, el guerrero más fuerte que jamás conociera, con una mirada agonizante en el rostro. La misma agonía que él sentía en el pecho al no encontrar a su hermano pequeño, ese mismo mocoso que le seguía a todas partes y que no se separaba de él ni con agua hirviendo, pero al que quería más que a su vida. Cuando un pequeño ruido le alertó, dirigió su mirada hasta la mesa y miró debajo de ella. Entonces el inmenso alivio de verle allí, vivo, a salvo, contrastó con la preocupación de ver a su hermano con la mirada perdida y temblando. Todavía recordaba gritar el nombre de su padre mientras que este y Kerr se acercaban rápidamente hasta donde él estaba. Recordaba ver lágrimas de alivio en los ojos de Kerr y a su padre coger a Andrew en brazos y apretarlo contra él durante tanto tiempo que Andrew acabó dormido entre ellos. Al poco de dormirse, los gritos de Andrew los despertaron a los tres. Esos gritos de puro terror que se calaban hasta los huesos y te daban una idea del horror vivido. Esa fue la primera de muchas pesadillas.

—Cuando tenía pesadillas eras tú el que te quedabas conmigo y me cogías de la mano o me abrazabas hasta que me quedaba dormido nuevamente —dijo Andrew, pasándose la mano por el pelo antes de continuar—. Parecía que las

pesadillas habían desaparecido cuando un día, jugando con Calum y el resto, este se cayó y se hizo un buen corte en la frente. Era menos de lo que parecía pero empapó toda su cara de sangre, su ropa y sus manos. Empecé a temblar y las palabras no salían de mi boca. No podía. Estaba paralizado. Recuerdo que, después de atender a Calum, cuando se dieron cuenta de mi estado, empezaron a preocuparse y llamaron a padre. También recuerdo a Kerr y a papá suplicándome que les dijera que pasaba, pero yo no podía hablar. Entonces llegaste tú, me miraste y preguntaste qué había ocurrido ese día. Cuando te contaron lo de Calum y me miraste supiste lo que me había pasado. No necesitaste más. Esa sangre me había llevado sin querer al día del asesinato de nuestro tío —dijo Andrew haciendo una pequeña pausa antes de seguir, como si lo que fuera a decir le resultase difícil—. Tú siempre has sabido leer en mi mejor que nadie. Por eso no quiero mentirte ahora. Eres mi hermano y confió en ti, por eso te pido que tú confíes en mí y que no me preguntes nada más por ahora. Necesito algo más de tiempo —dijo Andrew mirando a su hermano fijamente.

Evan pareció dudar unos instantes antes de hablar. Conocía bien a Andrew y sabía que de los tres era al que más le costaba abrirse, hablar de lo que sentía o lo que le pasaba. Como defensa esgrimía esa eterna sonrisa y siempre aparentaba estar bien. Era el hombre más fuerte que conocía pero sabía que eso también lo estaba desangrando por dentro. Como cuando murió Kerr. Él no reaccionó bien, enfureciéndose con él mundo e intentando controlar la ira que tuvo en su interior durante mucho tiempo. Sin embargo Andrew ni si quiera reaccionó. Sabía que había sufrido, y mucho. Lo había visto en sus ojos, dos pozos de pura agonía, y lo notó en su voz y en su forma de actuar. Y aún lo notaba. No creía que su hermano hubiese superado totalmente lo de Kerr.

—He pasado miedo cuatro veces en toda mi vida —dijo Evan a su hermano haciendo que este cambiase su expresión sorprendido por sus palabras—. Lo sé porque puedo recordarlas con total claridad. La primera, el día que estabas escondido debajo de la mesa tras el asesinato. La segunda, cuando Kerr enfermó y vi cómo su vida se apagaba sin que nada pudiera hacer por él. La tercera cuando creí que iba a perder a Meg. Y la cuarta hace dos días, cuando te desplomaste entre mis brazos y sentí que estabas ardiendo de fiebre. Cuando Kate me dijo que no sabía si te pondrías bien, me vi arrastrado nuevamente al día en que Kerr murió. Pero esta vez fue peor porque sabía que si volvía a ocurrir no podría soportarlo. No podía perder a otro hermano. Sé

que eres fuerte, y uno de los mejores guerreros que he conocido, pero si me ocultas algo que pueda llevar a tener que verte otra vez como el otro día y saber que yo podría haber hecho algo por evitarlo, entonces piénsatelo dos veces porque no te lo perdonaría.

Andrew asintió antes de contestar con convicción.

—Te lo diría si así fuera.

Evan soltó el aire de forma más audible.

—Está bien. Confío en ti —dijo Evan mirando a Andrew a los ojos—. Ah, y otra cosa, ¿que hay entre Aili y tú? Jamás he visto a una mujer tan ruborizada como lo estaba Aili cuando he entrado.

Andrew tragó saliva por la agudeza de su hermano.

—Has dicho que confiabas en mí.

Evan le miró fijamente unos segundos antes de asentir.

—Está bien —continuó el jefe del clan McAlister dando una palmada en la pierna de su hermano antes de levantarse.

Evan sabía lo que iba a venir cuando la expresión de Andrew cambió de repente y su eterna sonrisa volvió a los labios.

—No sabía que te gustaba tanto hablar de tus sentimientos —dijo Andrew con una chispa de diversión en los ojos.

Evan se dirigió hacia la puerta mientras ponía los ojos en blanco.

—Ha sido tan bonito... —dijo Andrew antes de que le diera en plena cara una almohada que Evan le tiró sin miramiento alguno—. Eh, Evan —llamó Andrew cuando este ya desaparecía por la puerta.

Evan se volvió con expresión de impaciencia.

—Gracias, hermano —dijo Andrew totalmente serio.

La expresión del jefe de los McAlister se suavizó y asintió con una sonrisa antes de cerrar la puerta y dejarle solo de nuevo.

Aili estaba con Meg ayudándola a colocar la ropa que había lavado el día anterior en sus aposentos.

—No quiero traerte malos recuerdos de nuevo, pero quiero saber si estás bien —dijo Meg aludiendo a lo que le había pasado durante el viaje.

Aili sonrió y se acercó a su hermana.

—Estoy perfectamente, Meg. Soy una McGregor, ¿recuerdas? —contestó Aili mirando a su hermana, que parecía preocupada.

—El ver a Andrew así estos días, sin saber qué pasaría con él, me ha hecho pensar y... no sé qué haría si te pasara algo —dijo Meg mostrando en su voz y en sus facciones la angustia que eso le causaba.

—Pero nada me ha pasado y nada malo me pasará, ¿de acuerdo? Estoy aquí contigo, con el clan McAlister y bien segura. Con Evan y Andrew es imposible que algo me ocurra.

Meg la miró con una sonrisa y una mirada algo pícara.

—Andrew ha cuidado de ti, ¿verdad?. No creía que os llevaríais tan bien, pero viendo tu reacción cuando él ha estado enfermo y la camaradería que existe entre vosotros yo diría que habéis congeniado a la perfección.

Aili disimuló, intentó que nada en la expresión de su cara la delatase pero su hermana era muy perspicaz cuando quería.

—Me salvó la vida, Meg. Le estoy muy agradecida —dijo Aili mientras se daba la vuelta y seguía con la ropa.

—Entonces la preocupación que he visto en tus ojos estos días, el querer estar siempre con él y la forma en que lo miras, todo eso es solo fruto del agradecimiento, ¿no? —preguntó Meg con los brazos en jarras y expresión suspicaz.

—No sé a dónde quieres llegar, hermana, pero creo que te estás confundiendo —dijo Aili con un tono de voz que no admitía réplica ninguna.

Meg miró a su hermana, que parecía muy interesada en doblar tres veces la misma prenda. Una sonrisa se extendió por sus labios mientras pensaba que por ese día no iba a acicatearla más. Ya habría tiempo para descubrir qué pasaba entre ellos dos.

CAPÍTULO XVI

Clave McNaill se paseaba de un lado a otro mientras veía a aquel mercenario mirarle como si él le debiera algo.

—La seguimos como nos dijo y cuando vimos que aquel grupo de McAlister se la llevaba lejos intentamos secuestrarla, pero todo salió mal. No sabía que ese guerrero McAlister era tan bueno. Con solo una daga acabó con uno de mis hombres y puso en jaque a los otros dos.

Clave se paró enfrente de aquel mercenario que había contratado otras veces para hacer la clase de trabajo que él no podía pedir a los hombres de su clan. Ya había malestar dentro de sus miembros. Lo habían elegido a él como Laird pero no por unanimidad. Muchos querían al joven Liam para dirigir al clan y él había coaccionado y amenazado a las personas adecuadas para que eso no ocurriese. Pero desde entonces estaba en entredicho. Malditos imbéciles... En cuanto tuviese como esposa a Aili McGregor y no tuviera que pasar tanto tiempo en la corte, él mismo se encargaría de que desaparecieran aquellos que no le apoyaban. De hecho, todo lo que hacía era por el bien de su clan. Había contratado a aquellos mercenarios y otros más para que una guerra entre varios clanes se propiciara, y él poder sacar provecho. Por su apoyo obtendría lo que deseaba y le habían arrebatado hacía años a su clan: unas tierras que habían sido suyas y que ahora pertenecían a los McDonall.

—Jamás debisteis intentar interceptarlos. Ahora se harán preguntas —dijo escupiendo las últimas palabras.

— No pueden relacionarnos con usted. Es imposible.

McNaill estaba furioso. Si esa mocosa se creía que podía rehuirle estaba muy equivocada. No la había poseído porque no había podido. Su miembro había estado inerte. Todavía se acordaba de su hombre de confianza diciendo que podía hacerlo por él mientras una sonrisa burlona afloraba a sus labios. Eso fue lo último que hizo. Nadie dudaba de su hombría y seguía con vida. Sin embargo sabía a ciencia cierta que ella creía que él la había poseído. Lo supo por el temor que vio en sus ojos al día siguiente. Intentó disimularlo pero no pudo. Aili era así: pura, transparente, sincera y bellísima. Sería su esposa

costase lo que costase.

—Averigua qué hace allí. Puede que haya ido solo a visitar a su hermana. Esta se casó con Evan McAlister hace unos meses. Vigílalos e infórmame.

El mercenario asintió y se retiró de su presencia, mientras Clave pensaba en el tiempo que le daría. Él no era un hombre conocido por su paciencia y ya había sido más que paciente.

Andrew tiró de Aili cuando iba por el pasillo y la metió en la habitación.

—¡Qué susto me has dado! —dijo Aili poniendo una mano sobre su corazón.

—No he visto otra manera de hacerlo. Mi hermano y tu hermana me están sacando de quicio. Es difícil, pero lo están consiguiendo —dijo Andrew mirando a Aili a los ojos.

Estaba preciosa. La oscuridad bajo sus párpados había desaparecido en la semana que llevaban allí. Su piel tenía una tonalidad sonrosada en las mejillas, y sus carnosos labios estaban más rojos que nunca, como si fuera una fruta madura lista para recoger.

—Sí, lo sé. A mí Meg me está volviendo loca. No me deja sola ni un instante. Los dos saben que hay algo entre nosotros y quieren demostrarlo a toda costa.

Andrew sonrió. Sabía que Evan y Meg tenían que haber hablado entre ellos porque aquella encerrona estaba orquestada entre los dos.

—Bueno, queríamos que pensaran que había algo y que yo te estaba cortejando así que por esa parte todo está yendo de maravilla. Pero lo que nunca pensé es que nos iban a tener bajo vigilancia.

Aili miró a Andrew a los ojos. Deseaba besarle. No había podido tocarle desde que llegaron allí y aunque no lo reconociera en voz alta había anhelado sus caricias y sus besos más de lo que había creído posible jamás.

Andrew pareció sentir lo mismo porque Aili vio oscurecerse su mirada antes de acercarse a ella tanto que solo unos escasos centímetros los separaban. La respiración de Aili era rápida y superficial.

—¿Estas nerviosa? —le preguntó Andrew tocando su mejilla.

Cuando sus dedos bajaron un poco más y rozaron el lateral de su cuello, Aili sintió que el aire no le entraba en los pulmones.

— Me dijiste que no fuera tímida contigo así que..., sí, estoy nerviosa, pero porque quiero que me beses y que lo hagas ya —dijo Aili con la voz

entrecortada.

Andrew sonrió abiertamente antes de lanzarse a por sus labios. El hecho de que ella confiara en él de esa manera, tanto como para decirle lo que en realidad deseaba aunque la estuviese matando por dentro de vergüenza, cosa que evidenciaba su rubor, hizo que algo se quebrara dentro de él. Aili estaba derribando todas sus defensas.

Ella salió a su encuentro y se unieron, dominados por la pasión contenida durante todos esos días. La joven gimió cuando Andrew mordió su labio inferior antes de apoderarse del interior de su boca. Sus lenguas bailaron al unísono, queriendo más, exigiendo más, hasta que les faltó el aliento. El ronco gruñido de Andrew volvió a Aili más atrevida. Quería tocarle y levantó lo justo su camisa como para meter las manos debajo y acariciar los músculos de su espalda y de su vientre, que se contrajeron ante su contacto.

—Si quieres que pare tendrá que ser ahora porque me estas volviendo loco —dijo Andrew apoyando su frente en la de Aili mientras jadeaba por la necesidad de hacerla suya.

Aili respiró profundamente, varias veces, intentando que su corazón se calmase, pero la verdad era que no quería más calma. Quería todo lo que Andrew podía darle, quería la pasión, la ternura, el tacto de sus manos sobre la piel. No había dejado de pensar en la única vez que estuvieron juntos. Sus noches eran demasiado largas soñando con esa ocasión aislada y quería sentirse de nuevo así. Deseada, mimada, amada.

—No pares, Andrew —le pidió con las mejillas encendidas. Jamás pensó que podría decirle a un hombre las cosas que le decía a Andrew, pero con él todo era sencillo, natural. La hacía sentir que todo estaba permitido entre ellos, que el expresar su deseo, decirle lo que quería y lo que necesitaba a cada instante era importante para él. Eso la hacía ser ella misma y sacar una parte de su interior que desconocía. Esa espontaneidad que con los años tuvo que sepultar bajo capas de responsabilidad y madurez, ahora junto a él se liberaba sin más, y era maravilloso.

Andrew la besó en la mejilla y llenó de besos su rostro descendiendo hacia su cuello donde se deleitó con él, besándolo y chupándolo hasta que Aili gimió. Andrew siguió su recorrido hasta que llegó a sus pechos. Liberó uno del escote de su vestido y lo lamió. Al sentir su aliento después sobre su pezón mojado, Aili tuvo que morderse el labio para no gritar exigiendo más. Se aferró a los hombros de Andrew mientras este se introducía su pezón duro y

erguido en la boca, succionándolo, lamiéndolo hasta que Aili no pudo contenerse por más tiempo y gritó.

Andrew volvió entonces a su boca, acallando cualquier ruido que pudiese volver hacer y tragándose de sus labios los gemidos que no podía evitar. Mientras la besaba, le levantó el vestido, introduciendo sus dedos entre sus piernas, siguiendo el contorno del torneado muslo hasta llegar al centro de su feminidad. Se deslizó entre los suaves pliegues de Aili, húmedos y listos para él y tocó el botón de carne que hizo que Aili rompiera el beso y sepultara su cabeza en el cuello de Andrew a fin de apagar su delirio. Andrew la cogió en brazos y la apoyó contra la pared.

—Rodéame la cintura con tus piernas —dijo él con la voz enronquecida por la necesidad.

Aili hizo lo que le pidió y Andrew no esperó más. Liberando su miembro se alineó con la entrada de Aili y la penetró lentamente, mirándola a los ojos a cada instante. Le había dicho que no podría parar, pero Andrew sabía que a cualquier duda, atisbo de miedo o dolor que viese en sus ojos, él pararía aunque eso significase su muerte, porque en ese momento en el que estaba enterrado profundamente en ella y la miraba a los ojos, sabía que solo pensar en hacerle daño sería el único motivo por el que la dejaría marchar.

Andrew salió lentamente de su interior para volver a introducirse esta vez más fuerte. El gemido y el rostro de placer de Aili, su expresión de sorpresa le hicieron seguir, embistiendo cada vez más rápido y más fuerte. Aili se mordió los labios intentando contener los gemidos que salían de su garganta, pero cada vez le resultaba más difícil, sobre todo cuando el placer se convirtió en una necesidad vital que en espiral empezó a concentrarse en su vientre. Estaba a punto de tocar el cielo, lo sentía cada vez más cerca. Enroscó los dedos en el pelo de Andrew y atrajo su boca a la de ella. Fue saborear sus labios y rozar su lengua con la suya y todo ese placer explotó haciéndola temblar como si estuviese flotando. Se fracturó en mil pedazos y el grito que salió de su garganta murió en la boca de Andrew a la vez que el ronco gruñido de él, parecido al de un animal, se desvanecía en la suya cuando le sintió vaciarse en su interior.

Andrew la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza. Sentía recuperarse su aliento agitado mientras mantenía la cabeza en el hueco de su cuello, posando sus labios en la sensible piel de su clavícula.

—Aili McGregor, vas a matarme —dijo Andrew con un tono de voz ronco

y profundo, lleno de un sentimiento que Aili no pudo identificar, pero que la hizo estremecer.

—Eso sería lo último que quisiera hacer —dijo Aili bajando los pies al suelo pero sin dejar de abrazarse a él.

Un ruido proveniente del pasillo les hizo separarse. Aili miró a Andrew y este le recolocó el vestido y le alisó el cabello algo revuelto. El ruido pareció alejarse y ambos se miraron. Una sonrisa se extendió por sus labios hasta que Andrew le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja deteniéndose en él más tiempo del necesario. Sus ojos del color del brezo se oscurecieron cuando deslizó el final de ese mechón entre los dedos.

Aili vio cierta preocupación en su mirada, que estaba fija en ella, intentando averiguar si ella estaba bien, si todo estaba bien, y no pudo reprimir el sentimiento cálido que invadió su interior ante la forma en que Andrew la trataba y que siempre la hacía sentirse única, especial.

Ella alzó su mano y alisó las pequeñas arruguitas que se marcaban al final de sus ojos, producto de esa preocupación, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Voy a adorar ir por los pasillos a partir de ahora, Andrew McAlister —dijo con una voz cargada de insinuación, que si bien la hizo morir de vergüenza, obtuvo el premio deseado.

Una sonrisa canalla y seductora, esa que tanto le gustaba y la dejaba sin aliento, hizo aparición en el rostro de Andrew antes de que bajara la cabeza y la besara de nuevo, haciéndola olvidar hasta su nombre.

Meg miraba a su hermana Aili sentada en la silla junto al hogar, bordando una pequeña prenda para su futuro sobrino o sobrina, cuando Evan y Andrew entraron en el salón acompañados por Malcolm. Habían estado una hora en la habitación que Evan tenía para organizar las cuentas y la correspondencia.

Malcolm las saludó con la cabeza antes de despedirse hasta la cena y Evan se acomodó cerca de su esposa.

—¿Que tal esta tarde? ¿Que habéis hecho? —le preguntó tocando el pelo rizado y sedoso de su mujer. Le encantaba meter los dedos entre sus cabellos.

—Hemos estado un rato con Kate. El viejo Baltasair tenía mucha tos. Kate le ha dado un remedio de hierbas que hemos preparado. Después hemos dado

un largo paseo y luego Aili me ha mostrado algunas cosas que me ha traído de cuando yo era pequeña, por si las quería tener para el bebé. Por último me ha obligado a sentarme aquí a descansar mientras ella bordaba —dijo Meg frunciendo un poco el ceño.

—Deja esa expresión, Meg. Apuesto a que Evan estará de acuerdo conmigo —dijo Aili mirando al jefe del clan McAlister, que a su vez miraba a su esposa con tal ternura en los ojos que Aili sintió que invadía su intimidad al ser testigo de ella.

Apartó la vista y la desvió hacia Andrew, que la contemplaba como si quisiese adivinar lo que en ese momento ella estaba pensando.

Ellos no fueron conscientes de la sonrisa cómplice que tanto Meg como Evan se dirigieron cuando vieron cómo Andrew y Aili se miraban.

Evan a decir algo cuando Aiden entró en ese instante con cierta premura.

—Laird, acaba de llegar Gail con un hombre que se dirigía hacia aquí y que interceptó en el límite de las tierras McAlister.

—¿Qué hombre? ¿Venía solo? —preguntó Evan poniéndose en pie a la vez que Andrew, ya que no esperaba que nadie los visitase.

Antes de que Aiden pudiese contestar, una voz grave desde el fondo captó la atención de todos.

—Esperaba una mejor bienvenida.

Meg y Aili levantaron la vista al unísono y ambas soltaron un pequeño grito de alegría antes de salir corriendo.

Aiden se apartó cuando la esposa del Laird y su hermana se abalanzaron sobre Logan McGregor.

La cara de sorpresa de Logan al ver allí a Aili solo duró un par de segundos, antes de que una alegría nada contenida velara los mismos al ver a sus dos hermanas.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —preguntó Meg después de darle un sonoro beso a su hermano en la mejilla—. Hubiese preparado algo especial.

—No sabía si iba a poder acercarme antes de volver a casa. Pero me entretuve menos de lo que esperaba y deseaba verte, y de paso ver cómo iba mi futuro sobrino o sobrina. Lo que no me esperaba es encontrar aquí a nuestra hermana —dijo Logan cogiendo del brazo a Aili para acercarla más a él y darle un fuerte abrazo.

Aili lo abrazó a su vez, quedándose después con la cabeza sobre el pecho de su hermano mientras este le daba un beso sobre su cabello.

—Logan —dijo Evan, que junto a su hermano se había levantado y acercado hasta ellos—. Sí que es una sorpresa —continuó mirando a su cuñado.

—Siento no haber avisado antes. Sé que ha sido una descortesía por mi parte pero quería ver a Meg, y cuando vi que podía dar este pequeño rodeo y acercarme no lo pensé. Lamento abusar de tu hospitalidad —dijo Logan con total sinceridad.

Evan no podía evitar, aunque no lo reconociera ni en mil años, que su cuñado le caía bien. Solo por la forma, el cariño y el halo de protección con el que miraba a sus hermanas hubiese sido suficiente para él, pero además lo respetaba. No solo por lo que le había contado Meg, o por lo que otras fuentes fiables le decían acerca del joven sino por la idea que se formó de su cuñado la vez en que se conocieron. Aunque fueron solo pocos días, fueron suficientes para forjarse una opinión de cómo era el futuro Laird McGregor. Muy inteligente, observador, educado y sincero. Un hombre capaz de mirarte a los ojos con esa transparencia era un hombre que dormía tranquilo por la noche, y eso era más de lo que podía decir de muchos otros. No es que Logan no tuviera sus propios demonios, que los tendría, pero no eran de los que destruyen a un hombre por dentro sin posibilidad de redención.

Evan sonrió y empezó a hablar antes de ver la cara de Meg, con el ceño fruncido y expresión de decirle «como no le des la bienvenida a mi hermano ahora mismo te pateo el culo».

—Esta es tu casa, Logan. Siempre serás bien recibido en ella. No hace falta que avises —dijo Evan acercándose a él y estrechando su antebrazo con el suyo.

La sonrisa de Meg y Aili no se hizo esperar y Evan soltó una pequeña carcajada. Su pequeña esposa no le defraudaba nunca.

—Logan, bienvenido —dijo Andrew con su eterna sonrisa antes de acercarse y saludarlo también.

Logan estaba cansado después de los últimos días. La misión que le había encargado el rey después de que él le expusiera sus sospechas le había llevado más tiempo del que creía. Esfuerzo que en los últimos días había visto recompensado. Mirando a sus hermanas, se alegró de haber ido a ver a Meg. Su hermana estaba radiante.

Al mirar a Aili no pudo evitar observar cómo esta lanzaba una mirada furtiva a Andrew. Quizás para otro lo que vio en los ojos de su hermana

hubiese pasado inadvertido, pero él la conocía demasiado bien como para no saber que Aili sentía algo fuerte por Andrew McAlister y que lo estaba ocultando.

CAPÍTULO XVII

Logan agradeció la habitación que le habían dado y, después de asearse, bajó a cenar.

Varios de los miembros del clan así como sus hermanas ya estaban sentados a la mesa. Se excusó por tardar y Aili le señaló el sitio junto a ella para que se sentara. Así se encontró situado entre Evan McAlister y su hermana. La cena transcurrió hablando de banalidades, como los últimos acontecimientos en la corte de los que Logan estaba al corriente, o la reunión entre los jefes de los clanes que tendría lugar unos días después y a las que acudirían los hermanos McAlister así como Logan McGregor junto a su padre.

—¿Sabéis quiénes asistirán? —preguntó Logan mirando a ambos hermanos.

Evan retiró el plato sobre el que solo quedaban los restos de su cena y miró a Logan que estaba terminando de comer.

—Andrew estuvo la semana pasada con Campbell, que es amigo y aliado de los McAlister, y le dijo que habían confirmado casi todos los clanes de la zona.

Logan miró a Andrew que le miraba a su vez con curiosidad, como si intentara averiguar a dónde quería llegar con esa pregunta. Sabía que los hermanos McAlister eran muy perspicaces.

—¿Tienes interés en saber si alguno en particular asistirá a dicha reunión? —preguntó Andrew.

Logan apartó también el plato antes de mirar a ambos hermanos.

—La verdad es que sí. Me gustaría saber si estarán los jefes de los clanes McDonall y McNail.

Al escuchar el nombre del último, Aili escupió el agua que estaba bebiendo.

—¿Estás bien? —preguntó Logan a su hermana cuando esta dejó de toser.

—Sí, solo me he atragantado un poco.

Logan observó a su hermana. Algo en el tono de su voz llamó su atención. Se fijó más en ella y vio como le temblaban ligeramente las manos al

acercarse de nuevo el vaso a la boca para beber otro sorbo de agua. Cuando bajó el vaso, Logan se fijó en sus ojos, esos que siempre le decían la verdad aunque ella quisiese ocultárselo. Desde pequeños había sabido leer en Aili como en un libro abierto. Cuando ella le devolvió la mirada, lo que Logan vio en sus ojos hizo que frunciera el entrecejo. Aili no estaba bien. Algo le pasaba, y él iba a descubrirlo.

Evan escrutó a Logan con aire interrogatorio, sacando a este de sus propios pensamientos.

—Por lo que hablé con Alec, sé que asistirán. ¿Alguna razón en especial? —preguntó Andrew.

—Sé que últimamente algunos clanes han sufrido el robo de ganado —dijo Logan volviendo nuevamente su mirada hacia los hermanos McAlister—. Sobre todo los McDonall y los Campbell, incluso estos han estado a punto de iniciar una guerra por ese motivo, pero parece que en los últimos tiempos los McNail también han padecido ese tipo de villanía. El rey está interesado en saber más del tema.

—¿Y te ha pedido que hables con ellos? —preguntó Evan con cautela. Sabía que Logan era cercano al rey.

Una sonrisa asomó a los labios de McGregor.

—Algo así —contestó.

Evan asintió. No estaba satisfecho con la respuesta. Sabía que había mucho más aparte de ese efímero interés. Logan no le estaba ocultando ese hecho, pero estaba siendo muy precavido en sus palabras. Esperaría a otro momento en que estuviesen a solas para ahondar más en el tema.

Evan miró a su hermano a fin de redirigir la conversación a otros temas más ligeros, pero el brillo peligroso que vio en los ojos de este le hizo cambiar de opinión, sembrando dentro de él la certeza de que algo de lo que había dicho Logan estaba relacionado con la terquedad de su hermano, que todavía no le había contado todo lo que había acontecido durante su viaje con Aili desde tierras McGregor.

Llevaba varios días decidido a hablar con él. Pensaba que ya le había dado a Andrew tiempo suficiente para que confiara en él y le contara qué era lo que le ocultaba. Sabía que no era algo relacionado directamente con su hermano. Andrew le contaría algo que solo le afectase a su persona, pero aun así, lo cierto era que no le gustaban en absoluto algunos de los detalles que había alcanzado a observar en la cena esa noche.

Aili había visto la mirada de su hermano al observarla cuando mencionó a McNaill. Sabía que se había percatado de que algo le pasaba. Aili llevaba meses así, pero la última vez que vio a su hermano fue en esa misma casa, cuando hirieron a su hermana Meg y estuvieron a punto de perderla. En aquellas circunstancias nadie hubiese podido pensar lo que le pasaba a Aili. Los acontecimientos que los reunieron así como la preocupación extrema y la agonía de pensar que a Meg pudiese ocurrirle algo hizo que todos estuviesen raros y destrozados por aquel entonces. Y Logan había achacado el nerviosismo y las extremas ojeras de Aili a la situación por la que estaban pasando. Ella no le había sacado de esa convicción. En realidad, el pensar que pudiese perder a su hermana hizo que por esos días Aili intentara con todas sus fuerzas dejar a un lado los hechos que la acosaban cada noche en pesadillas. Sin embargo ahora sabía que no había nada que pudiese enmascarar sus sentimientos. No sabía cómo había sido capaz de ocultar lo que le pasaba durante los últimos meses, pero lo había hecho. Sin embargo Logan, con solo una mirada, había sabido que le pasaba algo, estaba segura. Desde pequeños, Logan había sido capaz de leer en ella como en un libro abierto. Aunque si tenía que ser sincera ella también era capaz de ver las sombras de su hermano mejor que el resto. No solo eran hermanos. Logan también era su mejor amigo y su confidente.

Únicamente otra persona hasta ese momento había sido capaz de leer de esa forma en ella y era Andrew. Cuando al principio se dio cuenta de ello, eso la aterró, sin embargo ahora, la hacía sentirse segura, protegida, mimada..., más unida a él.

Aili hizo una pequeña mueca al pensar en Andrew como en su marido. Esa palabra en su boca se le antojaba extraña, irreal y a la vez un regalo, un anhelo y una esperanza. Estaba sintiendo muchas cosas por Andrew y todas tenían una profundidad que jamás pensó que experimentaría. Esos sentimientos que mantenía a buen recaudo la hacían sentirse vulnerable, expuesta, y a la vez más dichosa de lo que había sido jamás en su vida.

Cerró los ojos y volvió a pensar en Logan. Sabía que su hermano había visto que algo le pasaba y lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no pararía hasta saber qué le ocurría. Había sido una ingenua al pensar

que todo aquello iba a quedar en un secreto, en algo que el tiempo borraría sin que ninguno de sus seres queridos lo supiera. Aili inspiró el aire que parecía no querer llenar sus pulmones. Conocía a Logan. Era muy templado y racional, y para los que no lo conocían como lo hacía su familia, podía parecer extremadamente tranquilo. Sin embargo ella sabía que Logan controlaba sus emociones y su carácter con mano férrea hasta que alguien intentaba hacer daño a sus seres queridos. Entonces podía ser un hombre implacable y muy peligroso. Aili confió en que las cosas no llegaran al extremo que ella temía y que había intentado evitar a toda costa.

Por otro lado, Andrew no le había vuelto a mencionar nada pero sabía que Evan le estaba presionando para que le diera respuestas sobre el ataque que sufrieron a manos de los mercenarios durante su viaje de vuelta a casa. El cerco se estaba estrechando y ella no quería que todo estallara sin remedio.

Sabía lo que tenía que hacer y aunque iba a ser lo más difícil que hiciera en su vida, era consciente de que podía contar con Andrew a su lado. Quizás no estuviese de acuerdo con ella, o en la forma de hacerlo, pero sabía que él no la abandonaría. Con ese pensamiento, acompañó a su hermana arriba después de cenar. Parecía que Meg estaba un poco indispuesta. Estuvo con ella hasta que vomitó lo poco que cenó y casi la obligó a acostarse para que descansara. Cuando se cercioró que se había quedado profundamente dormida, apretó los puños y se dio la fuerza necesaria para hacer lo que debía.

Aili se dirigió al salón donde escuchaba la voz de su hermano y de los hermanos McAlister. Se asomó y los vio a los tres solos. Los demás habían desaparecido, y ellos parecían hablar de lo que pasaría en la reunión de los clanes. Por lo que pudo oír estaban convencidos de que esta reunión no iba ser un camino de rosas y que debían tener cuidado. Muchos de los clanes que se reunirían allí estaban deseando iniciar una guerra contra otros de los presentes y el ambiente iba a ser, como poco, tenso y peligroso.

Aili lamentaba interrumpir, pero era ahora o nunca.

Con paso decidido se dirigió a donde ellos estaban.

El primero en darse cuenta de su presencia fue Andrew, que al principio amplió su sonrisa al verla pero en cuanto se percató de la mirada y la tensión que acompañaba a Aili se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrew cuando estuvo a su lado, tan bajo que sabía que los demás no podrían escucharle.

—No voy a poder mentirle a Logan. Me conoce demasiado bien y ya se ha percatado de que algo sucede. Y Evan tampoco va a tardar en querer respuestas. Lo he estado pensando y creo que lo mejor es que se lo diga a ambos —dijo con resolución, levantando la barbilla con determinación.

Andrew no había pensado en hacerlo de aquella manera, pero al verla tan decidida, tan valiente, no pudo sino apoyarla.

Aili vio un brillo en los ojos de Andrew antes de hablarle. Juraría que por un instante había visto cierta admiración en ellos y eso le dio el coraje y el último empujón que necesitaba.

—¿Estas segura? —preguntó mirándola fijamente a los ojos.

Aili esbozó una pequeña sonrisa a fin convencer a Andrew de que todo estaba bien, aunque estuviese temblando por dentro.

—Si tú estás conmigo, sí, estoy segura —le dijo dejando ver en sus ojos la vulnerabilidad que aún seguía latente en ellos.

Andrew rozó una de sus manos y enlazó sus dedos con los de ella.

—Nada me lo impediría —dijo Andrew con rotundidad.

Aili vio la determinación de Andrew y asintió con la cabeza cuando la voz de Evan llegó hasta ellos.

—¿Va todo bien? ¿Es Meg?

Aili soltó la mano de Andrew antes de rodear a este y ponerse a su lado para ver a Evan de frente.

—Todo va bien, tranquilo. Meg está perfectamente. Se ha quedado dormida, y por eso he bajado, porque quería hablar algo con mi hermano y contigo. Algo importante —dijo Aili andando hasta donde se encontraban ambos, sintiendo a Andrew detrás de ella.

Logan la miró con aire interrogante y la preocupación marcada en sus facciones.

—¿Qué pasa, Aili? —le preguntó Logan mirándola fijamente y evitando con la mano en su mejilla, que su hermana rehuyera sus ojos.

Lo que vio en ellos hizo que Logan apretara la mandíbula. A pesar de que su hermana intentaba disimular, el destello de profunda agonía, de vergüenza, de sufrimiento que veló por unos instantes su iris y su expresión le dijo que lo que fuera que Aili iba a decirles le había producido y seguía produciéndole un profundo dolor.

—Debéis prometerme, los dos —dijo Aili mirando también a Evan— que no me interrumpiréis, aunque lo deseéis, hasta que acabe, porque si lo hacéis no sé si podré terminar después.

Aili también vio preocupación en los ojos de Evan, que por un momento se dirigieron hacia su hermano.

—No has dicho nada de Andrew. ¿Debo asumir que lo que vas a contar él ya lo sabe? —le preguntó Logan cogiendo la mano de su hermana, que estaba fría y algo temblorosa.

Aili miró a Logan y a Evan para después asentir antes de hablar.

—Tuve que contárselo después de que pasaran determinadas cosas en el camino hasta aquí, y le hice jurar que no se lo diría a nadie —dijo Aili mirando a Andrew que a su vez la miraba a ella dándole calor con sus ojos, ofreciéndole el empuje que necesitaba.

Evan miró a su hermano. Así que ese había sido el motivo de que le pidiera más tiempo. Cuando le dijo que no podía contarle nada por el momento, jamás pensó que su secreto tuviese que ver con Aili. Ahora las cosas empezaban a encajar. En ese preciso instante Andrew le miró y Evan pudo ver en su expresión que lo que Aili iba a contar iba a ser duro.

La joven se sentó en una silla y Logan se sentó junto a ella. No le permitió que retirara su mano de la de él. Fuese lo que fuese lo que había ocultado, quería que ella supiese que él estaba a su lado. Nada que pudiera contarle podría provocar el destello de vergüenza que había visto en sus facciones.

Andrew se sentó al otro lado de Aili, y Evan enfrente. Estaba rodeada de los hombres más importantes de su vida a falta solo de su padre.

Tomando aliento, comenzó con su relato desde el principio, desde que fue de visita a tierras del clan McPhee.

Lo relató todo intentando verlo desde fuera como si hubiese sido un espectador y no la víctima. Sintió teñir sus mejillas del rubor más intenso cuando tuvo que relatar el intento de abuso de McNaiill, así como su total certeza en aquel entonces de que ese abuso había sido llevado a término. No miró a ninguno al hacerlo. Sabía que si lo hacía se vendría abajo. Intentó aislarse e imaginar que estaba sola, y solo un incremento en la fuerza con la que su hermano le sujetaba la mano entre la suya hizo que se percatara de seguían allí escuchándola.

Les relató la llegada de Andrew a casa de su padre y cómo cuando emprendieron viaje, solo un día después, fueron atacados por unos

mercenarios. Cómo hirieron a Andrew y cómo ella siguió guardando silencio sobre lo que sabía por miedo a lo que podía pasar si se descubría. Les relató la llegada a casa de Flora y Gordon y su incapacidad de seguir mintiendo al escuchar las preguntas que se hacían los hombres y lo cerca que había podido estar Andrew de haber sido herido de gravedad. Les dijo cómo le contó a Andrew todo y cómo le hizo jurar que no se lo contaría a nadie y por qué. La razón de sus miedos si era descubierto, sobre todo por las amenazas que McNaill le había hecho si ella se negaba a casarse con él. Les contó la proposición de Andrew y cómo ella aceptó y por último su parada en casa de Duncan McPherson y de cómo los caso en secreto el padre Lean. Por último, y volviendo a ruborizarse hasta la raíz del pelo, les contó que ambos descubrieron en su noche de bodas que el hombre que había dicho abusar de ella no lo había conseguido tal y como le había hecho creer, porque hasta esa noche era virgen. Todo ello lo hizo sin revelar en ningún momento el nombre del hombre que había intentado abusar de ella.

Cuando terminó, un silencio sepulcral se hizo en el salón. Al no escuchar nada, ni siquiera un leve movimiento levantó la vista para mirarlos y lo que vio la dejó petrificada.

CAPÍTULO XVIII

Aili retuvo el aire cuando vio los semblantes de Logan y Evan.

Su cuñado tenía los puños apretados junto a su cuerpo y en sus ojos de podía ver una furia tal que pensó que si la desataba podría derribar aquel castillo con su grito de guerra. Sin embargo lo que hizo que un nudo atenazara su pecho, y las lágrimas contenidas casi desbordaran sus ojos, fue el rostro y la mirada de Logan. Ella no quería hacerle daño a su hermano. Bien sabía que él ya había sufrido suficiente, sin embargo por unos segundos, no pudo evitar leer en su rostro el dolor lacerante y profundo que sus palabras le habían infligido. Contempló la rabia y la fría determinación que se adueñaron de sus ojos. La sed de venganza y la absoluta certeza de que el hombre que había osado a dañar a su hermana moriría no sin antes haber sufrido mil infiernos.

Andrew estaba orgulloso de Aili. Había expuesto los hechos y relatado todo lo que había acontecido con serenidad y entereza. El rubor se había cebado con su rostro más de una vez pero su voz en ningún momento había titubeado o dado muestras de ese azoramiento. Había callado y se había tomado su tiempo cuando algún pasaje era más doloroso, pero había tomado aire y había seguido con decisión. Ahora la sintió aguantar la mirada de su hermano y de Evan que la estaban afectando más que su propio relato. Un sentimiento de protección descontrolado y visceral recorrió su cuerpo y sin poder evitarlo, como si con ello quisiera dejar claro alguna postura, rodeó la cintura de Aili con su brazo y la apretó contra él, de tal manera que ella tuviese que apoyarse sobre su torso.

Miró a Evan y a Logan después, dejando claro que tuvieran cuidado con lo que iban a decir. No iba a tolerar que bajo ningún concepto nadie alterase a Aili después de todo lo que había pasado. Evan lo miró endureciendo la mandíbula, con la promesa en sus ojos de una conversación que no iba a ser agradable para ninguno de los dos. Y Logan...

McGregor tenía una mirada fría y letal. Pocas veces había visto esa mirada en su vida, pero sabía lo que significaba, y llevaba aparejada muerte, sangre y destrucción. No de una manera descontrolada llevada de la mano de la furia

ciega sino desde la racionalidad, desde la calma tras la tormenta donde, después de asentar el golpe, la mente pensaba cómo devolverlo incrementado y con mucho más dolor. La postura, el rostro y la mirada de Logan eran dignas de verse en aquel momento. Parecía un felino de gran envergadura, esperando su momento para atacar a su oponente y destrozarlo sin piedad.

La voz de Evan retumbó en el silencio.

—¿Cuál es el nombre de ese hijo de puta? —dijo el jefe del clan McAlister apretando los dientes al final de la pregunta.

Aili miró a Andrew antes de contestar.

—No quiero una guerra entre los clanes. Eso es lo que me hizo guardar silencio. No soportaría que por mi culpa algo os pasara a vosotros o a los miembros del clan. Y después de todo, ese hombre no llegó a abusar de mí realmente.

—Te persiguió aunque tú no quisieras sus avances, te retuvo contra tu voluntad —dijo Logan cuya voz sonaba extremadamente calmada—, te tocó, te mintió, te amenazó, intentó secuestrarte y te inculcó un miedo visceral para que hicieras su voluntad con la idea de comenzar una guerra si decías algo o te resistías, incluyendo la amenaza de lastimar a tus seres queridos. No abusaría de tu cuerpo, pero abusó de ti en todos los demás sentidos. Dinos su nombre. Te prometo que no habrá una guerra entre clanes. No hará falta.

Aili miró a su hermano y dos lágrimas cayeron por su rostro.

—Ese hombre no tiene honor alguno. No irá de frente. Sé que eres el mejor guerrero que conozco... —Aili paró en su alegato cuando otros dos pares de ojos la miraron como si le hubiesen salido cuernos en la cabeza. Se dio cuenta de su error e intentó enmendarlo—. Bueno, eres uno de los mejores guerreros que conozco— y miró a Evan y a Andrew por si así les parecía mejor. Para ella, que había visto a Logan luchar, a veces hasta contra seis de los mejores guerreros McGregor y manejar la espada como un demonio, derrotando a los seis sin ni si quiera un rasguño, su hermano era el mejor guerrero. Es verdad que no había visto luchar a Evan ni a Andrew, pero dudaba que pudieran superar a Logan. Cuando vio que los otros dos hombres asentían, siguió con lo que estaba diciendo—. No dudo de tu capacidad pero él no va a luchar con honor. Mandará a su clan o a sus mercenarios y estos últimos intentarán matarte a traición. No puedo tener eso bajo mi conciencia.

—¿Andrew lo sabe? —preguntó Logan intentando por otro medio que su hermana dijese el nombre que deseaba saber.

Lo que vio en los ojos de Aili le convencieron de que era así.

—¿Y qué crees que hará Andrew con ese hombre, Aili? —preguntó Logan mirándola fijamente a los ojos.

Logan supo en el momento exacto en el que Aili comprendió lo que quería decirle. Los ojos de su hermana se abrieron más, haciéndolos más expresivos si es que eso era posible y se giró rápidamente para mirar a Andrew buscando la confirmación de que su hermano se equivocaba.

—Tú no... no, ¿verdad? —dijo Aili con un hilo de voz.

Andrew miró a Logan. Sabía lo que quería conseguir con aquello y no le culpaba. Él hubiese hecho lo mismo. Desvió la mirada a Aili antes de hablar intentando que viera lo suficiente en él como para que lo entendiese.

—Te prometí que no contaría nada. He respetado y respetaré todos los juramentos que te he hecho con mi vida, pero nunca te prometí no vengarme de ese malnacido.

Aili jadeo, mientras sentía cómo un nudo en el pecho amenazaba con asfixiarla.

—Pues prométemelo ahora —dijo Aili con un tono de voz duro, rehecha del latigazo que sintió al entender que tenía razón. Él no le había hecho ninguna promesa en ese sentido.

—Lo siento, no puedo. Eres mi esposa y aunque lo lamento por Logan y Evan, el primero en la lista para exigir el corazón de ese cabrón en pedazos soy yo.

—Su nombre, Aili. Ya no tiene sentido que nos lo ocultes —dijo Logan.

Aili desvió su mirada de Andrew; las palabras de este último la habían hecho enmudecer. Un miedo irracional le había calado hasta los huesos.

Miró a Logan y a Evan, sabiendo que, como había dicho Logan, ya no tenía sentido guardar silencio y soltó el aire que había estado conteniendo antes de decir lo que tanto ansiaban.

—Clave McNaill.

Evan maldijo por lo bajo, Andrew endureció la mandíbula, y Logan... La expresión de Logan no tenía precio. Una expresión que no pasó desapercibida a ninguno de los hermanos McAlister. Una expresión que dominó antes de mirar a Aili, tragar saliva con cierto esfuerzo y apretar más la mano de su hermana, haciendo que esta le mirase a su vez mientras decía unas palabras que terminaron con todo el autocontrol de Aili.

—Ven aquí —pidió tirando de ella y abriendo sus brazos.

Aili se arrojó a esos brazos que conocía tan bien. Su hermano siempre había estado ahí desde que tenía uso de razón para cuidarla, escucharla, consolarla. Siempre. No había conflicto pequeño, herida nimia o preocupación vana para Logan. Fuese lo que fuese que a ella le preocupase, Logan siempre la escuchaba y la ayudaba.

Andrew vio cómo Aili rompía a llorar en brazos de su hermano y un nudo de impotencia atenazó sus entrañas. Le dolían los brazos por no ser él quien la estuviese acunando en ese momento, quien la consolara o borrara sus lágrimas, y una punzada de celos irracionales se apoderó de él. Sin embargo lo desechó en cuanto vio los pozos de dolor que eran los ojos de Logan McGregor. Era su hermano y, por las conversaciones que había tenido con Aili, sabía que los tres estaban muy unidos y que ella tenía una conexión especial con Logan. Siempre se lo contaban todo. Así que asintió cuando Logan le miró a los ojos y le pidió que los dejara solos, sobre todo cuando una última palabra salió de sus labios y sonó más a súplica que a un mero formalismo.

—Por favor.

Andrew miró a Logan para hacerle entender que no estaría lejos. Después salió del salón con Evan pisándole los talones.

Los sollozos de Aili le estaban destrozando el corazón. Maldito hijo de perra de McNaill... Iba a destrozarlo por aquello.

Aunque Clave McNaill había perdido hacía tiempo la confianza del rey, había seguido teniendo cierta inmunidad por su vieja amistad, hasta que las sospechas del rey Guillermo le llevaron a hablar con Logan sobre un posible complot por parte de Clave, además de los rumores de su maltrato y abuso hacia mujeres de distintos clanes, que habían culminado con la muerte de una de las hijas del difunto jefe del clan Cameron. Logan había compartido con Guillermo las mismas sospechas. Hacía un año que los robos de ganado habían aumentado de forma significativa, además de los asesinatos sin un autor confirmado. Y siempre entre clanes rivales. Era raro que las mismas pautas se repitieran entre distintos clanes enemigos entre sí por diferentes puntos de las Highlands. Todo indicaba un denominador común. Y cuando uno de los clanes apresó a un hombre que, dado por muerto por los suyos había quedado malherido, Logan fue hasta allí para interrogarlo. Lo que aquel

hombre contó no tenía desperdicio. Era un mercenario contratado por Clave McNaiill. Inmediatamente, Logan lo llevó en secreto ante el rey que le perdonó la vida si le daba todos los detalles. Entonces aquel hombre les habló de los ataques que McNaiill había dirigido para poder enmascarar su verdadero objetivo: las tierras colindantes a las suyas y pertenecientes al clan McDonall. Con el enfrentamiento entre los clanes quería por un lado diezmar al clan McDonall con una guerra contra los Campbell para después, cuando ese clan estuviese prácticamente deshecho, atacar con garantías y quedarse con las tierras que reclamaba en su locura como suyas, y por otro generar el caos y la inestabilidad para ganarse de nuevo al confianza del rey al ofrecerse como mediador para acabar con esas luchas internas. Siendo él el que orquestaba esos ataques, hacer que dejaran de ocurrir sería fácil. En definitiva, el plan de un demente. Con las pruebas que después les otorgó, como pagos y próximos ataques que Logan verificó, el destino de McNaiill estaba más que sellado. En cuanto al abuso de las mujeres, Logan también había intentado hablar con alguna de sus víctimas, pero o estaban muy asustadas o simplemente ya no estaban, sin que nadie pudiese dar cuenta de su paradero. Si la desaparición de aquellas mujeres significaba lo que él pensaba nada le daría más placer que arrancar el negro corazón de aquel bastardo. Que ese hijo de puta hubiese hecho aquello durante largo tiempo de forma impune le hacía hervir la sangre en las venas. Ahora que tenía todas aquellas pruebas y sabía por miembros del propio clan McNaiill la tiranía impuesta dentro de su propio clan, le tenía cogido por las pelotas. El mismo rey Guillermo, después de la evidencia de las numerosas pruebas, le había dado carta blanca para hacer lo que hiciera falta con Clave McNaiill. En primer lugar, destituirlo como jefe del clan. Para ello ya había hablado con Liam McNaiill y lo harían público en la reunión de clanes. En segundo lugar, dejar su futuro en manos los clanes a los que había perjudicado gravemente. McNaiill había orquestado robos y había asesinado a hombres de numerosos clanes de las tierras altas con tal de conseguir sus propósitos. El rey había escuchado suficiente, tenía las pruebas suficientes y había dictado sentencia. Para Guillermo un hombre así era igual que un traidor.

Logan sintió cómo los sollozos de Aili remitían. Relajó su abrazo para mirar a su hermana.

—¿Por qué no acudiste a mí? —preguntó con cierto dolor.

—Tenía miedo de lo que pudiera pasaros. A papá, a ti, al clan. McNaiill

me amenazo y lo que vi en sus ojos al hacerlo me convenció de que si iba a por vosotros, no iba a ser una lucha justa. Sería por la espalda y por sorpresa. Es un cobarde que jamás se mediría a alguien como tú de una forma limpia. No conoce el honor.

—Contéstame a una pregunta. Si Andrew no se hubiese casado contigo, ¿habrías cedido a las demandas de McNaill, sin decirnos una sola palabra?

Logan ya conocía la respuesta antes de que Aili respondiera.

—Sí. Jamás hubiese permitido que sufrierais algún daño —contestó Aili sintiendo cómo el estómago se le revolvía nada más que de pensar en esa posibilidad.

—Eres demasiado buena para este mundo —dijo Logan abrazando nuevamente a su hermana.

Logan quería a sus hermanas con locura. Los tres siempre habían estado muy unidos, pero desde la muerte de su madre a una edad temprana esa unión se había reforzado aún más. Quería a Meg, a su hermana pequeña, su mocosa pecosa, por su rebeldía, su carácter fuerte, su alegría, su impulsividad y su generoso corazón. Y Aili..., ella era su mejor amiga, su confidente. Ambos se habían sostenido mutuamente en el duelo de su madre y habían hecho frente común para ayudar a Meg durante el mismo. Hicieron un juramento cuando vieron cómo sufría la pequeña del hogar de no demostrar ante ella todo su dolor, solo se derrumbarían el uno frente al otro. Tenían que ser fuertes por Meg. Y así lo hicieron. Quería a Aili por eso, porque era la fuerza, la nobleza, la entrega hacia los demás desprovista de cualquier atisbo de egoísmo. Tenía un alma tan pura y un afán de protección hacia sus seres queridos tan desarrollado que Logan sabía que siempre se sacrificaría por sus seres queridos, costase lo que le costase.

Deshizo el abrazo antes de mirar de nuevo a su hermana.

—¿Te trata bien Andrew? —le preguntó con una sonrisa en los labios, al ver como su hermana se ruborizaba.

—Me ha salvado la vida dos veces. Es la persona más generosa y noble que conozco. Cuando me propuso casarse conmigo, me negué. No quería que echara su vida a perder por lo que me había pasado a mí. No quería que se condenase a una vida sin conocer a su amor verdadero.

—Tan noble como siempre, sigues pensando que existe la persona adecuada para cada uno —dijo Logan ensanchando aún más su sonrisa.

—Sí, quizás sea una ingenua, pero no era justo para él. Sin embargo habló

conmigo, me dio buenos argumentos y, por Dios, Logan, te juro que es peor que tú. Cuando habla es capaz de darle la vuelta a las cosas y convencerte de que ha sido idea tuya.

Ambos hermanos rieron ante las últimas palabras de Aili.

—Pero no me arrepiento de nada. Solo rezo para que él no lo haga — dijo Aili con cierta añoranza en sus ojos.

—No sé por qué a mí me parece que no va a arrepentirse —dijo Logan acordándose de cómo había mirado Andrew a su hermana. De la posesividad que había exhibido durante su charla al rodearla con su brazo y la protección que le proporcionó aun siendo innecesaria por la posibilidad de que tanto él como Evan dijeran algo que la incomodara. Su hermana quizás no era consciente de esos detalles pero para alguien que sabía lo que era amar a otra persona más que a su propia vida, esos gestos no pasaban desapercibidos.

Aili vio cruzar una sombra por los ojos de su hermano.

—¿Y tú, cómo estas? ¿Has sabido algo de Edine? —preguntó suavemente aún a sabiendas que ese nombre estaba vedado en sus conversaciones. Solo ella se atrevía a pronunciarlo y eran en escasas ocasiones.

Vio a su hermano endurecer la mandíbula. Su mirada era dura e inflexible.

—Me preocupo por ti, y no creas que no me he dado cuenta de que algo ha pasado. Lo noto en tu mirada, aunque intentes disimularlo y casi lo consigas, pero estás hablando conmigo —insistió ella ante el silencio de Logan.

—Me conoces mejor que nadie así que no es que tengas mucho mérito — replicó él cambiando su expresión, suavizando su mirada y esbozando una pequeña sonrisa.

—Lo que deseo es que seas feliz, y que alguien te quiera como mereces — dijo Aili con convicción.

—No eres objetiva, hermanita —dijo Logan guiñándole un ojo.

Aili sonrió. Le encantaría que Logan pudiese verse como Meg y ella le veían. Tenían amigas cuyos hermanos empezaban su formación como guerreros y se alejaban de todo lo demás. Que apenas reparaban en sus hermanas, que no consideraban sus ideas y menos aún las apoyaban. Logan había sido diferente. Desde el principio, a pesar de su formación, del tiempo que le llevaba y el esfuerzo que le requería, siempre tenía un momento para estar con ellas, para escucharlas y apoyarlas. Para Logan no había herida insignificante, pesar absurdo o idea descabellada si provenía de ellas. Era paciente y cariñoso. Había visto muchas veces su mirada llena de orgullo por Meg o por ella.

Siempre daba la cara por las dos, pero sobre todo por Meg, ante su padre; en especial en su época más rebelde, tras la muerte de su madre.

—Prométeme que no habrá guerra y que no os sucederá nada —dijo Aili ahora más seria.

—Te lo prometo —le dijo Logan con un tono de voz que transmitía una seguridad aplastante.

Había sido fácil hacer esa promesa. Era cuestión de días que Logan apresara a McNaill y que dejara de ser el jefe del clan, por lo que difícilmente podía generar una guerra. Y en cuanto a hacerles algo, más bien era al contrario. Logan sabía que Clave no iba a salir con vida del encuentro entre clanes. La lista para acabar con el bastardo era de tres. Andrew, Evan y él mismo. Ahora solo cabía dilucidar en qué orden.

—Gracias —dijo Aili, sintiendo por primera vez aquella noche que podía respirar con cierta normalidad.

CAPÍTULO XIX

Evan cruzó los brazos a la altura del pecho y miró a su hermano esperando una explicación.

—¿Tu pose significa que vas a ponerte sentimental conmigo? —preguntó Andrew con una sonrisa.

—¿Te has casado con Aili! ¡En secreto! —exclamó Evan subiendo una octava en la última palabra e ignorando la pregunta llena de sarcasmo.

Andrew se apoyó en la mesa que había detrás de él y cruzó los pies a la altura de los tobillos.

—¿De verdad? ¿Por ahí es por donde quieres empezar? —preguntó Andrew alzando una ceja.

Evan descruzó sus brazos mientras endurecía su mirada.

—¿Has pensado en lo que va a hacer Dune McGregor cuando sepa que te has casado con su hija? A mí se me ocurren algunas cosas y todas tienen que ver con tus pelotas. Y lo has hecho en secreto.

Andrew pensó que su hermano parecía tener algún problema con ese detalle en particular.

—Bueno, ya no es un secreto —respondió Andrew con una sonrisa de medio lado que hizo que Evan quisiera estrangularlo.

—El otro día cuando hablamos creí que por fin ibas a dejar de ser tan hermético y que te abrirías más a mí. Que tendrías confianza y que por una vez en la vida te apoyarías en alguien. Joder, Andrew, ¡no estás solo! Dijiste que yo era quien leía mejor en ti, pues he debido quedarme ciego de repente porque ahora no leo una puñetera mierda. Así que o me explicas las cosas y confías en mí o sigues con tu absurda tozudez.

Andrew no cambió su expresión cuando su hermano terminó de recriminar su falta de diálogo.

—No hay mucho más que contar. Aili lo ha explicado todo con total claridad.

Evan suspiró para no cometer un asesinato.

—Así que te pidió que guardaras el secreto y tú dijiste que sí —recapituló

Evan como si estuviese intentando entender algo—. ¿Por ahora voy bien? —preguntó haciendo un gesto con la mano solicitando de Andrew una respuesta.

—Perfecto —dijo Andrew sin inmutarse.

—Bien, y luego pensaste: «La forma de que este a salvo es que le proponga matrimonio». Tú, que siempre has dicho que no podías enamorarte, que no te casarías y que el matrimonio no iba contigo, decides atarla a un matrimonio sin amor cuando, habiendo pensado en otra solución quizás pudiese haber salido ilesa y con posibilidad de casarse más adelante con alguien que la ame de verdad. Porque habías pensado en eso, ¿verdad?

La expresión de Andrew seguía sin cambiar pero los nudillos blancos de su mano izquierda, que cogía con fuerza el borde de la mesa sobre la que estaba apoyado le decía a Evan que por fin estaba llegando a algún lado. Odiaba hacer aquello, pero quería que Andrew hablase con él. Su hermano guardaba demasiadas cosas en su interior.

—No sigas por ahí, Evan. —Su tono de voz parecía algo cansado al pronunciar las palabras.

—Ah, porque si sigo por ahí, ¿qué va a pasar, Andrew? ¿Qué tengo que perder? ¿Vas a cerrarte aún más, a callar y a irte? No será ninguna novedad, es lo que haces siempre —dijo Evan con voz cortante.

—¿Y qué quieres que te diga?! ¡¿Qué?! —estalló Andrew elevando la voz y con la respiración algo agitada—. ¡¿Que la entendía?! ¡¿Que entendía su deseo de no decírselo a nadie porque sabía perfectamente que sus miedos sobre una guerra entre los clanes podrían realizarse, o porque sabía que ese hijo de puta, capaz de hacer eso con una mujer de la calidad humana de Aili y que contrata mercenarios, no iría de frente con sus seres queridos? ¿Y que parte de esos seres queridos son también los míos? ¡¿Que prefiero enfrentarme solo a los demonios y morir cien veces que perder a alguien más?!

—Andrew —dijo Evan tragando saliva sin saber qué decir. El estallido de su hermano le había dejado descolocado.

—¡No! —dijo Andrew con una mirada lacerante y temblando visiblemente—. Tú has empezado esto y ahora vas a escucharme. Nuestra madre murió por mi culpa, dándome a luz; después vi morir a nuestro tío de una forma inhumana y no pude hacer una maldita cosa por él. Y después tuve que sentarme a la cabecera de mi hermano Kerr, un hombre bueno y noble, con familia, planes y esperanzas, y ver en sus ojos no solo el dolor de perder a su otra mitad y a su hijo nonato sino también ver cómo horas más tarde se apagaba y moría. Y tú

quieres que abra mi corazón y comente contigo mi dolor. Pues ¡no puedo! Porque si abro esa puerta es posible que no quede nada de mí después. Ese dolor es un puñetero compañero de viaje que me asfixia y a veces se adueña tanto de mí que me duele hasta el alma. ¡¿Eso querías escuchar?! Maldita sea Evan! —dijo Andrew pasándose la mano por los cabellos, para después dejarla caer a un costado—. No podía dejar que a ella le pasase algo. ¡Vale! Sé que dije que no era capaz de enamorarme, y lo pensaba en serio, pero fui un necio... y aunque no lo supe al principio, la amé desde el primer momento en que la vi. Cuando me enteré de lo que ese malnacido le había hecho solo pensé en protegerla, en cuidar de ella y amarla con toda mi alma, confiando en ser suficiente para ella y que algún día dejara atrás lo que había sufrido, que no se arrepintiese nunca de haber unido su vida a la mía. Por eso le propuse que nos casáramos en secreto. Quería protegerla de cualquier acción que ese cabrón pudiese realizar antes de que me diese tiempo a arrancarle la piel a tiras. Si le daba mi apellido estaría protegida, aun en el caso de que a mí me pasase algo. Y ¿por qué no dije nada aún a sabiendas que esto explotaría en algún momento? Pues porque no quería involucrarte a ti. Sé que te sentirías obligado a un enfrentamiento, a una guerra. Y sabes que confío en tus capacidades más que nadie, pero con ese bastardo nunca se sabe y, francamente, yo tampoco podría perder a otro hermano. Simplemente, no podría —dijo Andrew con los ojos ligeramente humedecidos.

Evan dio un paso hacia él y, aunque sabía que Andrew odiaría ese gesto, a él le daba igual. Le abrazó fuerte, no permitiendo que se alejara de él pese a sus forcejeos. No dejaría que Andrew volviera a llevar todo ese peso solo nunca más.

—Nuestra madre no murió por tu culpa. Tu no tuviste culpa de nada ¿me escuchas? Fue su salud debilitada la que la sentenció. Nuestro tío murió delante de ti y no sabes cuántas veces deseé ser yo el que estuviese en tu lugar aquel día y que no pasaras por aquello, pero tenías cuatro años, Andrew. Nadie hubiese podido hacer nada por él. Solo doy gracias al cielo de que a ti no te pasara nada. Y en cuanto a Kerr... También era mi hermano. Y odié esta vida por arrebatárnoslo. A él ,a su mujer y a su futuro hijo. Y cuando los enterramos solo podía pensar que esa fiebre que se llevó a tantos también podía haberse llevado a mi otro hermano —dijo Evan mientras deshacía el abrazo y le miraba a los ojos—. Y ahora solo puedo pensar en Meg y que está esperando a nuestro hijo, y cuando pienso que algo pudiera pasarles, me...

—No va a pasarles nada —dijo Andrew poniendo una mano sobre el hombro de su hermano—. Meg es la exterminadora de clanes ¿recuerdas? Ese mote no se lo ponen a cualquiera. Hay que ser muy dura para llevarlo con elegancia —dijo Andrew con una sonrisa aunque sus ojos aún no habían adquirido su brillo pícaro habitual.

Evan rió por lo bajo al recordar cómo habían llamaban a Meg. Al principio había sido «la mataclanes» cuando, sin querer, casi envenenó a todo el clan. Después de quedarse embarazada y tras su disputa con el jefe del clan McDonall, la llamaban «la exterminadora de clanes».

—¿Qué tienes pensado hacer con respecto a McNaill? —preguntó Evan tras unos segundos de silencio en los que las emociones volvieron a sosegar.

—Acabar con él, pero primero quiero hablar con Logan.

—Sí, yo también —dijo Evan, que sabía que Logan guardaba algún tipo de información. Luego observó a su hermano con cierta socarronería—. Bueno, ¿qué? ¿ha sido tan difícil?

Andrew entendió que se refería a cuánto le había costado expresar parte de lo que sentía y dibujó una media sonrisa algo amarga.

—Peor que tragarse brasas ardiendo.

—¿Sabe que la amas? —Andrew guardó silencio—. Un consejo. No tardes mucho en decírselo.

Andrew asintió antes de hacer intención de dirigirse hacia el salón.

—Iré a por Logan.

—¿Andrew? —llamó Evan antes de que su hermano diese un paso.

—¿Ahora qué? No me digas que ya quieres tener otra reunión sentimental entre hermanos, porque voy a vomitar.

Evan rió con ganas ante la cara de su hermano.

—No, solo quería que supieras que estoy muy orgulloso de ti.

Andrew sonrió a medias antes de volverse y desaparecer.

Logan, Evan y Andrew se reunieron de nuevo en el salón. Aili había subido a dormir cuando Andrew llegó y, después de despedirse durante unos segundos de este, le dio un beso a su hermano y desapareció por el pasillo central.

Ahora que estaban solo los tres, parecía que ninguno fuera a tomar la

iniciativa primero.

Así que Logan lo hizo.

—Queréis saber qué es lo que no cuento, ¿verdad? —preguntó directamente viendo la cara de sorpresa de Evan y la sonrisa de medio lado de Andrew—. No ha sido difícil llegar a esa conclusión. Vi cómo me miraste cuando pregunté por McNaill y McDonall. —dijo Logan mirando a Evan.

Andrew miró a su hermano, a quien no le había hecho mucha gracia la capacidad observadora de su cuñado.

—Te he dicho un montón de veces que tienes que practicar lo de la imperturbabilidad. —dijo Andrew dándole un pequeño codazo, incapaz de aguantar una sonrisa más amplia al ver el ceño fruncido de Evan.

Logan estuvo callado unos instantes, mirándolos como si estuviese evaluando que decir y que no, hasta que les miró fijamente y sonrió a su vez.

—Ahora somos familia, así que voy a confiar en vosotros. Lo que os voy a contar debe permanecer en absoluto secreto hasta que sea el momento oportuno. ¿Estáis de acuerdo?

Evan y Andrew asintieron a la vez.

—Está bien —dijo antes de comenzar—. En el último año, los robos de ganado y los asesinatos de miembros de los clanes en dichos robos se han incrementado sustancialmente. Hasta tal punto es así que se han convertido en un verdadero problema y amenazan la estabilidad de los clanes. El rey se interesó por el tema. Debido a diversos susurros provenientes de gente cercana al clan McNaill, el rey empezó a tener sospechas sobre él. Su propio clan había estado al borde de un enfrentamiento entre ellos cuando Clave fue escogido jefe, aun siendo el joven Liam quien tenía más apoyos. Sin embargo parece que el chantaje y las amenazas hicieron el trabajo oportuno y Clave fue elegido finalmente. Clave gozaba de la amistad del rey, llevaba muchos años con presencia en la corte, pero después de esos susurros y de algunos detalles que confirmaban que los rumores contenían algo de verdad, Guillermo habló conmigo y, en la más absoluta confidencialidad, me hizo partícipe de sus dudas. Si me preguntáis por qué yo, aún no lo sé. Pienso que puede ser porque no soy de su círculo más íntimo y que siempre he sido absolutamente sincero en mis intervenciones en la corte. Así que, siendo yo el primero en sorprenderme por ello, me encargó que lo investigase. Cuando, unos meses más tarde, en uno de esos robos, uno de los mercenarios fue capturado dándole todo el mundo por muerto, lo interrogué y después lo llevé ante el rey para que

repetiera lo que tenía que decir a cambio del perdón de su vida. Nos dio detalles de todo y después de comprobarlo quedó claro que Clave McNaill es un hijo de puta de primera y un demente. Ha orquestado estos ataques a través de los mercenarios que contrata para quedarse con unas tierras que son de los McDonall desde hace más de un siglo y desencadenar una guerra, crear inestabilidad y así poder ganar poder e influencia al presentarse posteriormente como el mediador entre los clanes y salvador de la situación inestable en Escocia. Quiere a toda costa ser la mano derecha de Guillermo.

Evan y Andrew se miraban sin poder dar crédito a lo que escuchaban.

—Y eso no es todo. También estaba el tema de los abusos cometidos contra varias mujeres de diversos clanes. Investigué también eso pero las mujeres afectadas no querían hablar por miedo a sus represalias, por no mencionar que a muchas de ellas ni siquiera las encontré. Habían desaparecido misteriosamente.

Logan pudo ver el brillo peligroso en los ojos de ambos hermanos.

—Desgraciadamente, nada de esto se hubiese investigado si una de las hijas de un difunto jefe de clan no hubiese engrosado esa lista. Lo que nunca me hubiese imaginado ni en un millón de años es que ese maniaco, ese cabrón, lo hubiese intentado con Aili.

Evan maldijo por lo bajo y Andrew miró a Logan.

—Aili es diferente. Se ha obsesionado con ella. Lo que quiere a toda costa es hacerla su esposa.

—Cosa que no podrá hacer, porque Aili ya se ha casado en secreto —dijo Logan haciendo hincapié en la última palabra.

—Parece ser que todo el mundo tiene un problema con este secreto en particular, a pesar de que aquí todos tenemos una buena ración de ellos —dijo Andrew enarcando una ceja.

Logan sonrió ante el comentario.

—Gracias por salvarle la vida a mi hermana. Si esos mercenarios se la hubiesen llevado, no quiero ni imaginar... —Meneó la cabeza negativamente—. Casarte con ella fue la decisión correcta. La protegías de esa forma, aunque... ¿cuándo vas a decirle que la amas? —preguntó Logan a bocajarro dejando a Andrew atónito.

Evan sonrió de medio lado. Había que reconocer que Logan era tremendamente perspicaz.

—Creo que es la primera vez que alguien deja a mi hermano sin palabras.

¿Dónde está tu imperturbabilidad ahora? —le preguntó Evan a Andrew mientras este lo fulminaba con la mirada.

—No tardes mucho —dijo Logan viendo como Evan sonreía aún más ante esas palabras.

—Bueno, entonces... volviendo al tema que nos interesa, ¿qué va a pasar con McNaill? ¿Que se supone que debes hacer? —desvió Andrew el tema, en parte porque empezaba a estar un poco cansado de que se metieran en su vida pero también porque aquel asunto era realmente importante—. Me importa una mierda si tienes que llevarlo ante el rey. Pero después de que lo haya cortado a pedacitos.

Logan miró a Andrew y alzó una ceja.

—La realidad es que iba a destapar todo esto en la reunión de los clanes. En esa misma reunión va a dejar de ser jefe del clan a favor de Liam, quien debió de serlo desde el principio. El rey me ha dado carta blanca para que haga lo que considere oportuno antes de dejarlo en manos de los jefes de los clanes a los que ha estado jodiendo durante más de un año. No creo que estos sean muy compasivos con McNaill, aunque después de lo que vamos hacerle no va a quedar mucho de él.

Andrew asintió conforme con las palabras de Logan.

—Creo que sería buena idea que vinierais conmigo a recoger a mi padre antes de ir a la reunión. Sería bueno que habláramos con él antes, y de paso puedes decirle que te has casado con su preciosa hija... en secreto —dijo Logan con un brillo divertido en los ojos.

Andrew maldijo por lo bajo mientras Logan y Evan soltaban al fin una sonora carcajada.

CAPÍTULO XX

Lo más difícil al día siguiente para Aili fue contárselo a Meg. No quería perturbarla pero sabía que tenía derecho a saberlo. No era justo que todos menos ella supiesen la verdad.

—¡Voy a matar a ese malnacido con mis propias manos! ¡Le voy a clavar todas las flechas que tiene mi carcaj hasta que tenga tantos agujeros que pueda ver a través de ellos! No, no, espera, mejor voy a cortarle sus...

Evan cogió a su mujer y la abrazó, acariciándole la espalda e intentando que se tranquilizase.

—Está bien, fierecilla, ya hemos pensado en eso.

Meg se deshizo de su abrazo lo suficiente como para mirarle a la cara.

—Seguro que lo habéis pensado, pero no con tanto dolor como el que yo pienso infligirle en cuanto lo tenga a mano. ¿Por qué no me lo dijiste en cuanto llegaste, Aili? —preguntó con expresión dolida.

—Ya te lo he dicho. No quería involucraros. Sabía que si te lo contaba se lo dirías a Evan y entonces él se podría sentir obligado a enfrentarse o declarar la guerra a McNaill y eso era lo último que deseaba. Además, estás delicada, Meg.

—Estoy embarazada, no enferma, por favor. Estoy harta de que todo el mundo me trate como si tuviese algún tipo de enfermedad —dijo Meg con el ceño fruncido.

Aili se levantó y fue hacia su hermana.

—Perdona, Meg, pero pensé que era lo mejor.

Meg abrazó a su hermana.

—¿Mejor para quién, Aili? Siempre piensas en los demás antes que en ti.

Meg había quedado impactada por toda la historia y el casamiento de Aili. Ahora sentía una rabia descontrolada por Clave McNaill. Solo quería que aquel canalla pagase por lo que había hecho.

Andrew entró en ese momento a la habitación buscando a Evan. Partirían en unas horas con Logan y quería hablar unas palabras con su hermano.

—Y tú, Andrew McAlister —dijo Meg señalándole con un dedo en cuanto

le vio entrar—. ¡Te has casado con mi hermana en secreto!

Andrew miró a Evan y vio que este ponía los ojos en blanco. Sin poder evitarlo, Evan rió por lo bajo hasta que le dolieron las costillas.

Clave McNaiill miró al mercenario intentando controlar su furia.

—¿Y eso es todo?

—Es todo lo que he podido observar desde mi posición. Acercarme más hubiese sido arriesgado. McAlister tiene hombres constantemente recorriendo las tierras del clan, y aunque sabía su dinámica diaria no era aconsejable dejarme apresar, ¿no cree?

Clave soltó un gruñido.

—Por lo que os pago, bien podría exigirlos que os cortéis el cuello. Está bien, retírate y prepara a los hombres, quizás ataquemos una vez más antes de la reunión de pasado mañana.

Clave vio salir por la puerta al mercenario. Lo que le había contado era lo que ya había sospechado. Aili no había salido de las tierras McAlister y Logan había llegado unos días después. Estaba claro que era una reunión familiar.

Solo esperaba que eso fuese así y Aili no estuviese tramando algo, porque si lo intentaba no iba a poder ser magnánimo con ella. Debería castigarla y, a su pesar, ese castigo sería ejemplar para que no volviera a cometer la estupidez de subestimarle. Debía aprender que con él no se jugaba y que debía complacerle y dejarse llevar por su guía.

Su miembro se endureció solo con pensar en cuál sería ese castigo.

Con una sonrisa en sus labios, se fue a ver a su hombre de confianza. En la reunión de los clanes, Clave pensaba hablar con Dune McGregor y decirle que su hija le había dado su palabra de que ambos se casarían. Aili no podría negarlo. Dune McGregor debía aceptar dicho compromiso por el bien de la reputación de su amada hija.

A Andrew le hubiese gustado estar a solas con Aili antes de irse. Después de lo de la noche anterior no había querido molestarla. Cuando terminaron de hablar con Logan ya era muy tarde y Aili se había retirado a su habitación. Esa

mañana lo había intentado, pero Aili se había encerrado con Meg a fin de contárselo todo a su hermana, y eso había hecho, quedándose después largo rato con Meg hasta que esta se tranquilizó, tras entrar en cólera al enterarse de lo acontecido.

Ahora que ya lo tenían todo preparado para partir, Meg y Aili se encontraban junto a ellos en el salón para despedirse. Malcolm se quedaría allí para cuidar que todo fuese bien y que no hubiese ningún problema. Tanto Evan como Andrew tenían que Clave intentase algo en su ausencia, sin embargo, Logan dijo que no pensaba que McNaiill fuera tan estúpido como para hacer ese movimiento.

Aili sentía un nudo en el pecho. No le hacía falta hablar con Andrew o Logan para saber que no solo iban a la reunión de los clanes. Sabía que iban a enfrentarse a McNaiill y aunque confiaba en que tanto uno como otro eran muy superiores a Clave, no podía dejar de pensar en lo que McNaiill podría tramar en el momento en que se diese cuenta de que ellos ya lo sabían todo. Aili cruzó su mirada con Andrew y el peso que sentía en el pecho se acrecentó, haciéndole difícil respirar.

Andrew tomó del brazo a Aili y la apartó un poco para poder despedirse de ella. No dejó que dijera la primera palabra cuando escuchó su tono de enfado y sus ojos prendidos por la aprensión y el miedo.

—Me casé contigo para evitar exactamente esto. No quiero que os enfrentéis —dijo Aili en voz baja.

—No es muy conmovedora la confianza que tienes en nosotros —replicó Andrew mirándola fijamente.

—No es eso. No hay nadie en quien confie más.

—Entonces... —dijo Andrew tocando su mejilla con los dedos.

—Prométeme que hablaréis calmadamente con mi padre.

Andrew esbozó una sonrisa.

—Prometido, ¿y?

Aili le miró fijamente. Andrew la conocía demasiado bien para el poco tiempo que llevaban juntos y aquello era algo que la estremecía por dentro.

—Y prométeme que ninguno se volverá loco en la reunión con respecto a McNaiill.

—Prometido, ¿y?

Aili vio la sonrisa canalla de Andrew y el brillo en sus ojos y empezó a impacientarse. Era verdad que quería decirle algo, pero no sabía cómo.

—Prométeme que volveréis todos bien.

Andrew hizo el gesto de pensárselo a la vez que daba un paso más hacia ella.

—Prometido, ¿y?

Aili se enfureció. No tenía nada más que decir, y que él la presionara para que le dijera no sabía bien qué no iba a hacerla cambiar de opinión.

—¿Y qué? —le dijo ella a su vez con el ceño fruncido y las manos en jarra sobre sus caderas.

Andrew sonrió más abiertamente antes de inclinarse hacia ella de tal forma que Aili pudo sentir su aliento en su oído. Todas las terminaciones nerviosas de Aili cobraron vida cuando le sintió tan cerca. Podía oler su aroma, que la volvía loca, y podía percibir el calor de su cuerpo, tan cerca del suyo que era casi como si la estuviese tocando. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echarse en sus brazos y decirle que si algo le pasara no podría seguir viviendo.

Aili se quedó muy quieta cuando tomó conciencia de lo que había pensado. ¿De dónde había salido eso?

—Yyyy... yo también te voy a echar mucho de menos —le dijo Andrew al oído, sin poder evitar que sus labios rozaran su mejilla. Sintió a Aili estremecerse y cuando esta se giró para mirarle, la besó. Fue un beso sin prisas, sin la desesperación del deseo insatisfecho. Era mucho más que eso. Andrew se tomó su tiempo, saboreando a Aili como si quisiese grabar en su mente cada rincón de su boca, de sus labios, de su sabor. Fue un beso profundo y demoledor que dejó a ambos hambrientos, anhelantes. Cuando se separaron, Andrew apoyó su frente sobre la de Aili. No podían moverse, no hasta que recuperaran el aliento.

Andrew se separó a base de fuerza de voluntad antes de dar media vuelta y reunirse con Logan y Evan, que se estaban despidiendo de Meg.

Aili esperó un momento antes de reunirse con ellos también. Le dio un beso a su hermano y se despidió de Evan dentro de una nebulosa. Se sentía mal, nerviosa, y un miedo cercano al terror le estaba agarrotando la garganta. Era un nudo doloroso que la atormentaba. ¿Por qué no le había dicho lo que deseaba?

Cuando los tres hombres salían por la puerta, Aili corrió unos pasos y llamó a Andrew. Este se volvió y esperó con la ceja alzada a que Aili le hablara.

—Y ni se te ocurra no volver a mí, Andrew McAlister. Hiciste un juramento. No te atrevas a dejarme viuda —dijo Aili con la voz entrecortada. No era lo que quería decir pero se acercaba al sentimiento que la paralizaba. No podría soportar perderle. El porqué de ese miedo era algo que analizaría en otro momento.

Vio la sonrisa de Andrew ensancharse, antes de acercarse nuevamente a ella y abrazarla.

—Y... yo también te quiero —dijo mientras besaba a Aili en sus cabellos—. Te amo más que a mi vida —le dijo con voz cargada de sentimiento, antes de romper el abrazo y alejarse.

Aili no pudo moverse ni articular palabra alguna. Sintió el eco de la confesión de Andrew en sus oídos, en su cuerpo, en sus sentidos, en su alma, en su corazón... y entonces sí, entonces se permitió soltar un gemido. Las lágrimas brotaron solas como si ella no tuviese ningún dominio sobre ello. Era la primera vez en mucho tiempo que lloraba de alegría, de esperanza, de una ilusión con la que no se había permitido soñar, a la vez que sentía que el nudo en el pecho se estrechaba más, porque ahora más que nunca tenía miedo. Miedo de no poder volver a ver a Andrew, de tocarle y besarle, de sentir su mirada sobre ella y perderse en su sonrisa, esa que la volvía loca y la hacía estremecerse sin control. Tenía miedo de no poder sentir de nuevo su contacto y su calor. Miedo de no poder decirle que ella también lo amaba más que a su vida.

Los ojos de Dune McGregor parecían dos brasas ardientes. Las puertas del infierno podían verse al final de la mirada ambarina del jefe del clan McGregor.

Logan, Evan y Andrew le habían relatado todo lo que había ocurrido con McNai. Tuvieron que parar un par de veces. La primera cuando se enteró que el bastardo había intentado abusar de Aili. Tuvieron que sostenerlo para que no cogiera la espada y saliera a por venganza en ese mismo instante. Y la segunda cuando Andrew le dijo que se había casado con Aili. Tuvieron que agarrarlo para que, según sus propias palabras, no le cortara las pelotas a Andrew. Y ahora que por fin habían terminado, un profundo silencio se hizo en la estancia en la que solo estaban los cuatro.

—La reunión es dentro de dos días. Deberíamos salir cuanto antes —dijo Dune McGregor con un tono de voz que haría temblar las puertas del averno.

Andrew miró al jefe del clan McGregor fijamente antes de hablar.

—Antes de irnos quería aclarar un punto. McNaiill es mío —dijo sin que la mirada que le dirigió Dune, capaz de derretir el hielo de los polos, le afectara en lo más mínimo.

Un rugido salió de la garganta de McGregor padre.

—Tienes pelotas, pero no te van a durar mucho si vuelves a decir algo así. Andrew sonrió y Dune apretó los dientes.

—Pues no voy a poder complacerle, de verdad. McNaiill es mío.

Logan se interpuso en el camino de su padre cuando este ya se disponía a ir contra Andrew.

—Pensé que ya habíamos superado este punto cuando quisiste estrangularlo hace un rato. Así que, ¿por qué no dejamos de atacarnos y utilizamos el sentido común? —dijo Logan con un tono de voz que no admitía réplica—. Padre, el que Andrew se haya casado con Aili es un hecho, como lo es también que le salvara la vida y le diera su apellido para protegerla. En la situación en la que estaban, hizo lo correcto.

Dune McGregor desvió su mirada de Andrew a Logan.

—Yo también quiero arrancarle la piel a tiras a ese cabrón de McNaiill y voy a tener que conformarme con humillarlo y despojarle de todo lo que valora antes de que Andrew lo descuartice —continuó con un brillo peligroso en sus ojos y una sonrisa en los labios—. Pero él tiene razón. Ahora es el esposo de Aili. Tiene derecho.

Siguió mirando fijamente a su padre que pareció reaccionar ante sus palabras.

—Creo que Aili no podría haber elegido mejor, aunque sea otro maldito McAlister — terminó Logan mirando a Andrew.

Andrew se sorprendió por las palabras y el apoyo de Logan. No se conocían lo suficiente así que ese voto de confianza lo cogió por sorpresa.

—Quiero hablar a solas con él —rugió Dune McGregor—. Prometo no dejarle sin sus preciadas joyas —aclaró refiriéndose a los atributos masculinos de Andrew.

Logan asintió, miró a Evan y ambos salieron de la habitación. Había mucho que preparar antes de partir.

—Tienes valor, eso tengo que admitirlo —dijo Dune McGregor una vez

que estuvieron solos—. Y salvaste la vida de mi hija. Eso no podré pagártelo jamás, será una deuda que tendré contigo siempre, Y hasta llego a entender por qué te casaste con ella, pero quiero que entiendas una cosa. Conozco a Aili mejor que nadie. Soy su padre y sé lo que hay en su corazón. Sé lo que sintió cuando ese mentecato de Ian McPhee rompió todas sus ilusiones. Aili siempre albergó en su corazón el deseo de encontrar a alguien que la amara y a alguien a quien amar. Y después de lo que había pasado con lo de su madre, de tener que ponerse al frente de esta casa con solo doce años, yo quería otorgarle ese deseo. Por eso Aili no se había casado todavía. Jamás osaría presionarla para que tomara esposo, ni por una alianza que fuera ventajosa para el clan, ni por todo el oro del mundo. Y ahora me dices que se casó contigo, en un momento de vulnerabilidad, cuando McNaiill la estaba amenazando, cuando se sentía indefensa y estaba traumatizada. Sé que lo hiciese para protegerla, pero entiéndeme. No quiero verla sumida en un matrimonio sin amor. No podría soportar verla marchitarse en vida.

—Estoy enamorado de ella —dijo Andrew sin ningún atisbo de duda. Lo hizo mirando fijamente los ojos de Dune McGregor—. No puedo hablar por ella , pero puedo jurarle que dedicaré cada día de mi vida a hacerla feliz.

Dune McGregor lo miró fijamente como si estuviese intentando encontrar algo dentro de él. Andrew casi podía sentir esa mirada calar hasta sus huesos.

McGregor parpadeó un par de veces y se acercó a Andrew con paso firme. Este se enderezó preparado para cualquier cosa, menos para lo que hizo Dune McGregor.

—Entonces bienvenido a la familia, muchacho —dijo Dune McGregor dándole un abrazo tan fuerte que Andrew pensó que le rompería todos los huesos.

—Una cosa más —añadió el jefe tras soltarle—. Lo que no podré perdonarte jamás es haberme perdido la boda de mi hija. Casarse en secreto... ¿de verdad? ¿En qué demonios pensabas?

Andrew cerró los ojos y contó hasta diez. Aquel iba a ser un día muy largo.

CAPÍTULO XXI

Habían acudido casi todos los clanes convocados. La sala era un hervidero de voces y entre todas ellas se encontraban los hermanos McAlister junto a Dune McGregor. Logan había desaparecido hacía más de media hora.

—Está tardando demasiado —dijo Evan en un tono de voz tan bajo que solo su hermano y el jefe del clan McGregor pudieron oír.

Nada más llegar habían hablado con el anfitrión, Alec Campbell. Alec era amigo y aliado de Evan McAlister. Le habían contado lo que pasaría con McNail, de qué se le acusaba y las órdenes del rey, obviando todo lo que tenía que ver con Aili. Ese era un asunto privado que solo les concernía a ellos y a McNail. Alec casi había rugido de rabia. Él era uno de los grandes perjudicados en los planes de McNail. Sus enfrentamientos con los McDonall por el robo del ganado casi les habían llevado a la guerra, y ahora sabía que todo había sido obra de la mente perturbada de aquel hombre.

—Allí está —dijo Andrew viendo aparecer a Logan por el extremo del salón.

Logan se paró con varios miembros de diversos clanes a los que conocía y que le saludaron, impidiendo que llegara con premura hasta donde ellos estaban. Evan y Andrew pudieron comprobar de primera mano que Logan era un diplomático nato. McGregor se manejaba en las reuniones como pez en el agua. Se veía que era apreciado por muchos y respetado por otros. Siempre estaba rodeado de gente y sus palabras eran escuchadas con atención. Para solo tener veinticuatro años, era todo un logro.

Cuando por fin consiguió llegar hasta donde ellos se encontraban, solo faltaban dos clanes para iniciar la reunión.

—Has tardado mucho —dijo Evan con una ceja alzada.

—He estado esperando la llegada de un invitado muy especial. Ha tardado un poco más de lo esperado pero ya está aquí —dijo Logan y una sonrisa peligrosa asomó a sus labios.

Evan y Andrew se volvieron hacia él, interrogándole con la mirada.

—La prueba. Por si McNail se pone difícil —dijo Logan restándole importancia al asunto.

En ese momento, un hombre cogió a Andrew por la espalda casi levantándolo del suelo.

—Parece que ya estás bien de ese feo rasguño —gruñó Duncan McPherson dejando a Andrew en el suelo.

Evan sonrió abiertamente así como Andrew antes de estrechar ambos sus manos.

Duncan miró a Dune McGregor y a Logan. No eran aliados naturales, y la enemistad había existido entre ambos clanes. Siempre habían apoyado a los McAlister, pero ahora que tanto McAlister como McGregor eran familia, las cosas habían cambiado.

—Duncan McPherson, te presunto a Dune McGregor y a su hijo Logan.

—Nos conocemos —dijo Dune McGregor saludando con un gesto de su cabeza— aunque la última vez que te vi no levantabas un palmo del suelo y tu padre te tenía cogido por la camisa mientras tú intentabas no ahogarte con el barro de las porquerizas. Habías intentado montar al cerdo preferido del jefe del clan McDonall y la cosa no había salido bien. McDonall entró en cólera y exigió a tu padre un castigo ejemplar. Aquel cerdo no volvió a ser el mismo nunca más. No éramos aliados pero entendí a tu padre en aquel momento. Con tres hijos, era imposible no ponerse en su lugar.

Duncan sonrió al recordar aquellos tiempos. Había sido en una reunión de clanes. La primera vez que su padre lo llevaba con él y casi provocó una guerra.

—Sí, me acuerdo. Aquello hizo que me diese cuenta de que no me gustaban mucho los cerdos.

Los ojos de Logan y Andrew se desviaron en aquel momento hacia la entrada. Clave McNail, vestido con los colores de su clan, apareció en el salón seguido de algunos de sus hombres.

El ambiente se tensó tanto con su aparición que podía cortarse con un cuchillo.

Logan controló primero sus impulsos y luego se acercó a Andrew.

—Mantén la cabeza fría.

—Solo por un rato —le contestó Andrew con su eterna sonrisa y un brillo letal en su mirada.

Finalmente, con todos los convocados ya presentes, la reunión dio comienzo. Se expusieron varios problemas hasta que llegaron al que tenía preocupados a la inmensa mayoría de ellos: el robo de ganado y el asesinato

de hombres.

Evan y Andrew observaron cómo Logan hizo un ligero gesto a un hombre que estaba en el extremo opuesto del salón. De inmediato, ese hombre salió de la sala.

Alec había expuesto la gravedad de la situación y la necesidad de firmar un tratado en el que todos se comprometieran a dejar las hostilidades, porque si seguían con aquellos robos y crímenes sería imposible evitar una guerra entre clanes, y eso sería perjudicial para todos.

Clave McNail se adelantó tomando la palabra.

—Mi clan ha sufrido últimamente más que otros este tipo de villanía, y es algo que me enfurece. Todo mi clan quiere venganza. En el último mes hemos perdido a tres hombres a manos de los McDonall. Unos gritos de ofensa procedentes de los McDonall resonaron en la sala. McNail hizo un gesto con sus manos intentando tranquilizarlos—. Sin embargo, por el bien común me ofrezco como intermediario para intentar acabar con esta barbarie, no solo entre nuestros clanes sino también entre otros que se encuentren en nuestra situación y ayudar a que este tratado sea justo y favorable para todos los involucrados.

Algunos gritos de reconocimiento se sumaron a las palabras de McNail. Andrew vio cómo el bastardo estaba disfrutando de su momento.

—No creo que eso vaya a ser posible, McNail —dijo Logan desplazándose al centro del salón y tomando la palabra.

—McGregor —dijo Clave algo descolocado. Sin embargo se recompuso con rapidez cuando se dio cuenta que todo el mundo estaba pendiente de las palabras de Logan—. No creo que tú tengas la potestad para decidir eso. Habrá que someterlo a votación — dijo McNail con una sonrisa forzada.

La sonrisa de Logan era como un cuchillo.

—Da la casualidad de que sí que tengo la potestad. El rey Guillermo me la ha otorgado para esta situación especial —dijo sacando de debajo de sus prendas un rollo de papel con una Orden Real.

Clave arrugó el entrecejo y miró alrededor como si buscara algo que le diera alguna pista sobre lo que estaba pasando.

—¿Una Orden Real para qué, exactamente? No creerás que porque ahora goces de la amistad del rey puedes hacer lo que se te antoje, ¿verdad? En estas tierras, los jefes de los clanes solucionan sus conflictos entre ellos.

Clave esperaba escuchar voces de apoyo, pero un silencio sepulcral

parecía haberse adueñado de la sala. Sabía que McGregor gozaba del respeto de muchos de los presentes. Siempre había sido un grano en el culo, y lo odiaba. Nunca había hecho nada para ganarse la amistad y el afecto del rey como él y, sin embargo, el rey lo tenía en alta estima. De hecho confiaba en él tanto como para encargarle aquel cometido que ni si quiera sabía cuál era, pero que de momento estaba interfiriendo en sus planes.

Logan hizo una mueca reflexiva, como si estuviese pensando en las palabras de McNaiill.

—¿Sabes?, en eso tienes razón. En estas tierras, los jefes de los clanes siempre han solucionado sus problemas. Hasta el rey está de acuerdo contigo en este caso.

—¿Qué caso? —preguntó McNaiill apretando los dientes. Logan McGregor le estaba sacando de sus casillas con sus malditos acertijos.

—Tu caso, Clave —dijo Logan mirándolo directamente a los ojos. Y entonces McNaiill sintió un escalofrío por la espalda que le dejó helado. Se dio cuenta que McGregor lo sabía todo. No sabía cómo, pero aquel hijo de puta lo sabía todo.

Miró alrededor buscando una vía de escape y entonces le vio, observándole, preparado para contar todo lo que sabía. Jules, uno de los cabecillas pertenecientes al grupo de los mercenarios que había contratado tiempo atrás, y a quien habían dado por muerto. La única razón para que lo mantuvieran con vida era que ese maldito había hablado y había aportado los detalles necesarios para ponerlo contra la pared.

Se volvió y miró a Logan con tal odio, con tal ira, que nubló su razón. Sacó un puñal que llevaba escondido en su manga y, cuando Logan le dio la espalda se abalanzó sobre él. Los gritos de los presentes alertaron a Logan, pero era demasiado tarde. Este se apartó lo suficiente para que el puñal no se clavara en su corazón pero nada impidió que se hundiera en su hombro. Cuando McNaiill sacó rápidamente el cuchillo para asestar otro golpe, una espada se lo impidió.

Andrew había estado esperando la señal de Logan, pero cuando le dio la espalda a McNaiill y este le atacó con un puñal no lo pensó.

—¡Denle una espada a este desgraciado! —gritó Andrew a los presentes.

Varias voces discreparon, un hombre que atacaba por la espalda a su oponente no tenía honor. No era un *highlander*. No merecía la cortesía de defenderse, sin embargo, una espada cayó a escaso medio metro de McNaiill.

Este la cogió y la blandió, poniéndose en posición de ataque.

Andrew miró a Logan. Quería saber si estaba bien. Cuando vio su mirada de triunfo no lo pudo creer. ¿Esa era la señal? Habían estado a punto de matarlo, aunque pensándolo bien, Logan se había movido muy rápido en el último momento, lo justo para que el golpe no fuese mortal, pero lo suficiente para que corriera sangre por el ataque cobarde de Clave McNaill. Había que reconocer que había sido un movimiento magistral. De esa manera, había quedado desacreditado delante de todos los clanes aún antes de saber qué era lo que había hecho. Había evitado que McNaill, cegado por su propia ira, dijese algo acerca de Aili y le había proporcionado a él la excusa perfecta para enfrentarse a aquel bastardo.

Estaba impresionado. No volvería a subestimar a Logan nunca más. Aquel era un hombre a temer en todos los sentidos. Ahora más que nunca se alegraba de que fueran familia.

Esperó a que McNaill hiciese el primer movimiento. Uno llevado por el miedo y la ira. Levantó su espada y la dirigió con precisión sobre el cuerpo de Andrew, que paró el golpe con su acero, repeliendo el ataque e iniciando él un movimiento que hizo retroceder a McNaill unos pasos. Se miraron fijamente, andando en círculos con sus armas a media altura. McNaill volvió al ataque. Andrew giró sobre sí mismo evitando el golpe e hiriendo con la suya a McNaill en el brazo cuando este, por la inercia, cayó hacia delante unos pasos. La sangre manchaba profusamente la camisa de Clave, que apretó la herida en un acto reflejo. Después de eso miró a Andrew, que esperaba pacientemente su siguiente movimiento. No se hizo esperar. Con un grito desesperado se abalanzó sobre Andrew, derribándolo al suelo. Cuando lo tuvo allí, levantó su espada para atravesarlo. Andrew, desde su posición de inferioridad asestó un golpe a la rodilla de McNaill y cuando este chilló se levantó, hiriendo a Clave en la pierna. Un tajo profundo y doloroso.

—¡Hijo de puta, voy a matarte! —gritó McNaill lanzándose sobre Andrew con toda su fuerza. El grito quedó apagado en su garganta cuando la espada de Andrew se clavó en su pecho, atravesándolo, de tal forma que Andrew pudo inclinarse hacia él para que las palabras que dijera a continuación solo pudieran escucharlas los dos.

—Esto es por Aili, maldito bastardo... por mi esposa —dijo Andrew saboreando el desconcierto y el horror que vio en los ojos de McNaill. Estos se abrieron sobrecogidos por el hecho de que estaba herido de muerte y por

las palabras de Andrew.

Nada salió de la boca de McNaill, solo un gruñido, cuando Andrew desenterró su espada de su pecho y este cayó fulminado al suelo, con la mirada vidriosa, carente de vida.

CAPÍTULO XXII

Después de que McNairll fuera vencido, los murmullos empezaron a convertirse en voces más claras hasta que Logan, junto a Campbell, se hicieron cargo de la situación. Logan hizo partícipe al resto de los clanes de lo que había hecho Clave y, como prueba, el mercenario contratado por McNairll les dio detalles que solo podían saberse si, efectivamente, habían estado al frente de los robos y los asesinatos.

Liam McNairll hizo entonces acto de presencia y contó, junto a varios de los ancianos del clan, cómo Clave había amedrentado y amenazado a parte del consejo de ancianos para que fuese él el elegido como jefe, y el liderazgo dictatorial y despótico que había regentado, provocando una revuelta entre sus propios hombres.

Después de ello, Logan enseñó la Orden Real con la sentencia de Guillermo.

Tras todo eso, los clanes hablaron entre sí. Muchos de los enfrentamientos y disputas quedaron relegadas a un segundo plano, al ser conscientes de que los ataques entre dichos clanes no eran ejecutados por el otro, sino por mercenarios contratados por McNairll. Eso acabó con muchas enemistades y con la inestabilidad entre los clanes, aunque más de uno lamentara que McNairll estuviese muerto, porque hubiesen deseado haberlo matado con sus propias manos. Muchas vidas se habían perdido por ese bastardo.

Logan miró a Evan y a Andrew cuando se acercaron a verle mientras terminaban de vendarle la herida. Cuando estuvieron solos, Dune McGregor se les unió.

— ¿Esa era la señal? ¿De verdad? O estás loco o eres un verdadero genio —dijo Andrew enarcando una ceja.

Logan hizo un gesto con su hombro bueno mientras sonreía abiertamente.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó Dune McGregor con el gesto preocupado —. Ese movimiento ha sido muy arriesgado.

Evan los miraba a los dos como si hubiesen perdido el juicio.

—Espera, ¿estáis diciendo que el hecho de que te hirieran formaba parte

del plan? ¿Pero estas loco? —preguntó Evan claramente enojado.

—Estaba controlado y todo ha salido bien, así que nada de seguir con ese tema.

Evan miró a Dune McGregor y a Andrew y resopló, dando por imposible el tema.

—Lo único, hijo —dijo Dune McGregor, apoyando una mano en el hombro de Andrew— es que pensaba que le harías sufrir más. Ha sido un poco decepcionante. Se nota que eres un McAlister. Tenéis un tierno corazón. — Andrew y Evan le miraban con el entrecejo fruncido.

—¡Qué! Es la verdad —se defendió el jefe McGregor—. Menos mal que os habéis casado con mis hijas. McGregor de corazón. Ellas cuidarán de vosotros.

Andrew y Evan sonrieron cuando el enorme guerrero les guiñó un ojo.

Aili iba a volverse loca. Un día más y no dudaba que tendrían que encerrarla en algún sitio. Intentaba controlarse por el bien de Meg. Su hermana también estaba nerviosa aunque no lo decía, obviamente para tampoco preocuparla a ella, pero se hizo evidente que Meg estaba alterada cuando le dio un remedio para la tos a Malcolm que portaba una herida en su brazo izquierdo del entrenamiento, y le vendó el brazo sano al viejo Edam cuya tos le oprimía el pecho cada vez que tenía un acceso.

Aili intentó por todos los medios tener ocupado el día y aliviar la tensión de su hermana pero las noches eran interminables. La incertidumbre de no saber qué estaba pasando la carcomía por dentro. Solo quería que Andrew estuviese bien y volviese a su lado.

Las palabras que le dijera antes de partir se le clavaron en el corazón nuevamente. ¿Era verdad que la amaba, o esas palabras habían sido dichas por la desesperación del momento? Andrew nunca la había mentado, pero le costaba creer que él la amase de esa manera.

Aili estaba recogiendo la tela del bordado que estaba realizando cuando un ruido en el exterior la dejó clavada en el sitio. Miró a su hermana, que a su vez la miró a ella con un brillo en los ojos que le iluminó la cara. Evan y Andrew entraron en el salón.

Meg dio un chillido y corrió, lanzándose a los brazos de Evan, que no

dudó en levantar a su esposa del suelo y besarla con avidez.

Aili hubiese deseado hacer lo mismo que su hermana, pero algo la mantenía sujeta al suelo. Una incertidumbre, miedo a que lo que le dijo Andrew antes de irse no fuese real, a...

Aili apretó los dientes y mandó todo su autocontrol, todos sus temores, toda su indecisión al rincón más recóndito de su ser. Y su impoluta educación también cuando por lo bajo, para sí misma, exclamó «a la mierda» y se lanzó a los brazos de su esposo, que ya se dirigía hacia ella. Sin esperar, le besó con la necesidad y el anhelo de su contacto, de su sabor, de su aroma y de sus manos que la volvían loca.

Logan respondió a su beso hasta dejarla sin aliento, hasta que las piernas le temblaron y temió que no fuera capaz de sostenerse.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Andrew mirándola con adoración.

Aili esbozó una sonrisa que hizo que Andrew se deshiciera por dentro. Esa mujer lo era todo para él.

—Mucho más que eso —le dijo Aili bajando la voz e indicándole con un dedo que se acercara a fin de decirle algo en el oído.

Andrew sintió el aliento de Aili en su cuello y tuvo que apretar los dientes para no cogerla en brazos, llevársela a la habitación y hacerla suya una y otra vez hasta que no pudieran moverse, hasta que se aprendiera de memoria cada palmo de su cuerpo. Lo quería todo de ella, sus miradas, sus sonrisas, su ceño fruncido, su forma de tocarse el pelo, el suave movimiento de sus dedos cuando estaba nerviosa, sus lágrimas, sus risas y sobre todo su amor. Un sueño que rogaba con que un día se hiciese realidad.

—¿Sí? —dijo Andrew intentando controlar sus instintos.

—Lo quiero todo de ti, Andrew McAlister, porque yo también te amo más que mi vida —dijo Aili con todo el corazón puesto en esas pocas palabras.

Aili sintió a Andrew tensarse debajo de sus manos y luego temblar antes de apartarla de él lo suficiente como para mirarla a los ojos. Aili se puso seria. No había atisbo de la sonrisa que tanto amaba en el rostro de Andrew, y su mirada penetrante parecía querer llegar a su alma.

—Repite eso, por favor —dijo Andrew con voz ronca.

Aili subió su mano lo suficiente como para desplazar un mechón de pelo de la frente de Andrew. Lo hizo con delicadeza y suavidad y su contacto provocó que Andrew cerrara por unos segundos los ojos, para abrirlos más

tarde, centrados nuevamente en ella, con un fuego en las pupilas que parecía querer arrasarlo con todo.

—Te amo más que a mi vi...

Aili no pudo acabar. Andrew tomó su boca y la besó con toda su alma, con todo su ser, dándole a Aili la respuesta a todos esos miedos que ya no existirían más en su corazón. Había encontrado a la otra mitad de su alma, a alguien a quien no había podido evitar amar.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectoras por todo el apoyo y cariño que me habéis dado. Y por vuestras palabras, el mayor de los regalos.

A mi tía Maribel por su apoyo incondicional, su cariño y sus palabras de aliento. Por estar siempre a mi lado y comprenderme sin palabras.

A Lorraine Cocó, mi parabatai. Sin ti, este sueño no se hubiese hecho realidad.

A Nune por la creación de otra maravillosa portada. Y a Violeta por un trabajo maravilloso en la corrección. Nuevamente es un lujo y un placer trabajar con las dos. Gracias.

BIOGRAFIA

Josephine Lys se graduó en Derecho y se desempeña profesionalmente como abogada; sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día, ya un clásico. Su segunda novela, Atentamente tuyo (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, El guante y la espada (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela histórica. Su novela Corazones de plata ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica. En 2019 autopublica la novela El hielo bajo tus pies, primera de la serie Los Hermanos McGregor.